

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE JUNIO DE 1898

Nº 155

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

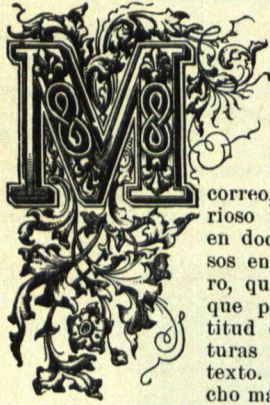
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN. — Por Guido Reni (escuela ecléctica italiana)

DOS CUENTOS JAPONESES

POR DON JUAN VALERA



Mi cuñado el Excmo. don José Delavat, siendo Ministro de España en el Japón, tuvo la buena idea de enviarme de allí, por el correo, un lindo y curioso presente. Consiste en doce tomitos, impresos en un papel tan raro, que más parece tela que papel, y con multitud de preciosas pinturas intercaladas en el texto. Lo pintado es mucho más que lo escrito, y está pintado con grande originalidad y gracia.

Si lo escrito estuviese en japonés, yo me quedaría con la gana de entenderlo, porque no sé palabra de la lengua ó lenguas que se hablan ó escriben en el Japón. Sólo sé que los japoneses tienen muchos libros, y que algunos de ellos, novelas sobre todo, están ya traducidos en varias lenguas europeas, y particularmente en inglés, francés y alemán. Por dicha, los doce tomitos ó cuadernitos que poseo, aunque impresos y pintados en Tokio, están en lengua inglesa, y son cuentos para niños, á fin de que los niños del Japón aprendan el inglés. Parece que estos cuentos, enteramente populares, están tomados palabra por palabra de boca de las nifieras japonesas; y debe de ser así porque la candidez de la narración lo deja ver á las claras.

Me han agradado tanto estos cuentos que no sé resistirme á la tentación de poner un par de ellos en castellano. Elijo los dos que me parecen más interesantes: uno porque se diferencia mucho de casi todos los cuentos vulgares europeos; y otro por lo mucho que se asemeja á ciertas leyendas cristianas; como la de San Amaro, la de otro santo, referida por el Padre Arbiol en sus *Desengaños místicos*, y la que ha puesto en verso el poeta americano Longfellow en su *Golden Legend*. Sin más introducción allá van los cuentos.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Mucho tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeña, que el padre se vio obligado á ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, á la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desear cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer el contento de esta

buena mujer cuando vio al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

—A tí—dijo á su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mirale y díme qué ves dentro.

Le dio entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vio que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo á una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves;—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.—Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos vista hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose á cada momento, porque, como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aun muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engrair á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha san sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta en tonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fue empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su marido y á su hijo, se puso muy triste, afigiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejáros solos á tí y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por tí.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró á poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A

ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió además el deseo de su madre moribunda y que ella nupca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.

EL PESCADORCITO URASHIMA

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierta día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¡Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día á echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fue tortuga la que pescaste poco ha, y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tú eras bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la Princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía é imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh qué sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubies por frutas; las escamas de los



LA REINA REGENTE DE ESPAÑA Y SU HIJO ALFONSO XIII

peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el Palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luégo entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: para los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres á lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se le marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dio, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fue flotando sobre la mar. Gritaba él en balde á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrepito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la Princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Díme: ¿no te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?



Aquel terso, feliz y claro esmalte que sólo el hábito del Tirreno, los rayos del sol meridional y el ardor de la sangre latina alcanzan á dar al rostro humano: las largas pestañas tras las cuales brillan negras é inquietas las pupilas: aquella vaga sonrisa, húmeda y fresca cual la que ilumina cierta cabeza de Greuze: el negro tropel de bucles que sombrea y realza la serenidad de la amplia frente, provocarían á exclamar cual ante un retrato de Mozart adolescente prorrumpió una linda princesa: ¡Bella ragazza!

Le conocí en alguna de las ciudades por las que he peregrinado y, viéndole, pensé que algo de esa sonrisa, de esos rasgos, de la rara tonalidad de ese conjunto se encuentra en toda una caprichosa serie de bustos y retratos en la que entran desde dos de los grandes capitanes de la antigüedad hasta Turena y Córdoba, el de Ayacucho, y desde Rafael, el de Urbina, hasta Shelley y Musset. Este algo es el "aire de familia" de poderosas intelectualidades de tal afinamiento nervioso que su persona moral abarca la escala entera de la emocionalidad y de la energía humanas: maravillosos neuróticos exaltables por lo pueril ó por lo sublime; locos que, con el desenfado de Alcibiades igual pulsan la cítara de Byron, que blanden el estilete del Borgia ó esgrimen la espada del Magno Macedonio.

Cuando este intelectual mira cara á cara, desaparece la *ragazza* y comparece el insurrecto. En los labios napoleónicos gesto de desdén y de imperio; en el entrecejo ceño de dominador; en los ojos

la tristeza de un raro hastío; el hastío del vulgo.

Comprenderle es asistir á la interna lucha que en él se libra entre el soñador hosco y rebelde, enderezado al ideal, camino del arte, por entre la cáfila de los que aspiran á pasar por cerebrales, y el refractario indómito que sueña en épicas empresas y al mirar allá abajo, desde el pavés de su ensueño, la manada dirigida y la gavilla dirigente, sin seso las dos y sin pudor, siente que, cual un regüeldo, se le sube á los labios el desprecio.

Aguila nostálgica del zenit que abandona el alta roca por envolverse en blanca nube, este soldado de batallas que ya no se libran se refugia en excelsos limbo y allá sus labios se posan en el seno inmaculado de la musa. Vocablos, símbolos, rimas... su plectro los evoca, los conjura, los arranca de la tricorde y, á fuer de dominador, los apresa en la red gris, orlada de rojo, de su vago y poderoso ritmo. Enjambre del Ática ó maraña de la cabellera de Medusa, la ironía ó el reto surgen de sus versos en atrevidas sonoridades en las que se sienten vibrar enlazadas la idea y la emoción, cual en el poema obscuro cruzan por el aire encendido Paolo y la de Rimini.

Triste de esa tristeza que arrancó al Predicador dos mil y más años ha, la confesión de que agrega enojo quien agrega sabiduría, porque en la mucha ciencia hay mucha amargura, ese devoto de lo bello al ver que cuanto hay de hermoso en su ensueño es feo en la realidad; que la alta franqueza de su juvenil ardimiento les suena á los tinoratos á diabólica casuística, y la alta virtud de sus ímpetus asombra los pudores de Tarufo; ese devoto de lo bello siente como se resuelven en cóleras sus entusiasmos, y, cual el gigante de la balada hugiana que, gustando de la guerra

et son male appareil,

por divertirse jugaba en la mar con tiburones y en el aire con los buitres, él deja á un lado el áureo estilo con que repuja prosas y cadencias y, no pudiendo como el Lord ir á Misolonghi, fatigado de virtudes inconscientes ó fingidas, se va á lo Benvenuto en són de pendencia y, cual antaño Hércules por los caminos, administra él por las calles la justicia suya tal cual peta á su desdeñoso aburrimiento.

Oh! soñador pendenciero! El entusiasmo, resorte de toda generosidad y origen de toda virtud esencial é intensa ese es tu mérito y ese es tu crimen. Por él eres de la egregia minoría, y eres artista y fueras, si lo quisieses, héroe y visionario. Petoeffi era cual tú, soñaba y batallaba; y al eco del clarín, "ruiseñor de las batallas," combatiendo por su Hungría, el acero enemigo abrió en su pecho de madriar ancha flor purpúrea y la Libertad llevó en triunfo hasta la Gloria á su campeón agosto. Pero hoy todo es vulgar: los ideales, la vida, la Muerte misma. Los pueblos ya no quieren ser libertados. Marti cae en la emboscada. La mecánica ha eliminado de las batallas el coraje, y el Azar expulso se asila en la Banca y el garito. Cramp y Krupp hacen la Victoria; de la libertad y la suerte de las naciones conoce y decide en sus conciliábulos la judería: la Bolsa reemplaza Areópago y Capitolio:



M. MAC-KINLEY, Presidente de los Estados Unidos

Esterhazy es el simbolo infando de la época; el convencionalismo es la virtud; el sentido común triunfa; y si Caco ó Erostrato pretendieran sujetar á su dominio tu nación y tu albedrío, serías criminal si, dando por modelo la Cruz del Sur, bella daga fulgurante que Ether lleva al cinto en la gloria de las noches tropicales, ordenases que te cincelaran un raro *bibelot* libertario, y cuando el hastío te acosara buscases en qué pecho de prócer de la villanía debías guardarlo.

Si tu conciencia y tu voto no se alquilan; si en tu barca, al vaivén de la onda, sobre esa inundación de fango, sientes la náusea; si estás libre de la imborrable salpicadura de sus espumas; si integro guardas el horror á la vergüenza de ser honorable donde los honores se adquieren al precio de la honra, salva tu juventud, tu entusiasmo y tu ideal. ¡Oh don Juan de varoniles aventuras! alista soldados dignos de ir contigo en fila y compartid con el salvaje el horizonte de sus desiertos y la umbría del forestal; aún hay rincones bravios en donde caben Tebaidas de paladines; aún hay imperios por crear allá donde en milagrosa soledad desarrollan los grandes ríos el prodigio de su caudal y se alza á los cielos la soberana majestad de ingentes bosques.

Pero si al grito de *Tu Marcellus Erit*, no despierta en ti el conquistador; si tu ensueño altivo también desdeña esta gran vanidad; si tu desengaño estima que crear pueblos es multiplicar siervos, ¡oh poeta! asilate en tí mismo; padezcan tus grandes ojos abiertos la divina ataraxia de los sacros mármoles y vive, cual el persa Firdausi; *dans le grand isolement de ton réve dans le grand orgueil de tes chants*.

CÉSAR ZUMETA.



TODAS LAS FLORES...

—Luciana, 25 años; Ernesto 25 años, Pedro 25 años. Todos tienen veinte y cinco años y todos son ricos y hermosos... Hermosos sobre todo.

Los ojos de Luciana parecen inmensas violetas pálidas, y sus cabellos rayos de sol estival. La barba de Ernesto también es rubia y sus ojos también azules. Sólo Pedro es moreno.—Como cuadro una biblioteca amueblada á la inglesa.

ERNESTO (oyendo llamar á la puerta).—Adelante... (poniéndose de pie y arreglándose la barba con los dedos)... Adelante!...

PEDRO (entrando) Buenas tardes, Ernesto... Pero no me agradezcas la visita... Está lloviendo... y como además tengo el sagrado deber de felici...

ERNESTO.—Ah sí... es verdad... muchas gracias... ¿Está lloviendo?

PEDRO.—Horriblemente. París es la ciudad más sucia del mundo, pues cuando no está llena de nieve, está llena de lodo... á menos que esté enterrada al mismo tiempo entre la nieve y el lodo. No sé como los galos fundaron su Lutecia en este valle de... sólo que yo no he venido á hablarte mal de París, sino á darte la enhorabuena.

ERNESTO—(sentándose). Gracias... mil gracias...

PEDRO.—Así, pues, mi muy querido amigo, ya eres libre de nuevo, y puedes hacer lo que te dé la gana, y salir cuando quieras y volver á tu casa á la hora que se te antoja... por obra del divorcio... Cuando pienso que hasta te puedes casar otra vez!...

Pero no te casarás, naturalmente... Con una vez hay bastante... y aun demasiado... ¿no es cierto?

ERNESTO—(sonriendo melancólicamente)—Muchas gracias...

PEDRO.—Pareces triste... ¿Estás triste?... ¿Por qué estás triste?

ERNESTO.—No... no... ¿por qué quieres que esté triste?... No tengo nada de triste.

PEDRO.—Sí; estás triste...

ERNESTO.—¡Qué idea! (Viendo el reloj). Son...

PEDRO.—Las cinco... ¿No piensas salir?... ERNESTO.—No... Tengo que esperar á un amigo, á las cinco... no puede tardar... para un asunto muy serio...

PEDRO.—¿A un amigo?... Apostemos á que ese amigo tiene faldas... y que es morena Y.....

Flamán de nuevo á la puerta, discretamente. Ernesto se pone de pie nervioso é inquieto, sin saber qué hacer. Al fin se decide á suplicar á su amigo que se marche por la puerta del fondo. Luégo se arregla la barba con los dedos, y exclama:—¡ADELANTE!

LUCIANA (entrando)—¿Se puede?... Buenas tardes.

ERNESTO (muy emocionado). Buenas tardes, Luciana... Siéntate... ¿No quieres sentarte?... (con timidez) ¿Estás muy precisada?

LUCIANA—(temblorosa) No, yo no tengo compromisos de ningún género. ¿Has leído mi carta?... ERNESTO.—Sí... Yo hubiera querido decirte lo mismo, pero no me atrevía á hacerlo, ignorando por completo tus intenciones y tus propósitos. Los hombres somos muy tímidos y las mujeres cambian mucho en un mes... porque hace un mes...

LUCIANA.—Es cierto. Hace un mes entero... Yo tampoco me atrevía á escribirte, hasta que al fin hice un esfuerzo del cual estoy ahora muy contenta.

ERNESTO... ¿De verdad?... Yo también estoy contento. Nuestros caracteres son casi opuestos; pero el pasado no se puede suprimir así, de repente y á pesar de estar divorciados tenemos derecho á ser buenos amigos y á vernos de cuando en cuando... A menos que... LUCIANA.—¿Qué?

ERNESTO.—Que... Es una cosa muy natural... Y yo no tengo que ver en eso... Una mujer divorciada puede casarse de nuevo y hasta debe hacerlo cuando es tan joven y tan bella como tú... No me digas que no... Yo sé que por ahora... Pero las ideas cambian y la soledad es una consejera irresistible...

Mientras tanto, sin embargo, podemos ser amigos... ¡Qué bonito traje llevas!

LUCIANA—(sacudiendo ligeramente su falda de terciopelo negro)—Es un traje serio... casi un traje de viuda... Ahora ya no soy coqueta en el vestir, ni me preocupo por las nuevas modas. Mi modista me hace lo que quiere y yo me pongo lo que me hace mi modista....

ERNESTO—(contemplando á Luciana melancólicamente). Es delicioso tu traje, así, muy obscuro, muy serio, formando contraste con

el oro luminoso de tus cabellos y con la blancura de tu rostro... Verdaderamente es delicioso.....

En seguida un minuto de silencio durante el cual Luciana sonríe acariciando la suave tela de su falda, mientras Ernesto se pasa la mano por la barba, con ademán pausado y austero.

LUCIANA.—¿Y mis papeles, mis cartas, mis reliquias insignificantes... no las has quemado aún?... No tienen importancia, en general, pero me gustaría conservar algunas cartas de mi madre y los retratos de familia... ¿no las has quemado?

ERNESTO—(abriendo un cajón de su mesa de trabajo). Mira...

LUCIANA—(acercándose) ¡Que bueno eres!.. En el mismo sitio... ¿me permites? (sacando una serie de sobres de todos colores, atados con cintas rosadas y colocándolos en una mesa)... ¿me permites? (abriendo los sobres)... estas son las cartas de mi hermana... ¡pobrecita!... y qué mal escribía!... Mira... retratos del convento... sor Estela... la madre Teresa... no; no se puede decir que sean bonitas... pero buenas sí.....

Ernesto examina los papeles de Luciana con melancolía, sin decir una palabra. Ante sus ojos, húmedos por la emoción, los paquetes van deshaciéndose y rehaciéndose rápidamente. Luciana comenta cada sobre con exclamaciones nostálgicas ó picarescas, indicando el carácter de las personas representadas en las fotografías ó de las amigas autoras de las cartas. De pronto, al abrir un sobre sin dirección, cae sobre la mesa un ramillete de azahares secos...

ERNESTO—(poniéndose pálido)—

—¡Ah!...

LUCIANA—(sin atreverse á tocar las flores) Esto... esto era lo que yo buscaba con más interés... ¡Mis pobres flores de novia!... ¡Las flores cuya sola vista evoca en mí toda la ventura pasada, todo el encanto de nuestro amor difunto, todo el perfume de los días paradisiacos y de los besos y de las caricias!... ¡Mis pobres flores!... Más tarde, cuando de mi juventud no quede sino el recuerdo, aún podré contemplarlas y vivir, durante horas enteras, en la tristeza del aislamiento, con la imaginación y con la memoria, las alucinantes veladas de otro tiempo más dichoso... ¡Mis flores, mis pobres flores!.....

ERNESTO.—¿Sólo tuyas?... ¿No hay una siquiera que sea mía?... Una sola que me sirva á mi también para evocar, en las noches tristes de mi futuro solitario, los días llenos de sol de nuestro idilio... la más pequeña de todas... mira (señalando un azahar deshojado)... ese... ¿me dejas ese?

LUCIANA—(escogiendo, entre las florecillas las tres más completas y menos mustias y dándoselas á Ernesto) Toma.....

ERNESTO—(estrechando entre las suyas la manecita que le ofrece las flores... ¡Oh gracias!... Gracias, Luciana... mil gracias... (llevándose á los labios la mano de Luciana y besándola devotamente en un trasporte de ternura dolorosa)... mil gracias Luciana... mi Luciana... (fijándose luégo en el ramillete de flores encarnadas que Luciana lleva prendido á la cintura).

¿Y de esas no me das una también?

LUCIANA—(con los ojos húmedos de lágrimas, acercándose á Ernesto hasta confundir su aliento con el de él) Lo que quieras, Ernesto... Todas las flores que quieras...

ERNESTO.—¿Todas las flores?

LUCIANA.—¡Oh todas, todas!

ERNESTO.—¿Se te ha olvidado que tú eres una flor también?... la más bella... ¿se te ha olvidado?

LUCIANA—(poniendo su cabeza rubia en el hombro de su marido) ¡Todas las flores Ernesto... todas las flores!.....

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.





D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA
Presidente del Consejo de Ministros de España

APOLOGO

POR EMILIA PARDO BAZÁN



Habíase enamorado Vicente de Laura oyéndola cantar una opereta en que desempeñaba, con donaire delicioso, un papel entre cómico y patético. La natural hermosura de la cantante parecía mayor, realzada por atavío caprichoso y original, al reflejo de las can-

dilejas, que jugueteaba en la tostada venturina de sus ondeantes y sueltos cabellos, flotantes hasta más abajo de la rodilla. Hallábase Laura en esos primeros años felices de la profesión en que un nombre, después de hacerse conocido, llega á ser célebre; esos años en que la chispita de luz se convierte en astro, y los homenajes, las contratas, los ramilletes, las joyas, los retratos en publicaciones ilustradas, los artículos elogiosos, caldeados por el entusiasmo, llueven sobre la artista lírica, halagando su vanidad, exaltando su amor propio y haciéndola soñar con la gloria. ¿Por qué entre el enjambre de adoradores que zumbaba á su alrededor Laura distinguió á Vicente, escogió á Vicente, oficial que no poseía más que su espada y un apellido, eso sí, muy ilustre: el sonoro apellido hispano-árabe de Alcántara Zegrí?

Lo cierto es que la elección de Laura fue perjudicial á su tranquilidad y dicha. Vicente Zegrí, como le llamaban sus amigos, por atavismo y tradiciones de raza llevaba en la sangre el virus corrosivo de los celos; y si esta enfermedad moral hace estragos donde quiera que aparece, no pueden calcularse sus consecuencias en hombre que ama á mujer de profesión artística, cuyas gracias, en cierto modo, tiene derecho el público á usufructuar. Antes anduvo Vicente rabioso que gozoso; tragó la hiel cuando aún no gustara la miel; y nunca recibió el divino premio de los halagos de la amada, sin que se lo amargasen con amargor de muerte negras sospechas, infames imaginaciones y desesperados recelos. Tanto pudo con él esta fatiga y desazón celosa, que un día—ó para no faltar á la verdad, una noche en que á la salida del teatro había acompañado á Laura—ya no acertó á reprimirse, y abrió su corazón, mostrando lo profundo de la llaga.

—Mi sufrimiento es tal—declaró estrujando las manos de su amiga, en aquel momento heladas de terror,—que necesito echar por la calle de en medio, realizar una acción decisiva: á seguir así me volvería loco, y haga lo que haga, quiero hacerlo estando cuerdo, poseyendo la conciencia de mis actos. Cuando te aplauden, siento impulsos de prender fuego al teatro; y cuando se te llena de necios y de osados el camarino, se me ocurre sacar la espada y entrar pegando tajos á diestro y siniestro. La tentación es, tan fuerte, que por no ceder á ella suelo marcharme á mi casa; pero como me conozco y sé que tarde ó temprano cedería, prefiero consultarte, confesarme contigo,—á ver si entre los dos discurrimos modo de salvarnos.

Laura miraba fijamente al oficial, notando con profundo estremecimiento el brillo siniestro de sus pupilas, el temblor involuntario de sus labios cárdenos, el fruncido de sus cejas, la crispación de sus dedos, la alteración de su voz; y con dulce sonrisa y acento que chorreaba ternura, le preguntó, entre un intento de caricia que rehuía el celoso:

—¿Y qué has pensado hacer, Vicente mío? Ya que discutimos amigablemente, dímelo sin reparo y te contestaré con franqueza.

—¿He pensado que nos casemos, que seas mi esposa!—declaró Zegrí.

—¿Y que yo.... renuncie al arte?

—¿Pues si no renunciases, bonito negocio!—exclamó el enamorado con exaltada vehemencia. —¿Te habrás figurado otra cosa, eh? Desde el momento en que Vicente Zegrí se llame tu marido, á tu marido pertenecerás, y él y sólo él podrá contemplar tus hechizos, oír tu canto y ver desatada esta cabellera.—Al hablar así agarró la profusa mata de pelo, sacudiéndola con furor apasionado.

Púsose Laura más blanca que los encajes de su bata de seda; el tiron había dolido; pero ni la sonrisa se apartó de sus labios, ni un punto cambió la lánguida y acariciadora expresión de sus ojos! Dirigiéndose á Vicente con reposo y dulzura, le interrogó: —¿Me permites que te cuente un cuento oriental? Me lo refirieron allá en Rusia, donde he cantado hace dos inviernos, y donde tienen muchas ganas de que vuelva una temporada.

Pasándose la mano por la frente como para espantar una pesadilla, Vicente hizo con la cabeza señal de que estaba dispuesto á oír.

—Parece—enpezó Laura—que hubo en Rusia, no sé en qué siglos, un rey muy malo y feroz, á quien le pusieron por sus desafueros y tiranías el sobrenombre de *Juán el Terrible*. Aunque con Dios no debía de estar muy á bien, el caso es que se le ocurrió construir una catedral magnífica, dedicada á un santo que allí le llaman *Vassili Blagennoi*, lo cual significa *el Bienaventurado Basilio*....

—¿Y qué tiene que ver....?—murmuró Vicente, no sin impaciencia.

—¡Aguarda, aguarda....! El rey buscó mucho tiempo arquitectura capaz de comprender toda la suntuosidad y grandeza que él deseaba para la catedral, hasta que por fin se presentó uno con un plano asombroso, que dejó al rey encantado. Elevóse el templo, y fue pasmo y admiración de todos; y el rey, contentísimo, colmó de regalos y de honores y distinciones al arquitecto.—Un día, terminadas las obras, le llamó á palacio y le preguntó si se creía capaz de erigir otro templo tan magnífico y sorprendente como aquél. El arquitecto, lisonjeado, respondió que sí, y que hasta esperaba idear nuevo edificio que superase al primero en belleza y esplendor. Entonces el bárbaro del rey, sirviéndose del agudo chuzo de hierro que llevaba siempre á la cintura, le vació al pobre arquitecto los dos ojos uno tras otro, á fin de que jamás pudiese construir para nadie un templo....

Laura calló, y Vicente Zegrí, que acababa de comprender la moraleja del apólogo, la miró con una especie de extravío. Ligera espuma asomó al canto de su boca, y por sus venas serpeó el frío sutil del aura epiléptica, que incita al crimen. Dominándose con esfuerzo supremo se incorporó, dispuesto á marcharse, y articuló pausadamente mientras recogía su airosa capa española:

—Ese rey hizo mal. Sacar los ojos es acción propia sólo de un verdugo. Si quería inutilizar al arquitecto, debió matarle.

Diciendo así, con súbito impulso, se acercó Vicente á Laura, la rodeó con los brazos, y tan violentamente la apretó, de tan insensato modo, incrustándole tan reciamente los dedos en las costillas, que la artista exhaló un grito de miedo, un chillido que salía del fondo de su ser, de esos que sólo dicta el instinto de conservación, el horror á la nada y al sepulcro. Al oír el grito, Vicente la soltó, embozóse en su capa y salió tropezando con las paredes.

Pasóse lo que faltaba hasta el amanecer vagando por las calles, en un estado tan horrible, que dos ó tres veces se recostó en una puerta para llorar. El día que siguió á aquella noche no fue menos cruel. Escribió á Laura

cien cartas, que desgarraba después con furia; adoptó y desechó mil planes contradictorios; pensó en echarse de rodillas, en suicidarse, en abrasar el barrio, en secuestrar á su amada á viva fuerza, y, por último, la idea de la muerte fue la que se esculpó en su espíritu con relieve poderoso. Su alma pedía sangre, hierro y fuego, violencia, destroz y aniquilamiento: el instinto anarquista que tantas veces acompaña al amor, se alzaba rugiente y desatado como racha de huracán. Ya ni siquiera intentaba Vicente recobrar la razón, la cordura y el aplomo: las imágenes suscitadas por los celos, Laura atrayendo á sí los ojos de tantos hombres, que se recreaban en sus gracias y picardías, que bebían su voz, que la admiraban con el cabello suelto, eran flechas de llama que le desatinaban, como al toro la ardiente banderilla. Ni aun creía amar á Laura: la consideraba una enemiga mortal. Figurábase por momentos que la odiaba con toda su voluntad iracunda, y este odio clamaba por saciarse y gozarse en la destrucción.

Llegada la hora de ir al teatro, donde cantaba Laura una de las operetas en que estaba más linda y recogía más aplausos, Vicente, resuelto, algo aliviado por la decisión fiera, concreta, irrevocable, se echó al bolsillo el revólver. Si sufría demasiado.... allí tenía el remedio. Ya habían alzado el telón, pero no parecía Laura; y Vicente, abstraído en su frenesí, hubo de notar por fin que la gente profería exclamaciones de descontento y que la función no era la anunciada, la que Laura debía representar. Alarmado, antes de terminarse el acto dejó su asiento, corrió á informarse entre bastidores..... Aquella mañana misma, la cantante había rescindido su contrata perdiendo lo que quiso el empresario, y partido en dirección á San Petersburgo.

SATAN

Mudo, de pie, sobre el peñón erguido
Se agita en la tiniebla el condenado;
La cólera divina aun no ha doblado
La indómita cabeza del vencido.

Su rostro por el rayo ennegrecido
De nuevo iergue el inmortal forzado,
Y como Prometeo encadenado
Crece el orgullo de Satán caído.

Es el primer rebelde, el primer grito,
La más altiva imprecación lanzada
Ante la augusta faz del infinito.

La primera ambición desenfenada
Y la horrible serpiente del delito
Que entre la sombra se retuerce airada.

LEOPOLDO DIAZ.

LUZBEL

No es el ángel rebelde condenado
A la eterna expiación de su delito.
Es el soberbio criminal maldito
Que en la tiniebla se revuelve airado.

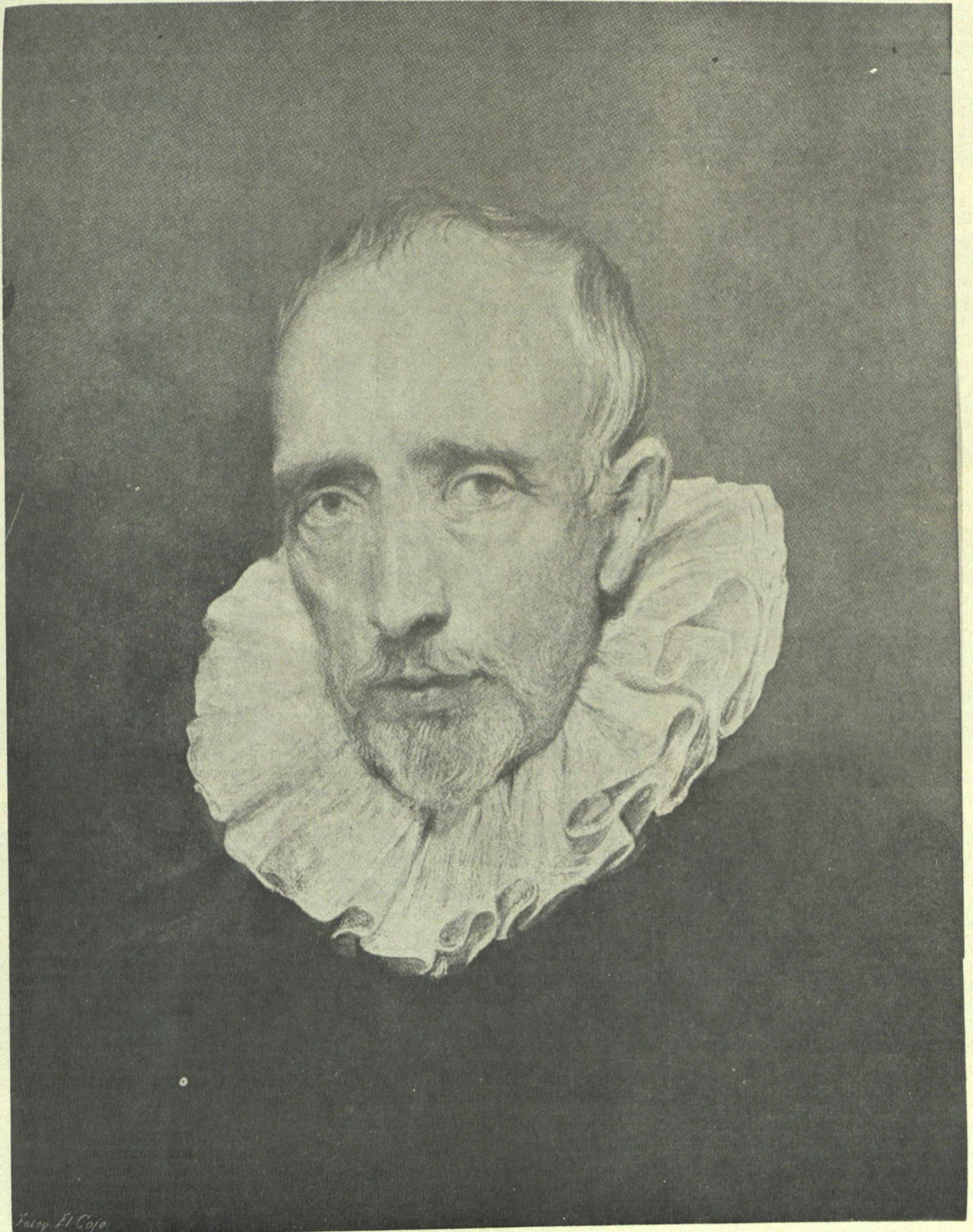
Demoniaco fantasma del pecado,
Lanza en las sombras estridente grito
Y cruza sobre el piélagos infinito
En la heroica actitud del renegado.

Bello y altivo y orgulloso y fuerte
Invade con satánica alegría
Los oscuros dominios de la muerte.

Su flamígera espada centellea,
La cólera celeste desafia
Y en los umbrales del Edén brava.

DIEGO FERNANDEZ ESPINO.

(Argentino).



CUADRO DE VAN DYCK. — Escuela flamenca — (Retrato de Gervatius)

MARIPOSAS

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan el aire
Y en los pétalos frescos retozan,
Leves saltan del cáliz abietoz
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio, de noche, reposan?
¡Las coquetas no tienen morada! . . .
¡Las volubles no tienen alcoba! . . .
Nacen, aman, y brillan y mueren;
En el aire al morir se transforman
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultanita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumbas dormís, mariposas?

.

¡Así vuelan y pasan y espiran
Las quimeras de amor y de gloria!
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdísteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca
Murmurabas, heraldo de goces:
"¡Ya está cerca tu noche de bodas!"
¡Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo,
Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
Ni la de oro; promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche . . . ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo . . .
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras.
Y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, la pieza está sola!
Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas!

MANUEL GUTIERREZ NÁJERA.

PADRINO !

(POR EMILIO POUVILLON)

I

Jueves santo! El gran jueves fúnebre y triunfante con el silencio de sus campanas y la gloria de sus sepulcros adornados de flores. Jueves santo! La fiesta semi triste y semi ale-

gre con su cielo entre azul y gris bajo las lágrimas centellantes de las lluvias.

Padrino y ahijado, abuelo y huérfano se encontraban engalanados como para asistir á la iglesia. Habíase puesto el viejo, que aún tenía su dosis de coquetería, un pantalón de lana oscura; chaleco antiguo bordado con grandes ramones y frac verde aceituna de cuello parado como se usaba en tiempo del primer imperio: su frac de matrimonio bastante largo al presente pues el buen hombre había encojido mucho desde aquel día; de manera que bajo las mangas apenas si asomaba la extremidad de los dedos arrugados, y por sobre el inmenso cuello emergía la cima luciente y calva de un monumental sombrero de pelo.

De este modo vestido, y recién afeitado, el anciano caminaba elegantemente alargando el paso cuanto podía para no dejarse pasar por el niño, que marchaba cuidadoso á su lado luciendo blusa nueva y gorra de marino un tanto inclinada sobre la orejita izquierda. Y de este modo, los cabellos blancos y los rubios, formaban una encantadora pareja, un conjunto de hermoso y enternecedor aspecto.

—Espérate, chiquillo, dame la mano que nos perdemos.

—Y te harían mal, padrino, hay tanta gente.

II

La calle delante de ellos estaba repleta con la multitud que iba y venía: señores y señoras de la ciudad; obreros y grisetos de los arrabales; jóvenes colegialas codeándose con las devotas que marchaban con los ojos bajos y los labios en movimiento, rezando el rosario; muchachos arrastrando los pasos al compás de la procesión.

Entre el silencio del día y por sobre los gestos discretos y las palabras á media voz, resonaban, confundiendo con el aire tibio, los lamentos de los enfermos alineados á la puerta de los asilos y el sonido de los gruesos centavos que caían en el plato de estaño de los limosneros sentados en el pórtico de las iglesias abiertas.

Tened cuidado, padrino, advirtió el niño.

Una oleada de pueblo lo impelió hacia una calle derecha, guarnecida de muros y de jardines en los cuales se balanceaban árboles de pálido verdor rodeados por los pétalos blancos y amarillos de los almendros y aléñes en flor.

La puerta de un convento se abría en el medio de la calle y al fondo de un largo pasadizo por el cual se filtraba la débil luz del día atravesando las rojas colgaduras arrojadas sobre las vidrieras. En el centro del pasadizo y antes de llegar al monumental edificio iluminado con lámparas funerarias, se alzaba una decoración gigantesca con pórtico de verdura guardado por dos ángeles pintados en cartón, con flores inverosímiles; y espectáculo maravilloso, en el centro de la terraza algunos pescados rojos se agitaban vivamente en un gran vaso donde caía con temblores imperceptibles menudo chorro de agua. Más allá la noche caía, una noche misteriosamente lóbrega alumbrada por el pálido resplandor de los cirios.

Qué hermoso, padrino, exclamó Tomasito!

Con todo, nuestros amigos no habían agotado las sorpresas de la tarde. Parroquias y conventos, regulares y seculares rivalizaban en piadosas invenciones: en la catedral las coristas de la maestría escondidas entre nubes cantaban motetes que parecían bajar del paraíso y en la capilla de Santiago estaba una oveja viva, un corderillo primorosamente rizado que figuraba el cordero pascual.

Mas, qué contraste! A algunos pasos de allí la lúgubre puerta de hierro tras la cual se oían ruidos de cadenas trechocadas y á través de cuyos gruesos barrotes se veían aparecer siniestras figuras y se oían voces enron-

quecidas y dolientes que suplicaban á lo largo de los oscuros corredores: Para los pobres prisioneros!

Cómo se habían apresurado á salir fuera para respirar el buen olor de las lilas recién abiertas que venía de los jardines del arrabal y por encima de la corriente del río.

III

Estaban sobre el muelle, casi en el campo, donde los niños gritaban persiguiéndose por entre los viejos olmos. Cerca del muelle el camino orillado de plátanos sin hojas; y al fondo, muy al fondo, una gran puerta en el centro de una fachada gris: el hospital.

Entre dos hileras de enfermos y de inválidos agrupados para ver pasar la gente, padrino y ahijado siguieron un largo corredor donde se oía de minuto en minuto, con una entonación siempre igual, dulce y penetrante, el ruego alternado de dos religiosas que pedían tras de una reja:

—Para los niños abandonados!

—Para los pobres huerfanitos!

Eran unos veinte en una gran sala, acostados en fila, en camitas blancas, cubiertos con gorros también blancos bajo los cuales lucían las pálidas facciones. Algunos dormían, las mejillas en la almohada, agitados por ligeros sobresaltos; otros, semidespiertos, con los párpados con un movimiento continuado; varios, despiertos por completo, miraban asombrados el semblante de los curiosos inclinados sobre sus cunas, y apretaban en su manita crispada un pedazo de torta con el cual no podían.

Estos eran los pequeños: los grandes estaban del otro lado, sentados en sus camas, la cabeza reclinada en la pared.

Alrededor de los lechos las preguntas comenzaban:

—Cómo te llamas tú, rubio?

—Juan Pedro.

—Juan Pedro..... qué?

—Juan Pedro.

Juan Pedro era un nombre muy corto, María Antonia casi no significaba nada; y los que podían mostrar un apellido no eran más felices: el padre había muerto, la madre había muerto.

Y el padrino donde está? preguntaba Tomasito.

—Muerto también, sin duda, respondía el abuelo.

La visita continuaba pero cada vez más rápida como si el padrino y el ahijado desearan salir.

La pregunta del niño había turbado al anciano:

“Su padrino dónde está.”

Ay! donde estaría él mismo bien pronto. Los viejos se van muy de prisa, de un día á otro, buenas noches!..... Y entonces!..... Oh! entonces se conduciría el huerfanito al hospital, se le vestiría á la moda de los otros, se le acostaría en uno de esos lechos blancos y los curiosos vendrían á verlo los jueves santos, señalándolo de paso. Y de imaginarse esto, de considerar á Tomasito en el hospicio sentía un dolor agudo en el corazón.

El niño pensaba también: por primera vez se le ocurría esa simple y negra cosa: la muerte posible del padrino! Quién sabe!..... bien pronto quizás! Y arrojando sobre su viejo camarada una de esas miradas de niño, secas, agudas y penetrantes: Sí; bien pronto, pensaba él.

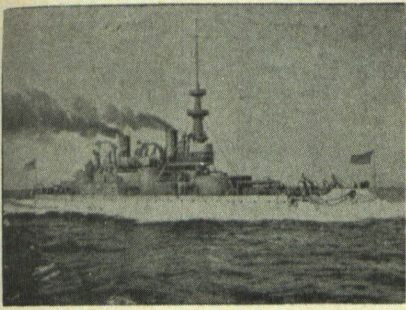
Vienes, chiquillo? preguntó el abuelo.

Apretaron el paso, pasaron sin decir una palabra delante de los lechos blancos, de las pálidas figuras de los niños sin padrinos; y, rápidamente, atravesaron el largo corredor por donde venía hacia ellos, persiguiéndolos hasta en la calle, la voz siempre igual, dulce y penetrante de las religiosas que pedían tras de la reja:

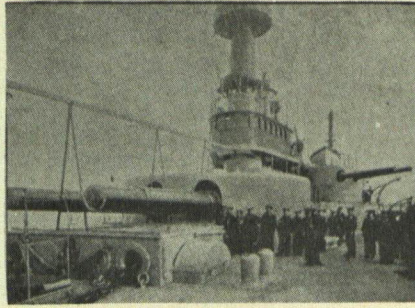
—Para los niños abandonados!

—Para los pobres huerfanitos!

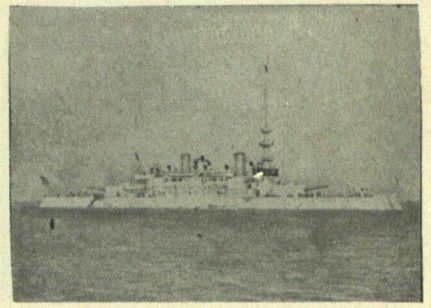
LA FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS



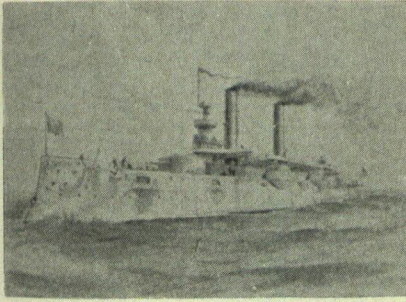
Indiana, acorazado, 16 nudos, 10.288 toneladas.
Costó \$ 3.020.000



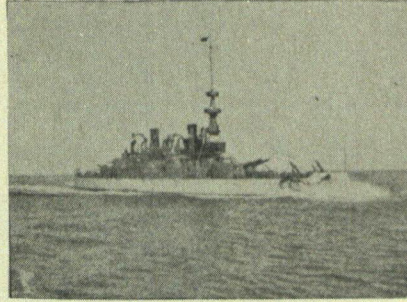
Indiana (el puente)



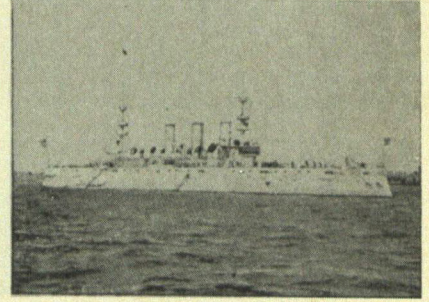
Oregon, acorazado, 16,79 nudos, 10.288 toneladas.
Costó \$ 3.180.000



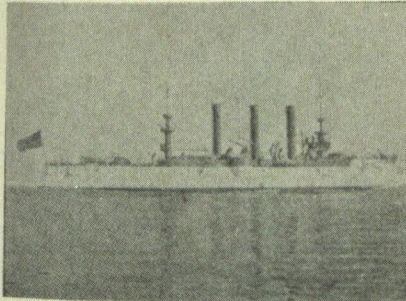
Iowa, acorazado, 17,08 nudos, 11.330 toneladas.
Costó \$ 3.010.000



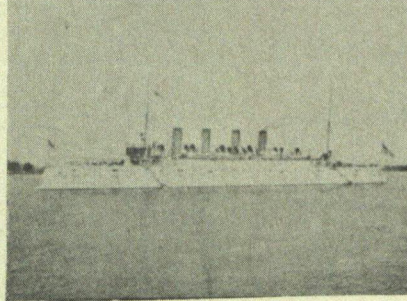
Massachusetts, guarda costas, acorazado, 16 nudos,
10.256 toneladas. Costó \$ 3.020.000



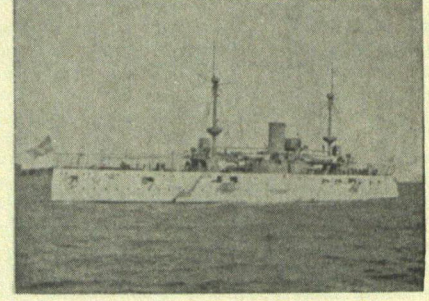
New York, acorazado, 21 nudos, 8.200 toneladas.
Costó \$ 2.985.000



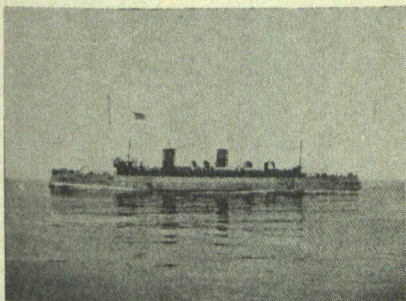
Brooklyn, crucero acorazado, 21,91 nudos, 9.271 toneladas.
Costó \$ 2.986.000



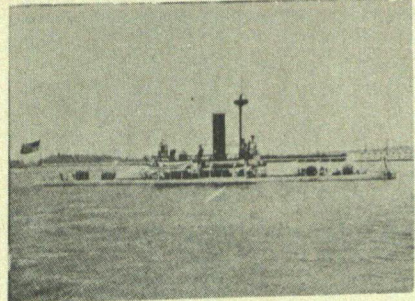
Columbia, crucero protegido, 22 nudos, 7.323 toneladas.
Costó \$ 2.725.000



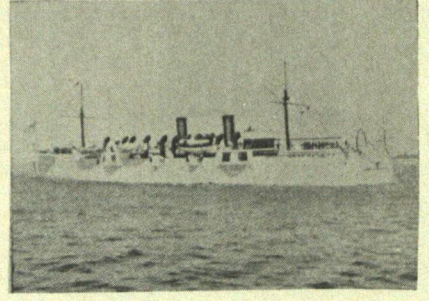
Texas, buque de combate, 16 nudos, 6.315 toneladas.
Costó \$ 2.500.000



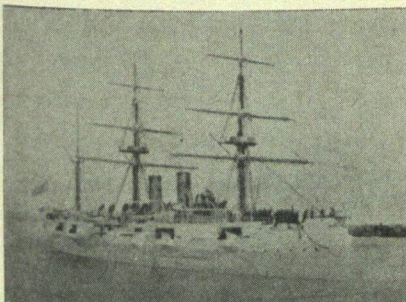
Minneapolis, crucero protegido, 23 nudos, 7.375 toneladas.
Costó \$ 2.680.000



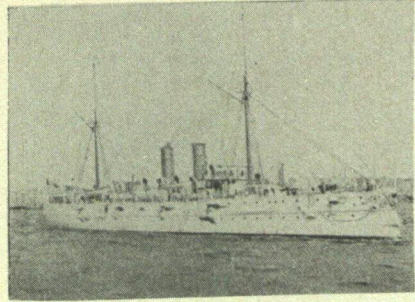
Miantonomoh, monitor guarda costas, 10 nudos, 3.990 toneladas.



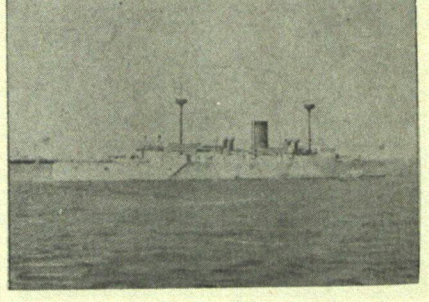
Philadelphia, crucero protegido, 19½ nudos, 4.524 toneladas.
Costó \$ 1.350.000



Newark, crucero protegido, 19 nudos, 4.098 toneladas.
Costó \$ 1.248.000

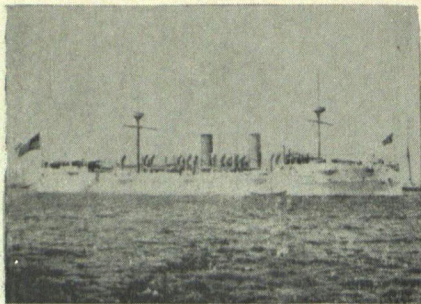


Cincinnati, crucero protegido, 19 nudos, 3.123 toneladas.
Costó \$ 1.100.000

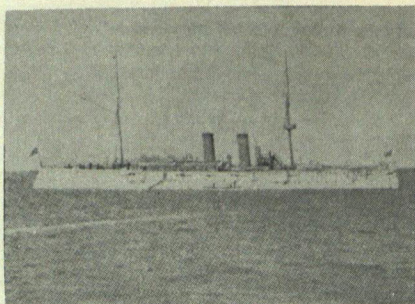


Charleston, crucero protegido, 18 nudos, 3.730 toneladas.
Costó \$ 1.017.500

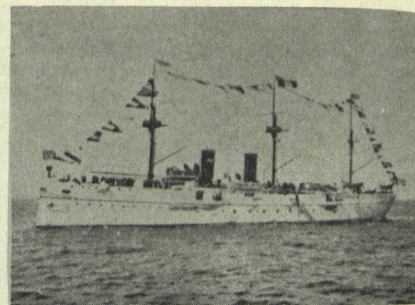
LA FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS



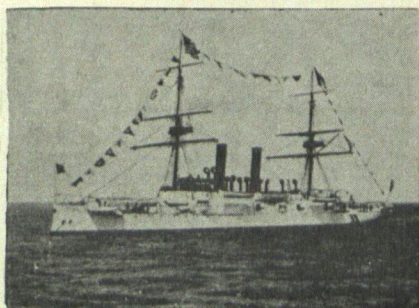
Baltimore, crucero protegido, 20 nudos, 4.413 toneladas.
Costó \$ 1.325.000



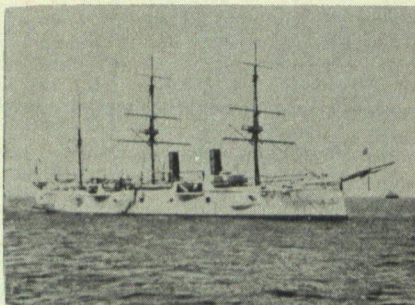
Raleigh, crucero protegido, 19 nudos, 3.213 toneladas.
Costó \$ 1.100.000



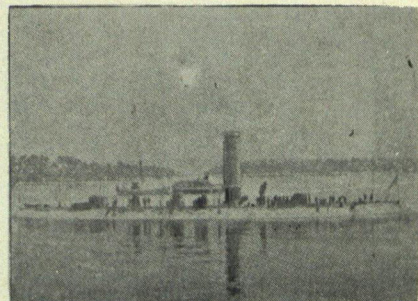
San Francisco, crucero protegido, 15 nudos, 4.500 toneladas.
Costó \$ 889.000



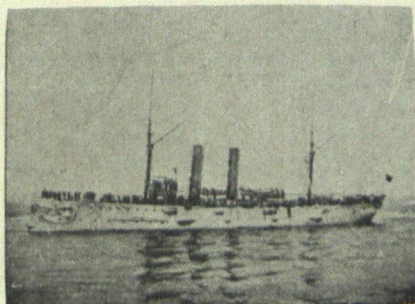
Boston, acorazado protegido, 15½ nudos, 3.000 toneladas.
Costó \$ 619.000



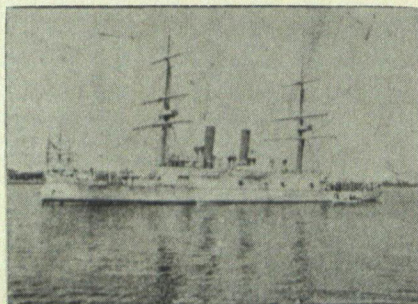
Chicago, crucero protegido, 15 nudos, 4.500 toneladas.
Costó \$ 889.000



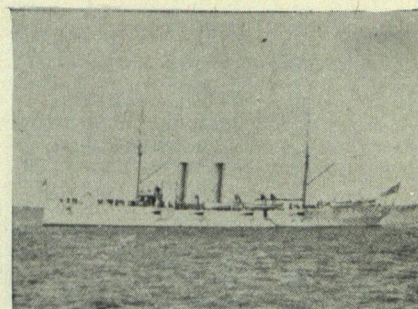
Katahdin, 17 nudos, 2.155 toneladas.—Costó \$ 930.000



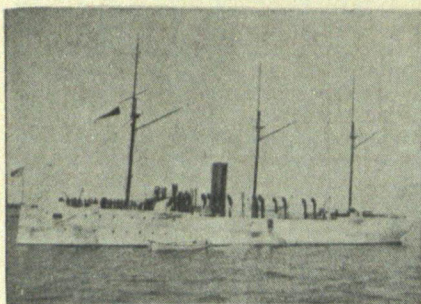
Marblehead, crucero, 19 nudos, 2.089 toneladas.
Costó \$ 674.000



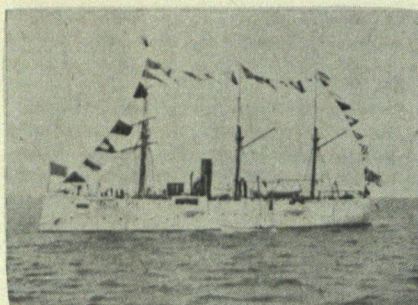
Atlanta, crucero protegido, 15½ nudos, 3.000 toneladas.
Costó \$ 617.000



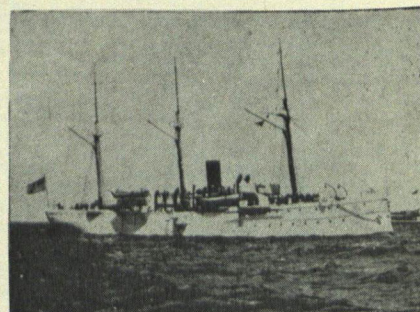
Mongomery, crucero protegido, 17 nudos, 2.094 toneladas.
Costó \$ 612.500



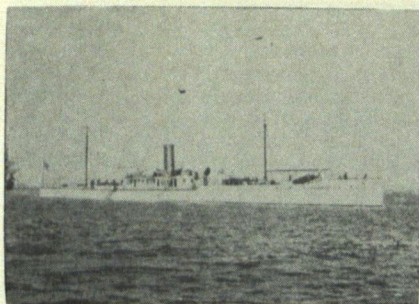
Bennington, cañonera, 17½ nudos, 1.710 toneladas.
Costó \$ 490.000



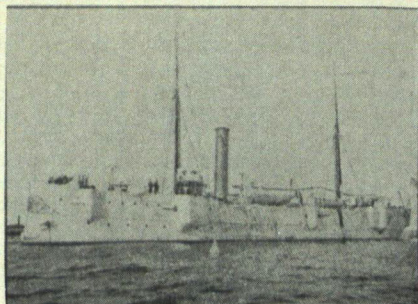
Concord, cañonera, 16½ nudos, 1.700 toneladas.
Costó \$ 490.000



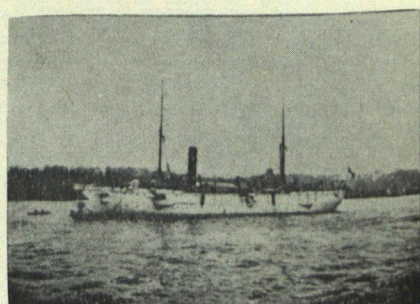
Yorktown, cañonera, 16 nudos, 1.700 toneladas.
Costó \$ 455.000



Vesuvius, crucero dinamitero, 21½ nudos, 929 toneladas.
Costó \$ 350.000

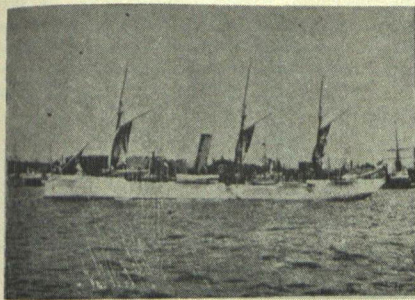


Castine, cañonera, 16 nudos, 1.177 toneladas.
Costó \$ 318.500

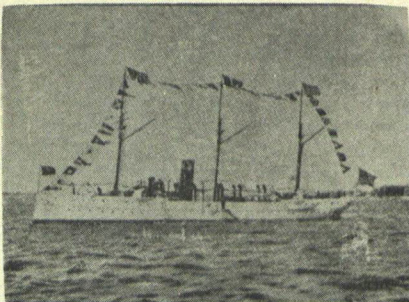


Machias, cañonera, 15½ nudos, 1.177 toneladas.
Costó \$ 318.000

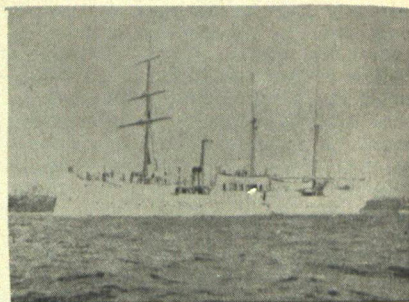
LA FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS



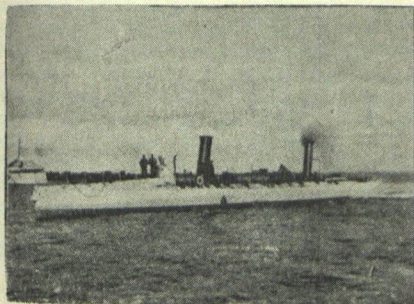
Dolphin, 15¹/₂ nudos, 1.406 toneladas.
Costó \$ 315.000



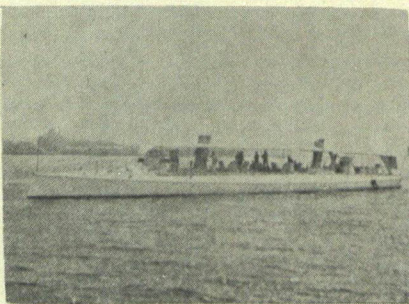
Bancroft, caucero, 14¹/₂ nudos, 839 toneladas.
Costó \$ 250.000



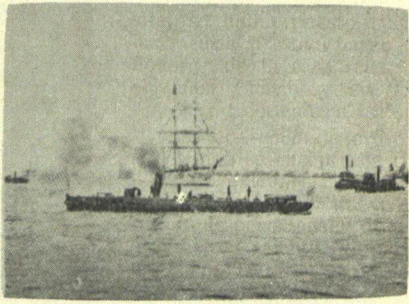
Petrel, cañonera, 12 nudos, 892 toneladas.
Costó \$ 247.000



Ericsson, torpedero, 24 nudos, 120 toneladas.
Costó \$ 113.500



Cushing, torpedero, 22¹/₂ nudos, 165 toneladas.
Costó \$ 82.750



Stiletto, torpedero, 31 toneladas, 18 nudos.
Costó \$ 25.000



CUENTO VERDE

Yo meditaba, apoyado en el tronco de un árbol. Mi amigo, acostado en la hierba, de codos en el suelo, la cara entre las ma-

nos, me veía de cuando en cuando con ojos cada vez más escrutadores. A pesar mío, sus ojos me penetraban como puñales. Y cada vez, después de observarme por algún tiempo, y como si quisiera libertarse de una obsesión, tendía su mirada, ya por el lago azul, dormido al pie de la Roca Borrromea, ya por las viñas cercanas, entre cuyos pámpanos, aún verdes, los racimos, próximos á la madurez perfecta, empezaban á reír al sol con risas de oro y púrpura.

De pronto mi amigo empezó á hablar, y parecía como si sus palabras vinieran de muy lejos:

—Sé en lo que estás pensando. Piensas en lo mismo que hace días te trae meditando y caviloso; piensas en la Marzuchelli, esa italiana, reciente amiga nuestra, cuyo cuerpo es flor de gracia y perfume inefables. Pero no es la belleza de su cuerpo sino la música de su voz lo que ha turbado tus sentidos.

Es inútil negarlo: á mi experiencia no se oculta un solo repliegue de tu alma. Y, si no deseas caer víctima de un maleficio, escucha mis consejos. En tus oídos canta continuamente esa voz dulce y tentadora. Parte, huye, ó el encanto de esa voz pasará á tus venas y emponzoñará tu sangre como un tóxico. Ah! bastante conozco esa voz de seducción y perfidia. Yo asistí á sus primeros balbuceos tímidos en la caña sonora de un

instrumento rústico. Los labios de un dios la despertaron y esparcieron por bosques y praderas, y fue, al nacer, paz y alegría de pastores y rebañeros. Inofensiva y pura, al resonar en las praderas y en los bosques, pasaba como una bendición por sobre los seres y las cosas; y nadie la hubiera creído destinada á ser la ejecutora implacable de una venganza tremenda. Hoy, al resonar, suspende su hechizo como una espada de fuego sobre la cabeza de los hombres. Y como yo sé el secreto de su origen y el misterio de su conversión, por eso temblé por tí al reconocerla días atrás en la voz de Teresa Marzuchelli. ¿No recuerdas cómo se estremeció todo mi cuerpo al oír la cantar, en el ambiente perfumado del jardín, impetuosa y vibrante como alondra sedienta de luz? En mi memoria se alzaron—inacabable teoría de figuras resplandecientes—los recuerdos de una edad maravillosa y lejana. Entonces era yo uno de aquellos sátiros, divinos habitadores de la selva, más tarde fugitivos por ciudades y montes, cuando el advenimiento del Dios nuevo, ante cuyos altares te arrodillas. ¿No lo crees? Bajo mis apariencias de juventud palpita un alma casi tan vieja como el mundo, y dentro de mi feo disfraz de hombre del siglo se aburre un pobre sátiro medio muerto de pesadumbres y nostalgia. ¿Ríes? ¿Acaso no has visto como enarco las cejas cuando una emoción brusca rompe la monotonía de mis horas, ni te has burlado muchas veces de mi pie izquierdo, contrahecho y deforme?

En la manera como enarco las cejas, conservo el recuerdo más fiel de mi antigua máscara sardónica, y mi pie deforme es el residuo viviente de mis primitivas pezuñas de cabra.

Pues bien, en esa época feliz, cuyas memorias guardo como si fuesen oro acendrado, era Pan el dios omnipotente de la campiña. Todos los seres y las cosas le rendían homenaje:

los pastores le sacrificaban los cabritos más tiernos; para él criaba el campo azafrán y jacintos; para él danzaban las ninfas en los claros del bosque; los manantiales le decían, en su lengua pura y cristalina, los secretos de la tierra; y los árboles mismos, á fin de proteger el sueño del dios, á la hora del bochorno, entrelazaban sus ramajes, haciendo mayores la sombra y la frescura. De Pan, soberanamente dichoso, fluía, derramándose por la tierra, el contento del vivir. El vino era alegre, y el amor no torturaba los corazones, como eso que llaman amor los hombres actuales.

Pero un día se interrumpió la placidez augusta de Pan, y germinaron las tristezas. Una hija del hombre se atrevió contra el poder del dios caprípede. Se llamaba Siringa y era virgen montaraz y guardadora de cabras. De virtud áspera y fuerte como tronco de encina, su virginidad se conservaba sin mengua como la virginidad del mármol no acariciado ni por los besos de la luz en las entrañas del monte. Los ocios del pastoreo Siringa los llenaba cantando con voz blanda y melodiosa ingenuas canciones. Y fue siguiendo el sonido de su voz como Pan llegó á ver, sin ser visto, oculto en la sombra del bosque, el esplendor de su belleza. Entre zagalas y boyeros nadie recordaba hermosura comparable á su hermosura: eran sus ojos como agua de la mar, turbadores y verdes; sus mejillas, como rosas de Jonia; sus labios, rojos y dulces, como vino de Chipre y canto de cigarras; su garganta, como un torrente fresco y armonioso; y cada seno, entreabierto magnolia henchida de rocío.

Pan amó á Siringa, pero ésta desdendió su amor divino y rechazó con repugnancia el abrazo de sus miembros velludos. Los desdenes incendiaron el pecho del dios, y con rabia, tristezas y dolores corrompieron la fuente de la antigua alegría. El furor de Pan, desdendiado por la primera vez, no tuvo límites. Juró no darse punto de reposo hasta ver prisionera de sus brazos á la pastora temeraria; y la persiguió por valles y oteros, como antes á las ninfas por la espesura de las frondas. Lleno de furia y entregado por completo á perseguir á la humilde guarda-

dora de cabras, Pan olvidó los placeres de la vida: en vano los campos le ofrecieron jacintos y azafrán, en vano los pastores le sacrificaron los cabritos más tiernos y lo invocaron las ninfas, tristes é inconsolables, á orillas de las fuentes. Pan no echaba de menos la belleza ni el amor de las ninfas; antes recordaba con náusea y hastío sus formas blancas, tersas, lustradas en la onda de arroyos imolutos. Sus deseos iban todos, como tropel de leones hambrientos y bravíos, detrás de los pies de Siringa, menudos y ligeros como pétalos con alas. Pero por más desenfadados que corrieran, los deseos del dios no llegaron ni aun á rozar la piel de la hermosa fugitiva. Detrás de los árboles, detrás de las rocas, Pan espío los movimientos de la virgen zagala, esperando la ocasión oportuna para caer sobre ella; y cuantas veces intentó sorprender á Siringa, otras tantas, ágil y despierta, Siringa se le escapó de entre las manos, como una sombra.

Sin duda la virtud, como una coraza inquebrantable, defendía á la pastora esquiva y zahareña. Y el buen dios Pan, fatigado de una persecución larga y difícil, desbordante de cólera ante aquella virtud incapaz de ceder á ruegos, lisonjas ni violencias, imploró el auxilio de Júpiter, á fin de vengarse de Siringa y de la raza de Siringa.

Aún perseguida de Pan, Siringa se convirtió, por deseo y mandato de los dioses, en bosquecillo de cañas flexibles y verdes. Sonriendo con sarcástica sonrisa, Pan se llegó á las cañas, las cortó, y con desiguales cañutos, puestos en orden, uno á otro ligados, construyó su flauta famosa.

Pero si muchos conocen el origen de esa flauta, sólo unos cuantos conocemos el mal de ella proveniente. Cuando los labios del dios le arrancaron un torrente de música, la naturaleza toda vibró alborozada ante el prodigio, y no vio en la venganza de Pan sino algo así como una venganza de artista, bella y generosa. Pan llevó por todas partes el hechizo extrahumano de la música nueva, y tan furiosamente apretaba la flauta con labios y dedos, que parecía como si el dios pretendiera satisfacer en la débil siringa de caña todos los deseos inspirados por la Siringa de carne, hecha de lirios y claveles. Bajo sus labios, y según el deseo del momento, la flauta cantaba, sollozaba, ó reía, pero siempre dulce y melodiosa. Y la naturaleza entera escuchaba sin comprender, extasiándose ó riendo: dejaban de pastar los rebafios; los árboles, como en actitud de oír, inclinaban sus copas, semejantes á cabezas cargadas de meditaciones ó de ensueños; las fuentes paraban su curso, tratando luego de remedar, en su murmullo fresco y delicioso, la canción de la flauta; y en los viñedos, entre los pámpanos, los racimos repicaban alegres como resonantes campanillas de oro.

Pero nosotros, los sátiros, penetrábamos el misterio doloroso y cruel de la música nueva; con toda claridad leíamos en el porvenir el destino de la flauta, y sabíamos todo lo que encerraba de desventura y dolor para muchos hombres. Abandonada de Pan, la flauta había de recobrar, con el tiempo, su primitiva figura de virgen montañesa; y este milagro se realizó cuando la gran catástrofe anunciadora del advenimiento de Jesús, el dios nuevo, cuya ley domina el mundo.

Entonces, precisamente, fue cuando los semidioses, faunos y sátiros, nos dispersamos por la tierra, y el mismo dios caprípede huyó despavorido, olvidando, al pie de una encina, la flauta prodigiosa. Si algunos sátiros, proscritos de los perfumados bosques helenos, han sucumbido á la nostalgia, la mayor parte perduran, más ó menos conformes con sus actuales condiciones de vida. Por ahí existen muchos disfrazados de poetas, disfrazados de labradores, disfrazados de políticos, y no falta uno que otro sátiro académico. Pero nadie sabe hoy de Pan:

tal vez en el fondo de una gruta espera que se acabe el imperio de la fealdad y la tristeza, y vuelva á reinar, sobre tierras y mares, en ciudades y villorrios, la vieja y sana alegría del paganismo.

En el momento de la gran catástrofe, Pan dormía á la sombra, descuidado y feliz, soñando con fugas de radiantes desnudeces de ninfas al través del follaje trasapado de saetas luminosas. Un clamor inmenso lo despertó, y sus ojos, dilatados de terror, presenciaron un espectáculo fatídico: en medio de un estrépito colosal se desgajaban los bosques; las montañas, vacilando sobre sus cimientos, parecían bailar como ebrias; la tierra era toda convulsiones, como un epiléptico; una gran tiniebla envolvía las cosas, y en el seno de la gran tiniebla caían rodando los soles como lágrimas de diamante.

Pan sobrecogido de pavor, huyó, dejando olvidadas las coronas de jacintos, la bermeja piel de lince y la flauta de sonos mágicos.

Más tarde, ya en reposo la tierra, apagado el estrépito, inmóviles las montañas, desvanecida la sombra, se realizó el milagro previsto. Siringa, la virgen agreste, libre de los dedos y labios de Pan, volvió de su largo sueño armonioso, bella como antes. Poseía los mismos ojos, verdes y turbadores, las mismas rosas de las mejillas, los mismos labios dulces y purpúreos, la misma garganta como un torrente fresco, y los mismos senos como botones de magnolia, firmes y blancos. Pero su alma no era la misma, y en eso consistía la venganza de Pan. Este había transformado aquella alma, recia como tronco de encina, fuerte como el bronce, inexpugnable como una fortaleza, en alma de caña endeble ó de rosales huecos, dispuesta á vibrar á cada instante. Lleno de ira contra aquella virtud orgullosa que siempre rechazó el abrazo de sus miembros nervudos y el beso de sus labios sensuales, Pan convirtió esa virtud, prisionera de su flauta, en música, sonido, rumor vano.

Poco después de tomar su primitiva figura, Siringa estaba condenada á ser botín de un soldado de Roma. Luégo, de brazo en brazo y de caricia en caricia, había de ir, voluntariosa y fácil, caprichuda y liviana, sembrando por donde quiera una simiente maldita. Y de la simiente, sembrada con profusión, viene toda esa casta de mujeres de voz blanda como el terciopelo, suave como plumón de cisne, dulce y melodiosa como són de flauta, y de virtud quebradiza como el cristal muy tenue. Son criaturas hechas de fragilidad y armonía, de gracia y de pecado, y semejantes á las cañas frágiles y á los rosales huecos, al menor soplo ceden, cantan y se rompen. Guardan un eco para todas las voces, contestan á todo reclamo y, ejecutoras de una venganza cruel é injusta, espargen con la música de su voz un filtro ponzoñoso. Ay! de aquel á quien halague y turbe esa voz hechicera: víctima dócil del encanto, verá un día su destino encadenado para siempre al destino voluble y perverso de una hija de Siringa; envuelto en una red inextricable de maldad, irá tropezando de traición en traición, de asechanza en asechanza hasta dar en el crimen ó la muerte. Y ninguna de las voces de mujer que he oído hasta hoy recuerda tan bien las suavidades de seda, las frescuras de arroyo, las finezas de cristal y las dulcedumbres de miel de la voz de Siringa, como la voz de Teresa Marzuchelli. Por eso este viejo sátiro, amigo tuyo, te aconseja que partas; de lo contrario, el maleficio de esa voz penetrará en tus venas y quemará tu sangre, como un tósigo.

Unas veces mudo de admiración, sospechando otras veces una falaz jugarreta del sabroso vino italiano, oía yo sin decir palabra la historia narrada por mi amigo.

—No dudo—me atreví por último á responder—no dudo de la verdad de tu historia, delicada y sutil como rayo de luz, ni de tu origen y alcurnia celestes; pero he conocido y conozco mujeres de voz áspera y ruin, como la voz de las campanas rotas, y de virtud vana y deleznable como el vidrio. Ahí está.....

—Ah! si—me interrumpió mi amigo *el sátiro*, considerándome á la vez con cierto aire ambiguo, entre enojado y menospreciador—esas de voz cascada y de virtud efímera deben de provenir de algún cañuto roto de la flauta de Pan, caída en lecho de piedras ó guijarros mientras el dios trepaba, como solía, alguna cueva penosa.

De improviso, muy cerca de nosotros, resonó, turbando el silencio y la calma del mediodía, la voz de Teresa Marzuchelli. Como de un solo resorte movidos, *el sátiro* y yo nos pusimos en pie y nos apresuramos á ir al encuentro de la italiana encantadora. En el mismo instante la brisa, hasta entonces quieta, sopló como obedeciendo á un conjuro; agitó, al pie de la Roca Borromea, la superficie del lago, como un sueño de amor agita el seno de una virgen dormida; acarició nuestras frentes mojadas de sudor; besó nuestros labios húmedos de vino; y penetró en la viña cercana, murmurando no sé qué discursos burlescos. Y entre los pámpanos verdes, los racimos danzaban y reían al sol con risas de oro y púrpura.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

INCONTRASTABLE

I

El árduo monte cuyo pétreo seno
Germen fatal de cataclismos guarda;
El huracán que gembundo emigra
Quién sabe á qué región y á qué distancia;
Los mundos del sistema; viejos mundos
Que el astro rey desde ab eterno amansa!
Y el mar,—el ancho mar de los contrastes,
De la onda azul y de las ondas bravas,—
Que la estrella del cielo solícita,
Que la ley del nivel doma y aplasta,
Lo mismo que esos sueños de la gloria
Encrespan la marea de las almas,
Lo mismo que esas leyes de la carne
Al espíritu audaz cortan las alas:—
No valen más que yo, por que yo siento
Cataclismos horribles y nostalgias,
Rebeliones salvajes y amarguras
Allá en mi carne vil; y no me matan!
Allá en mi corazón; y no me postran!
Allá en mi pensamiento; y no me amansan!
Allá en mi pequeñez; y no me anulan!
Allá en mi pobre sér; y no me apagan!

II

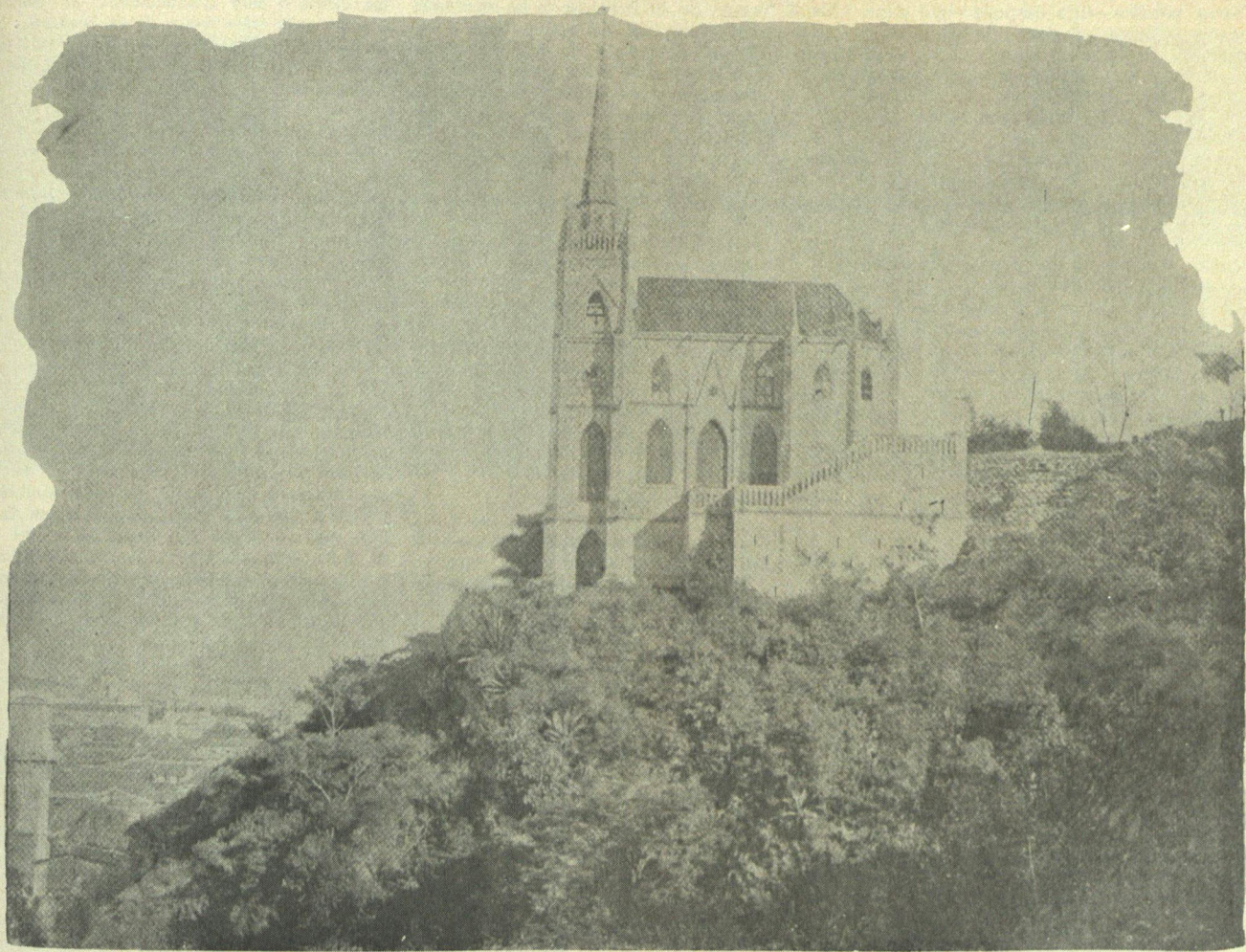
¡No! No tiene ese mar más amarguras,
A pesar de lo amargo de sus aguas;—
No albergan esos mundos más despecho,
A pesar de la ley que los amarra;—
No gime ese huracán más hondamente,
A pesar de su eterna resonancia;
No encierran más dolor aquellos montes,
A pesar de sus lúgubres entrañas;—
Que torturas diabólicas mi pecho,
¡Mi pecho ruin que de dolor no estalla!
Que el profundo gemir de mis nocturnos,
¡Gemidos; ay! que al huracán espantan!
Que la protesta eterna de mi vida,
¡Protesta que los mundos no levantan!
Que la hiel de mis lágrimas feroces,
¡De una sola siquiera de mis lágrimas!

III

¡No! No son más que yo, ni nunca fueron
Si se mide la mía y su desgracia,
Si se pesa mi sér y su grandeza—
¡Vientos, mares, planetas y montañas!

PEDRO B. PALACIOS. (*Almafuerte*).
(Argentino)





CAPILLA DE LOURDES (Caracas)— De fotografía de Schael



ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

Agitados y nada a propósito para cosas puramente intelectuales corren en España los presentes días. El individuo, aun el que más apartado vive de los errores y bajas pasiones que ofuscan á menudo el espíritu de las colectividades, no puede sustraerse al ambiente que le rodea, y no sin un gran esfuerzo de la voluntad consigue fijar la atención en los ideales de amor y paz mientras se oye gritar en torno: venganza y guerra.

Hemos tenido estos últimos días en Madrid reunido el Congreso Internacional de Higiene y Demografía. Es el IX de los celebrados hasta hoy en Europa. En otra ocasión este suceso habría tenido gran resonancia en España y fuera de ella, puesto que el éxito no ha podido ser más lisonjero. Pero, distraídos nuestros periódicos en hablar de la tremenda

crisis porque la nación atraviesa, ni han dado toda la publicidad debida á las sesiones del citado Congreso, ni han comentado los temas en él debatidos y aprobados.

El Gobierno ha hecho, no obstante, cuanto debía en esta ocasión. Destinó para las sesiones de los congresistas, el Palacio de Museos y Biblioteca que es hoy uno de los mejores edificios públicos de Madrid, y puso á disposición de la Junta para festejar á los extranjeros que, oportunamente invitados, han venido á Madrid, un crédito de treinta mil duros. Presidió la inauguración y clausura del Congreso un Ministro de la Corona, y se ha obsequiado á los viajeros con una velada en el Ateneo y un gran banquete en el salón del Conservatorio; con solemnes recepciones en el Palacio Real, en la Presidencia del Gobierno, en el Ministerio de la Gobernación y en la Casa del Ayuntamiento; con funciones de gala en los principales teatros, giras campestres á los alrededores de Madrid y con expediciones á la monumental Toledo y al Real sitio del Escorial.

No hay espacio en esta Revista para reseñar las sesiones del Congreso, ni aun para mencionar los nombres de los que han venido en representación oficial de todas las naciones de Europa y de algunas de América. El Japón ha enviado también representantes. Los congresistas extranjeros, eran unos doscientos: entre ellos están los más sabios higienistas del mundo: los venidos de las diferentes provincias de España llegaron á mil. Sólo para mencionar los temas que se han discutido, las Memorias y estudios presentados y acuerdos tomados, llenaría las cuartillas destinadas á esta Revista.

En la ceremonia de inauguración hubo discursos muy lisonjeros para España, pro-

nunciados por varios de los representantes extranjeros. Distinguiéronse, entre otros, el señor Ramírez de Arellano, Inspector de Sanidad militar, Delegado del Gobierno mejicano, que, además de ensalzar las glorias históricas de España expuso las simpatías que todo lo español despierta en Méjico é hizo votos para que España salga triunfante de los peligros que la cercan. El doctor Fraye, cirujano mayor del ejército noruego, habló también en nombre de su patria y lo hizo en idioma castellano diciendo que estaba encantado de España, y que no ha conocido la luz del sol ni el fuego de los corazones hasta que ha pisado nuestro suelo.

La sesión de clausura del Congreso se efectuó en el hermoso salón del Paraninfo de nuestra Universidad Central. Asistieron todo el Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid y nuestras notabilidades políticas y científicas. Aprobáronse las conclusiones propuestas, y habló un congresista de cada una de las naciones allí representadas, conviniendo todas en que el presente Congreso ha sido uno de los más importantes hasta ahora celebrados, y elogiaron á España y la ciencia española representada especialmente por el doctor Cajal tan admirado en el extranjero. Todos al mismo tiempo mostraron sus simpatías hacia España al aludir al presente conflicto con los Estados Unidos, y se aclamó la paz como medio principal para que progrese la ciencia y mejore la condición de la humanidad.

Los discursos que más entusiasmo causaron en el público fueron los de los señores Altamirano y Hégny, Delegados de las Repúblicas de Méjico y del Uruguay, respectivamente. Don Fernando Altamirano manifestó que el Presidente, general Porfirio Díaz, había enviado cinco Delegados á España.

"Tierra bendita—dijo después—que guarda nuestra historia, nuestra flora, nuestros monumentos, nuestra religión, nuestro idioma, nuestros sentimientos y la noble sangre que corre en nuestras venas. No venimos, como el peregrino á tierra desconocida, sino como el hijo á la casa paterna, y al estrechar la mano de nuestros hermanos.....; qué dulce satisfacción, qué corriente de simpatía se ha establecido, que nos hace sentir cuanto ellos sienten y proponernos lo que ellos se propongan!"

Después de ensalzar á la ciencia á quien se debe este Congreso y demostrar las ventajas que puede reportar á los gobiernos seguir sus consejos, terminó con elocuentes palabras de gratitud encaminadas á saludar al pueblo de Madrid, tan cortés, tan cordial y tan espléndido, y elevar una respetuosa manifestación de respeto á nuestros augustos soberanos.

El representante de la república del Uruguay, doctor Hégný, agradeció las manifestaciones de aprecio que habían merecido los delegados, pues "al celebrar este trascendental Congreso, los españoles habían querido honrar en los congresistas á las naciones amigas de donde procedemos, acentuando la nota de hospitalaria acogida á los que desde lejanas tierras hemos venido á tributar homenaje á la madre patria, demostrándola que no ha disminuido nuestro cariño por ella, y que ahora y siempre nos regocijamos de sus glorias y triunfos. De aquellas no será la menor el haber reunido en estos momentos de suprema preocupación por los sacrosantos intereses de la patria, á un grupo numeroso de eminencias científicas, que al presentar y discutir trabajos sobre la más hermosa de las ciencias, ha de influir poderosamente para que predominen las ideas de paz y confraternidad universal, sin las cuales no pueden existir ni progreso estable ni verdadera civilización."

Además de Méjico y Uruguay, han tenido representación oficial en el Congreso, Colombia y Guatemala: la primera lo ha estado por don Julio Z. Torres y don Nicolás Buendía, y la segunda por el señor Vinyals.

El nuevo Congreso internacional de Higiene, se reunirá en París, pasados dos años, en el 1900, coincidiendo con la Exposición Universal.

En el mismo palacio de Museos y Bibliotecas nacionales en que se reunió el Congreso, se efectuó la Exposición de objetos relacionados con la higiene y demografía. Ocupando grandes salas de aquel edificio. Véanse allí muchos aparatos é instrumentos, planos y fotografías de edificios modelos que tenemos en España dedicados á realizar los ideales de los higienistas. Entre las instalaciones más notables, figuran la del laboratorio central de Sanidad Militar de Madrid, la de la Cruz Roja, que ocupa los departamentos y exhibe un material completo y de lo más moderno en aparatos, instrumentos, curas, camillas, etc.; la del laboratorio micrográfico del Ayuntamiento y de la sociedad protectora de los niños en Madrid y de los sanatorios establecidos en los principales puertos de España para atender á nuestros soldados que regresan enfermos de Cuba y Filipinas.

La Reina Regente presidió la apertura de esta Exposición.

Termina en Madrid la temporada teatral, y ya no es fácil que se estrene ninguna obra que aspire á fijar la atención del público. Últimamente se ha representado en el Español un arreglo ó refundición de la conocida comedia de Lope de Vega titulada: *La hermosa fea*. El autor del arreglo es el señor Luceño, escritor cómico ó sainetero de bien adquirida fama que se distingue por la propiedad en el lenguaje y por el buen gusto en el gracejo en la intención de sus obras. La de que hablo ha tenido éxito muy lisonjero.—

En el Teatro de la Princesa se ha estrenado una comedia original del señor Ruiz Contreras. La crítica periodística ha dicho que *El Pedestal* que así se titula la comedia, resistiría difícilmente un análisis detenido y que tiene mucho de artificial la manera de crear el conflicto dramático. Dice también que la idea principal de la obra resulta muy pesimista y que la factura es realista con tendencias á un modernismo mal entendido.

En el Español se ha estrenado además un drama titulado *Liliput*. Como no gustó, el autor reservó su nombre. Es una obra de tesis, encaminada al parecer á probar que la pureza y rectitud de conciencia, por grandes que sean, les falta siempre fuerza para luchar contra las pequeñeces de la infamia que por su misma liliputiense menudencia, parecidas al polvo—como dice un personaje de la obra—aún pisoteadas y escupidas se levantan del suelo para ahogarnos. La crítica tilda esta obra de efectista, falta de interés en el fondo, de lógica en el desenlace y de sentimientos humanos.

Entre los pocos libros de ciencia positiva publicados de algún tiempo á esta parte en España, merece especial mención el titulado: *Ensayo de una Higiene de la inteligencia*, debido á la docta pluma de una de nuestras eminencias médicas, señor Mariscal. Es un acabado estudio de investigación, sujeto á un riguroso método científico, del funcionalismo completo de la inteligencia ó sea la vida del espíritu relacionada con los fenómenos inherentes á nuestra existencia físico-orgánica. Además de su valer intrínseco, recomienda esta obra una dicción correctísima y un criterio filosófico amplio y expresivo. La prensa profesional ha dedicado merecidos elogios al importante libro del doctor Mariscal, colocándolo entre los mejores que de esta índole se han publicado en España y á la altura de muchos que en el extranjero han dado fama á sus autores.

En poesía, dejando aparte algunos tomos publicados por vates incipientes que los destinan al conocimiento y recreo de su familia y amigos, no recuerdo que de entre los últimamente aparecidos haya la prensa citado como dignos de mención otros que la *Postum* del poeta italiano Stecchetti, vertida al castellano por el señor Jurado de la Parra.

Los poetas del amor de José S. Herrero, y *La caja de música* de Ricardo Gil.

Sabido es que Stecchetti, en sus composiciones amorosas, tiende al sensualismo y muestra atrevimientos que sólo pueden dispensarse en gracia á la galanura de estilo y á lo trascendental de la intención. El traductor español cuida bien de advertir en el prólogo del libro, que no está identificado con las ideas del poeta italiano y que sólo su entusiasmo por la independencia del arte y su pasión por lo bello le mueven en esta ocasión. Y por si esto no fuese suficiente, el señor Jurado de la Parra ha tomado la precaución de dedicar su libro al marqués de Pestaño, varón muy piadoso, é intransigente en cuestiones de moral y saludables costumbres.

Otro libro de buenos versos recientemente publicado es el titulado: *Poetas del amor* por don José S. Herrero. Fórmanlo algunas traducciones del poeta indio Kalidosa y los principales del *Intermezzo* de Heine, estas últimas ya anteriormente publicadas en otro tomo por el mismo lírico señor Herrero. Precede al tomo de ahora el mismo prólogo que á la traducción de Heine á que me he referido, puso el señor Menéndez y Pelayo.

En él, nuestro gran crítico dice que "si bien en la traducción del señor Herrero pueden notarse algunos versos flojos ó faltos de cadencia y número y tal cual expresión prosaica y alguna no muy propia, el conjunto agrada y da una idea bastante exacta de las bellezas de las *lieder*. Dice también que de

las cinco ó seis traducciones al castellano que de esos vates hasta ahora tenemos, la de que se trata es quizá la más fiel y más poética. Y dice además, en justo elogio del traductor que si á menudo sus propios versos originales no le acreditaran, bastaría esta versión para dar al señor Herrero crédito y nombre de poeta. Su educación literaria sana y severa, basada principalmente en el estudio de los modelos de las literaturas inglesas y alemana, nos hace esperar de él que ha de trasladar con feliz éxito á nuestra literatura, bien necesitada hoy de savia vigorosa, elementos nuevos y dignos de vivir y florecer bajo todos los climas."

El señor Carulla es un laboriosísimo escritor, poeta y ferviente católico, dedicado hace años á un trabajo ímprobo y, al parecer, insuperable, cual es el traducir en verso castellano todos los Sagrados Libros. Nuestros periódicos han hablado en varias ocasiones de este asunto publicando primicias del meritísimo trabajo y de él se ha ocupado también la prensa extranjera tributando siempre la debida justicia, si no á la inspiración del poeta, á la paciencia y á la fuerza de voluntad realmente extraordinarias que tal empresa supone. Un periódico de Madrid ha vuelto hace poco á hablar de este asunto, diciéndonos que el señor Carulla había, tiempos atrás, terminado su trabajo y remitido el voluminoso manuscrito al Papa, quien correspondió á este obsequio con una condecoración. Pero sucedió que luego de enviada parecióle al autor que la obra estaba poco limada, que algunos versos eran susceptibles de mejora, y pidió á León XIII que le permitiese retirar el manuscrito prometiendo remitir otro ejemplar mejorado en la forma.

Dos ó tres años á trabajado el señor Carulla en la nueva labor y parece que, por fin, la ha felizmente terminado, y ahora es cuando someterá el trabajo definitivamente á la benevolencia del Padre Santo. Como es sabido, los libros de la Sagrada Escritura son setenta y tres, y según datos del periódico aludido y que suponemos proporcionados por el mismo señor Carulla, han sido necesarias 53.642 estrofas de cinco versos cada una que forman un total de 268.210 versos. Por la muestra que hasta ahora conocemos, puede temerse que tras tanto afán y buen deseo, la calidad del trabajo no esté en perfecta relación con la cantidad. De todos modos el señor Carulla puede envanecerse de ser el primer mortal que ha escrito una obra en verso tan voluminosa. De ella ha publicado únicamente el *Levítico* y lleva ya impresos y á punto de salir á luz *El Génesis*, *El Éxodo*, *El Tobías* y *Judit*.

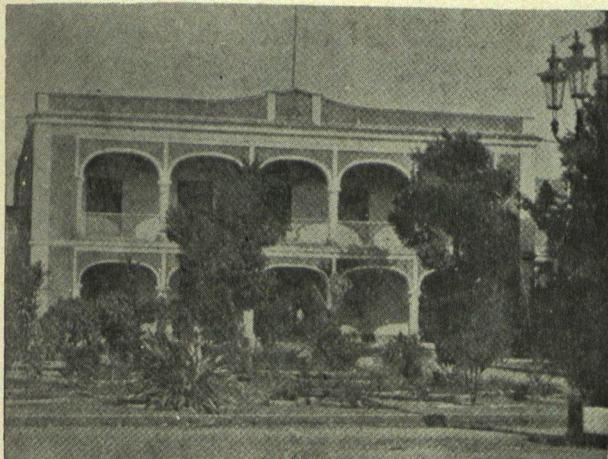
J. GÜELL Y MERCADER.

MÍSTICA

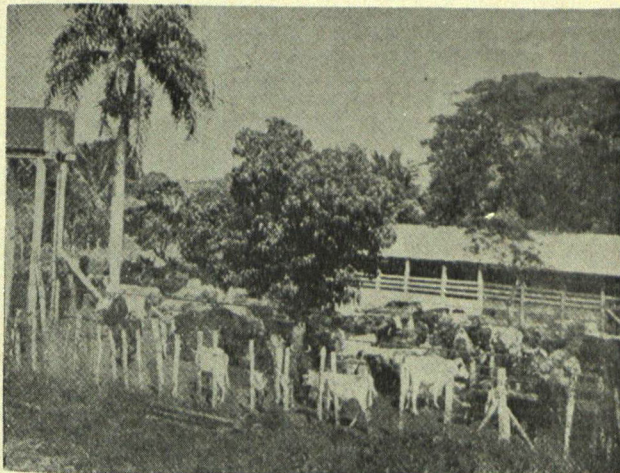
(EN UN CANCIONERO)

Si en tus jardines, cuando yo muera,
Cuando yo muera brota una flor;
Si en un celaje brota un lucero,
Brota un lucero que nadie vio;
Y llega una ave que te murmura,
Que te murmura con dulce voz,
Abriendo el pico sobre tus labios,
Lo que en un tiempo te dije yo;
Aquel celaje y el ave aquella,
Serán mi vida que ha transformado,
Que ha transformado la ley de Dios!
Serán mis fibras con otro aspecto:
Ala y corolas, ascua y vapor;
Mis pensamientos transfigurados:
Perfume y éter, arroyo y sol.
Soy un cadáver; ¿cuándo me entierran?
Soy un viajero, ¿cuándo me voy?
Soy una larva que se transforma.....
¿Cuándo se cumple la ley de Dios?
¿Seré yo entonces, mi blanca niña,
Celaje y ave, perfume y flor?

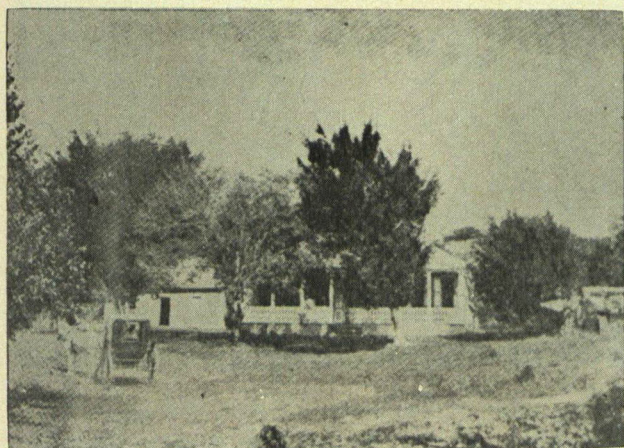
SALVADOR DIAZ MIRON.
(Méjicano.)



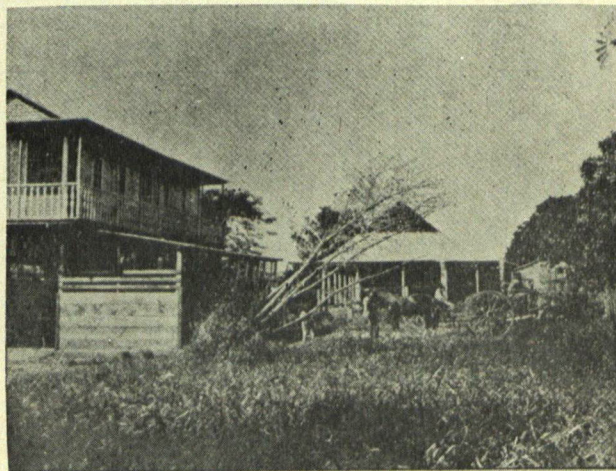
SANTO DOMINGO. — Palacio de Gobierno



AFUERAS DE SANTO DOMINGO



AFUERAS DE SANTO DOMINGO. — Estancia "Gascué"



AFUERAS DE SANTO DOMINGO

EL ENSUEÑO Y LA REALIDAD

Bien que las percepciones del ensueño derivan de las del estado de vigilia, no hay quien no considere las primeras como quiméricas y solamente como reales las segundas.

Ahora bien, M. Camille Mélinand, en un artículo reciente de la *Revista de Ambos Mundos*, acomete la tarea de desengañarnos; pretende establecer que entre el sueño y la realidad no hay diferencia apreciable; que lo que llamamos realidad no es sino otro ensueño, y viceversa.

Mélinand recuerda de paso la explicación que se da de los sueños.

Se ve que antiguas sensaciones renacen en nosotros, combinándose de diferentes maneras; y "que no son, por tanto, sino confusos reflejos de la realidad." A veces "son también productos de una impresión actual que sufre uno de los sentidos medio despierto: un contacto, la manera como se está acostado, el estado de las funciones orgánicas son á menudo causas ú ocasiones de ensueños."

Se explica su incoherencia por el sueño de las facultades reflejas, juicio, razón, voluntad y por el reinado sin freno y sin contrapeso de la imaginación y de la asociación de ideas.

"Los sentidos están adormecidos; las imágenes que nacen en nosotros no pueden ser contradichas por las sensaciones normales. Hé aquí por qué las tomamos por realidades. Además, como nuestras facultades reflejas están por su parte adormecidas también, no pueden oponer á las imágenes, á falta de sen-

saciones, recuerdos ni ratiocinios. De aquí una creencia tan absoluta como irracional."

Mélinand sostiene, al contrario, "que en el sueño como en la vigilia, nuestros sentidos se armonizan unos con otros y se acuerdan perfectamente; que las percepciones del ensueño se comprueban con las percepciones de otro, como las de la vigilia, desde luego que el que sueña se encuentra en relación con sus semejantes; que todos los ensueños no son incoherentes y que por otra parte, el que sueña los encuentra perfectamente racionales; por último, que la vida del ensueño no deja de ser continua por más que se vea interrumpida por el despertar. Se trata de comparar la vida normal y la vida en el sueño. Ahora bien, juzgamos la vida real tal como es porque nos encontramos en ella; luego, es preciso juzgar la vida del ensueño cuando estemos en ella." (Mélinand olvida que semejante operación no puede practicarse sino estando despiertos.)

Maine de Biran ha pretendido caracterizar el ensueño por la abdicación de la voluntad. M. Mélinand le objetá "que durante el sueño, el que duerme experimenta la impresión de que ejecuta actos voluntarios."

No reconoce, entre el ensueño y la realidad, sino dos diferencias apreciables.

La primera es que en la vigilia sabemos que existe otro estado, el ensueño; en tanto que durante éste, ignoramos que exista el de vigilia. Pero esta diferencia se pierde en la siguiente.

La única verdadera (puesto que la precedente está en ella contenida), es que del en-

sueño despertamos, mientras que no se despierta de la realidad.

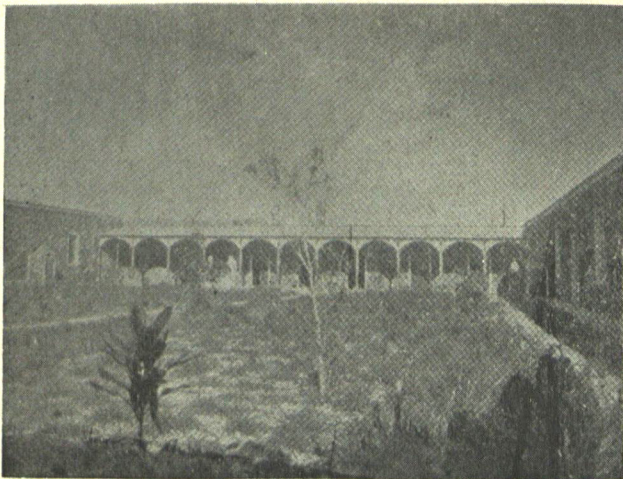
Ahora, esta diferencia, "la única evidente á la vez que por el sentido común por la reflexión precisa," desaparece á su vez.

Desde luego no es verdadera sino *actualmente*. En efecto, es posible que un día salgamos del estado que hoy se llama vigilia y pasemos á uno nuevo que sea al actual como éste es al sueño.

Y si esto no es ahora cierto, dice Mélinand, para el común de los hombres, al menos lo es para una gran parte. Las ciencias, la metafísica, la religión acercan á este tercer estado, en el que la vida misma aparece como un ensueño. ¿No nos revela la ciencia un mundo completamente diferente del que ve el vulgo? Para todo metafísico, lo que el vulgo cree realidad ¿no es como una desfilada de sombras en la caverna que nos describe Platón en la *República*? El alma de un santo ¿no es un alma que se ha despertado de la realidad terrenal?

Temo que estas sean metáforas antes que argumentos. Si los sabios conocen mejor que los ignorantes las leyes que rigen los fenómenos físicos, no por eso dejan de ser los mismos esos fenómenos; aquellos saben mejor lo que produce el rayo, pero éste obra del mismo modo sobre todos los mortales. Si los metafísicos se elevan hasta la causa primera del universo, éste siempre será el mismo para ellos como para los que sólo conocen las causas secundarias.

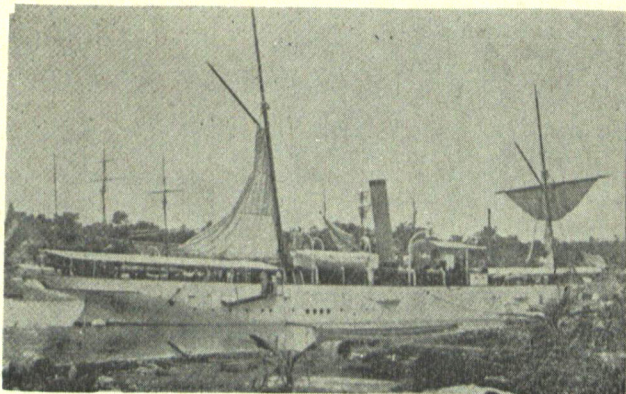
Y la aspiración de los santos á una vida superior, en nada cambia las condiciones y el carácter de la vida presente.



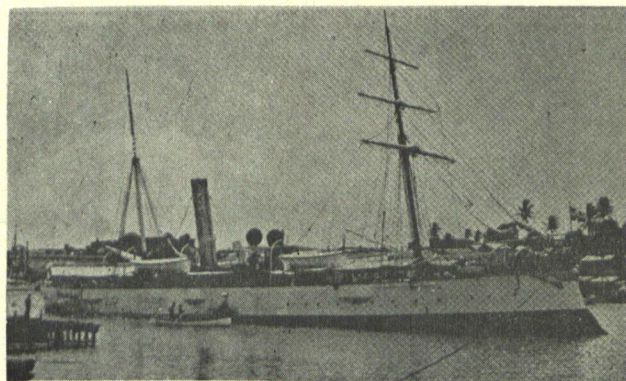
SANTO DOMINGO. — Patio del Hospital Militar



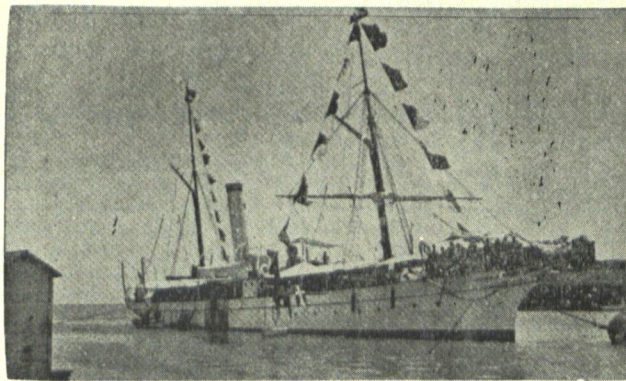
AFUERAS DE SANTO DOMINGO. — Quinta del señor Leonte Vázquez



CRUCERO "PRESIDENTE." — Santo Domingo



CRUCERO "RESTAURACIÓN." — Santo Domingo



CRUCERO "INDEPENDENCIA," — Santo Domingo

De manera que, M. Mélinand, para probar su tesis, ha tenido que recurrir á un razonamiento que alarmaría á todos los dialécticos: —“Puesto que la vigilia se parece al ensueño en todos sus puntos (salvo uno), debe parecerse en este otro: el despertar.”—Hay hongos que se parecen en todos sus puntos, el cepe comestible y el cepe venenoso; tienen la misma forma, el mismo color, el mismo sombrerillo carnoso de un rojo leonado, los mismos tubillos blancos, el mismo pedúnculo grueso sobre todo en la base, etc. No se diferencian sino en un punto: en que el uno se come, y el otro es venenoso. Puesto que se parecen en todos los puntos (salvo uno), deben parecerse también en este punto.

Pero aun cuando lograra acordarse M. Mélinand en todas esas pretendidas semejanzas, faltaría establecer entre la realidad y el ensueño una diferencia radical, la más profunda, la más considerable, la única que ha

omitido M. Mélinand. Ahora, es un hecho evidente que no existe hombre alguno que acepte la responsabilidad de lo que hace y dice durante el sueño y que no la decline en absoluto, aun cuando durante el ensueño haya creído tener conciencia de sí mismo; en tanto que no hay persona que no se sienta, que no se reconozca plenamente responsable de las resoluciones tomadas, de los actos realizados en estado de vigilia.

Hé ahí la diferencia capital, irrecusable é irreductible, que separa el ensueño de la vigilia.

M. Mélinand alegraría en vano que soñando puede creerse el hombre responsable y que si en tal estado pudiera tenerse conciencia del de vigilia, quizá la responsabilidad se juzgaría idéntica en ambos casos. Porque, en primer lugar, ya ha asentado que en la vigilia siempre podemos verificar el sueño, cosa imposible en el caso inverso.

En segundo lugar, ha confesado que “en el

sueño se cede á tentaciones de las cuales uno se aparta en la vigilia”, lo que quiere decir que en semejante estado hay como un desfallecimiento del libre albedrío que nos hace ceder sin resistencia á ciertas tentaciones, ó al menos que no nos sentimos capaces de resistir. En estado de vigilia, al contrario, las resistimos, las apartamos ó poseemos los medios de apartarlas. Y es por ello precisamente que nos arrepentimos de ciertos actos.

Ensayando, como lo había hecho imprudentemente Descartes (quien por otra parte volvió, pero demasiado tarde, á su duda provisoria), asimilar el estado de vigilia al de ensueño, Mélinand iría nada menos que á concluir en que la responsabilidad no es sino un ensueño, un ensueño la moral, un ensueño la culpabilidad de los asesinos.

M. Mélinand se engaña, se cree escapar á ese peligro, protestando que en lugar de considerar la realidad como una ilusión, considera el sueño como una segunda realidad. Desde el momento en que proclama las dos realidades como equivalentes, todos aquellos á quienes estorbe la moral, libres para escoger entre una y otra, se apresurarán á adoptar, como tipo de la vida humana, la que los absuelva; y en uno como en otro caso, los criminales vivirán de plácemes.

AD. HATZFELD.





HOTEL DE LA COMPAÑÍA AMERICANA ORINOCO — EN SANTA CATALINA. — Fotografía del señor Fajardo Alcalá



Son la pesadilla de los funcionarios públicos, y el "tente en pie" de los cesantes dejados de la mano de Dios.

Hay quien cree que las tarjetas de recomendación no sirven para maldita la cosa.

¡Error!

Las tarjetas reviven la esperanza en el alma del aspirante, le alejan del suicidio, y le llenan la mente de ilusiones doradas.

Por regla general, el que solicita la tarjeta de recomendación tiene algún antecedente simpático con el presunto protector.

—¿Ministro Pérez?—pregunta.

—Si señor, Ministro.

—Ahora sí creo que me ha llegado la mia.

—¿Lo conoce usted?

—Ya lo creo. Fuimos vecinos cuando él tenía negocio de alpargatas.

—Pues, amigo; Ministro de Instrucción Pública, sin que le quede á usted la menor duda.

**

—Conque vamos á ver, amigo Ancheta, lo que podemos hacer por usted.

—Yo lo que desco es un puestecito cualquiera.

—¿Qué es usted?

—Casado, con siete bocas.

—Ya sé, ya sé. Lo que le pregunto es que en qué ramo de la Administración podríamos utilizarlo.

—Hombre; la verdad es que yo no soy más que músico.

—Pues yo creo que lo que á usted le conviene es un puésto de

Hacienda. Algo que le saque de penas.

—Ciertamente.

—¡García! (al Secretario). Póngamele al señor una tarjeta de recomendación para el Ministro de Hacienda.

**

—¿Su nombre?

—Donato Ancheta, para servir á usted... Póngamela bien expresiva!

—Pierda usted cuidado.

—"Bárbaro Pérez, saluda atentamente á su amigo y colega Perencejo, "con ocasión" de recomendarle para un puésto al "dador," Fulano Ancheta, liberal de sacrificios, amigo de la actualidad, y muy competente en el ramo de finanzas."

—¿Qué tal?

—Perfectamente. Si no pega esto....

—¡Pues no ha de pegar! Dése usted por empleado.

El "dador" que quizás dos horas antes buscaba el puente más alto para acabar de una vez, se reconcilia con la vi-

da, y con la familia y con el Gobierno. Bendice al Ministro, estrecha la mano a García, hace un esfuerzo para no abrazar al portero, y se despide sonriendo del resto del personal.

—¡Adiós amigo! ¿Salió usted bien?—le dice un escribiente festivo.

—Perfectamente. Mire usted la tarjeta.

El escribiente lee.—Pues hombre; ahora no falta sino que tenga usted acierto en la elección del puésto que va á pedir.

—¿Qué le parece á usted la Aduana de Güiría?

—Un poco distante. A usted le conviene más la de La Guaira.

—Tiene usted razón.

**

Ancheta ha leído cien veces la expresiva recomendación, la ha enseñado á los amigos y á los acreedores impacientes, ha sido infatigable en la persecución del Ministro de Hacienda, y ha logrado al fin poner en sus manos el providencial cartoncito.

—¿Conque es al señor Ancheta á quien tengo el honor de hablar?

—El honor es mío.

—No señor, mío.... Pues, amigo, la recomendación que usted trae es muy valiosa para mí; pero lo que es en estos momentos están todos los puéstos ocupados.

—De manera que no hay esperanza.

—No tanto; no señor. Dése usted sus vueltecitas por aquí.

**

A su vez los demás Ministros han prodigado tarjetas, y establecido el canje de inocentes, destinados á "dar vueltecitas."

Durante este interminable periodo,—el de las "vueltas,"—los centenares de recomendados, más ó menos Anchetas, son elementos perdidos para el anarquismo, y para todo propósito subversivo.

Hé ahí las tarjetas de recomendación sirviendo eficazmente a la tranquilidad social.

JABINO.

REVISTA CIENTIFICA

(POR HENRI DE PARVILLE)

Astronomía—En busca de su sombra—Entre astrónomos—Invisible ó visible?—La sombra de la tierra—En Génova (Estado New York)—Aparición de la sombra terrestre á la puesta de sol en forma de bruma roja—Cambio de la sombra con el sol—Nubes cósmicas—Congreso de higiene en Madrid—La seroterapia francesa en España—Descubrimiento de un suero contra la fiebre tifoidea—Primeras tentativas hechas en el hombre.



ABÉIS visto alguna vez la sombra de la tierra?

—¿Cómo la sombra de la tierra?

—Sí, todo tiene su sombra en este mundo; cada uno de nosotros la tiene. Es posible que os acordéis todavía del ebrio aquél que se encolerizaba contra un personaje sombrío que le acompañaba sin cesar; y hasta le injuriaba, el hombre sombrío iba siempre con él, unas veces adelante, otras siguiendo sus pasos. El personaje susodicho era su sombra.

Y por qué la tierra no había de tener también su sombra? Para que ésta se produzca basta que se coloque un cuerpo opaco ante un foco luminoso. El globo es un cuerpo opaco y el sol un foco luminoso, el más potente conocido por nosotros. Cuando el sol desaparece bajo el horizonte es evidente que la tierra debe hacer sombra.

Perfectamente; pero siendo la sombra efecto del contraste entre una parte iluminada y otra menos iluminada, sería indispensable que la atmósfera estuviese clara para que pudiera acusarse la sombra terrestre. Ahora bien, á la caída de la tarde, ó sea á la hora del crepúsculo, la atmósfera recibe todavía en parte los rayos del sol que, reflejándose en los átomos atmosféricos forma un sin número de espejitos liliputienses. Hay, pues, luz en el aire, y como al desaparecer el sol, el globo terrestre, haciendo contraste con esa media luz, debe marcar su sombra en las regiones atmosféricas, es natural que se vea esa sombra de la tierra ó por lo menos una parte de ella.

Mucho se ha discutido la aparición problemática de la sombra de la tierra. Si consultamos á los astrónomos se sonríen afirmando que nunca la han visto y que no existe tal cosa. Pero esa no es una razón absoluta para negar que la sombra sea visible en ciertas circunstancias especiales. Ha poco tiempo se negaba la visibilidad de la sombra terrestre, y á las pocas semanas un astrónomo muy conocido, M. R. Brooks, director del observatorio Smith en Génova (Estado New York,) publicaba las observaciones siguientes:

"Aquí en Génova, cuando está clara la atmósfera, es siempre visible la sombra de la tierra, media hora poco más ó menos después de puesto el sol. Es una especie de bruma de un color rojo oscuro que se ve hacia el Este, quedando la parte más elevada en dirección completamente opuesta al sol. A medida que baja el sol la sombra va subiendo y acaba por perderse en la obscuridad de la noche.

"Tan interesante fenómeno ha sido observado indudablemente por muchas personas, que nunca han podido imaginar que lo que veían era la sombra del globo por ellas habitado! Es tan

semejante á una nube ó á una bruma espesa que muchos ojos ejercitados no han podido comprender su verdadera naturaleza; pero la prueba de que no es ni una ni otra cosa se presenta palmariamente cuando está en oposición algún planeta brillante, ó con la luna llena.

"También puede verse la sombra de la tierra hacia el Oeste antes de salir el sol....."

Según las afirmaciones de M. Brooks parece cierto que se puede ver la sombra de la tierra. El todo está en esperar la hora conveniente para la observación y en que esté clara la atmósfera. Dispóngamonos á levantar los ojos al cielo poco después de puesto el sol y tratemos de comprobar los hechos anotados por el astrónomo americano. La observación está al alcance de todos, á mañana y tarde. Los turistas que van al Rigi á admirar la salida del sol podrán interesarse al mismo tiempo en buscar la sombra de la tierra; y los que acostumbran salir de paseo para contemplar la puesta del sol pueden hacer fácilmente igual observación. Con sólo volver la mirada al Este y buscar una bruma roja que se va elevando poco á poco en el cielo hasta desaparecer de un todo, si M. Brooks no ha soñado despierto, se verá la sombra de la tierra!

* *

Las perspectivas de guerra no han sido obstáculos para que el Congreso internacional de higiene se abriese con toda solemnidad en Madrid en la fecha fijada. Allí se habían dado cita casi todas las celebridades médicas de Europa, y hubo trabajo grande y bueno. Nosotros sólo nos fijaremos en una comunicación importante, hecha por el doctor Chantemesse, profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de París, en la cual nos hace esperar efectivamente que, tras largas y perseverantes investigaciones, ha acabado por encontrar la vacuna contra la fiebre tifoidea. Hace cerca de ocho años que el sabio experimentador no cesa de hacer pruebas difíciles. El microbio de la fiebre tifoidea y la toxina que segrega presentan caracteres muy especiales que era preciso determinar bien antes de decidirse en un problema tan complejo. En enero de 1897 pudo por fin coger M. Chantemesse la toxina soluble tifoidea, primera etapa de un suero antitífico. Se obtiene fácil y prontamente, pero desaparece también con suma rapidez en los líquidos de cultivo bajo la influencia del aire. M. Chantemesse lo prepara hoy por medio de un bacilo tífico muy virulento que sale del cuerpo de un animal y se cultiva en una solución de peptona del bazo. La toxina se encuentra en abundancia á los cinco ó seis días, y después empieza á disminuir. Con esa toxina se puede preparar un suero antitífico por el método ya tan conocido con que se prepara en París el suero antidiftérico.

Se inyecta un caballo en dosis muy débiles al principio y de poco cultivo; después se continúa por unos meses aumentando la dosis hasta hacer inyecciones progresivamente virulentas. Se requieren algunos años para que el suero de un caballo tratado de ese modo alcance propiedades que inmunicen. Mucho tiempo y mucha paciencia se necesitan para el procedimiento; pero los esfuerzos están bien recompensados, puesto que al inyectar este suero á los animales ya inoculados con la toxina tífica, se logra salvarlos de la muerte.

Tómense, por ejemplo, veinte conejos de India é inocúlese con una dosis de toxina tífica capaz de matar á cada uno de ellos en veinticuatro horas. Luégo, antes de las cinco horas de haber empezado la intoxicación mortal, se inyecta á diez de los conejos un cuarto de centímetro cúbico del suero antitífico. Estos diez conejos se curan, y los otros diez sucumben. Si se hace la inyección pasadas las cinco horas, ya es demasiado tarde para salvarlos; los conejos vacunados no mueren tan rápidamente como los otros, pero siempre mueren.

Alcanzadas ya estas pruebas con buen éxito, quiso M. Chantemesse hacer la experiencia en el hombre, y el suero probó tener la misma eficacia, siendo así que suprimió los fenómenos nerviosos, bajó la temperatura y activó la curación.

Es, pues, muy probable que M. Chantemesse haya descubierto la antitoxina del veneno tífico; sólo que, dice él mismo, un tratamiento nuevo no puede juzgarse sino por el estudio de los datos estadísticos, y por el cuadro de numerosas observaciones. Toca á la práctica

probar con toda claridad si la nueva antitoxina es verdaderamente eficaz. Puede esperarse; y será sin duda una nueva victoria en el dominio de la seroterapia, si se llega á demostrar que bastan algunas inyecciones para salvar la vida del enfermo envenenado con el bacilo tífico. Muchos son los estragos que hace la fiebre tifoidea para que no se acoga con grandísima satisfacción el descubrimiento de M. Chantemesse.

Las fuerzas navales de España y de los Estados Unidos

El *Scientific American* de New York, contiene en una de sus ediciones del mes último un artículo muy razonado sobre las probables contingencias á que daría lugar un combate naval entre las flotas española y americana.

Pregunta el articulista: "¿Podemos vencer á España en los mares?" y luégo se contesta:

"No hay ciudadano de este país que lo dude—pero si para el vulgo es empresa no sólo hacedera, sino fácil, para aquellos que han de tomar á su cargo el realizarla dista mucho de presentarse tan sencilla. España irá á la guerra, con una flota homogénea, compacta y formidable, que hábilmente manejada, llevada al combate con bravura, no constituirá en manera alguna un adversario indiferente para los poderosos buques de la escuadra americana."

"La fuerza principal de cada escuadra radica precisamente en aquel elemento en que la otra tiene su debilidad, y tomadas ambas tal como se hallan constituidas, á saber, cruceros acorazados de gran velocidad y mortíferos *destroyers* contra poderosos buques de combate y cruceros débilmente protegidos, el resultado, prescindiendo del elemento *personal*, no será, ni mucho menos, tan indudable como nuestro pueblo se imagina."

Empieza el articulista por suponer que España procurará desde un principio obtener un éxito naval, prescindiendo de tentativas muy eventuales sobre los Puertos de los Estados Unidos.

Cree, pues, como lo más probable que una fuerte escuadra española, "compuesta de todos los poderosos acorazados y *destroyers*" que tienen, será enviada á combatir contra las flotas de los Estados Unidos en aguas de Cuba, y empieza un análisis prolijo de cada uno de los buques que formarán la línea de combate.

El primero de los buques españoles que analiza es el *Pelayo*, al que opone el *Iowa*, declarándolo mejor artillado y defendido que aquel acorazado.

Dice luégo:

"Aparte de este buque, la línea española la constituirá una escuadra de ocho cruceros acorazados, rápidos, poderosamente armados, fuertemente defendidos, semejantes en tamaño, velocidad y fuerza, y aptos para obrar juntos en la acción. No hay nación alguna en el mundo, ni aun Inglaterra, que posea análoga flota, y el hecho de que estos buques estén contruidos para llevar en sus carboneras el repuesto normal de 1.200 toneladas de carbón, parece indicar que lo fueron en previsión de una campaña como la que ahora se les ofrece.

"El mayor y más importante de estos buques es el *Carlos V*, de 9.235 toneladas y 20 millas de andar..... al que opondríamos el *Brooklyn*, que tiene con él algunos puntos de contacto.

"Al *Carlos V* sigue en importancia el *Cristóbal Colón*, construído en Italia, y cuyo gemelo, el *Varese*, estaban los españoles muy desearos de adquirir.

"Este es un buque interesante, y queda por averiguar si no obstante su menor tamaño (6.840 toneladas) es ó no más formidable que el *Carlos V*. Su característica más notable es el blindaje, y es éste tan completo, que, más bien que crucero-acorazado, debiérase llamar acorazado de combate. A este buque opondríamos el *New York*, edición reducida del *Brooklyn*.

"A los dos buques citados sigue un grupo de seis gemelos, que son el *Almirante Oquendo*, el *Cardenal Cisneros*, el *Cataluña*, el *Princesa de Asturias*, el *Infanta María Teresa* y el *Vizcaya*, de 7.000 toneladas de desplazamiento y 20 millas de velocidad."

Describe la artillería de estos cruceros, frente á los cuales presenta los dos buques de combate, *Indiana* y *Massachusetts*, el crucero acorazado *Texas* y los cuatro monitores *Furitan*, *Terror*, *Amphitrite* y *Miantonomoh*, y luégo añade: "En cuanto á cañones y blindaje, la ventaja estaría sobradamente del lado de nuestros acorazados de combate y monitores; pero tal vez desapareciera ante la velocidad, condiciones evolutivas de los cruceros españoles y habilidad de

sus comandantes para emplearlos como arietes. En un duelo de artillería no ofrecería duda el resultado: los siete buques americanos reúnen ocho cañones de 13 pulgadas, diez de 12, doce de 10 y diez y seis de 8; total, 46 cañones de grueso calibre contra doce de 11 pulgadas de los cruceros enemigos; pero no es posible ocultar que esta superioridad estaría fuertemente contrarrestada por las mortíferas descargas de tiro rápido de las baterías secundarias españolas, que comprenden sesenta cañones de 5 1/2 pulgadas, á los que sólo podrían contestar catorce de 6 pulgadas y 8 de 4. El final de semejante duelo sería, según toda probabilidad, que volarían las baterías secundarias y los extremos indefensos de proa y popa del *Indiana*, *Massachusetts* y *Texas*, siendo perforadas las corazas de los buques españoles, y éstos inutilizados ó echados á pique."

No cabe duda que al escribir el párrafo precedente el autor ha tenido muy en cuenta la última experiencia ofrecida en el combate del *Yalu* entre la escuadra china y la japonesa, cuya jornada decidieron el cañón y la velocidad únicamente, y en especial la artillería de tiro rápido. Una lucha de tres horas de los dos acorazados chinos contra los cruceros del almirante Ito, en que los blindados recibieron más de 120 proyectiles, algunos de 32 centímetros, en sus corazas, no les causó daño alguno de importancia, y en cambio, las superestructuras, palos y cofas militares, las chimeneas; en suma, todo lo que carecía de protección, fue bien pronto demolido por la avalancha de proyectiles de los cañones de tiro rápido japoneses, quedando demostrada su grandísima utilidad é importancia, no sólo por los considerables destrozos que causa y las numerosas bajas que produce, sino porque á causa de esto mismo y de su acción no interrumpida, desmoraliza en grado extremo las dotaciones.

Pasa luego el autor á examinar otro punto, y dice:

"No nos hemos hecho cargo aún de otros dos nuevos y todavía no suficientemente experimentados elementos que podrían desempeñar un importantísimo papel en la batalla, si es que no resultaban ser factores decisivos de la misma. Nos referimos al ariete acorazado *Katahdin* de la marina americana y á los temibles *destroyers* ó cazatorpederos de su enemigo. El *Katahdin* es un buque de 2.150 toneladas y 16 millas, cuya única misión es la de embestir; está construido á este solo objeto, es rápido en sus giros y sería tarea difícil evitar su trompada ó echarlo á pique."

"Los seis *destroyers* *Audaz*, *Osado*, *Terror*, *Furor*, *Plutón* y *Proserpina*, son de lo más veloz y formidable en su género; tienen 30 millas de velocidad y llevar dos tubos para lanzar los mortíferos torpedos *Whitehead*. Desprovistos como están de blindaje, puede la artillería echarlos á pique fácilmente, por cuya razón muy rara vez atacarán en descubierto; mas en combate combinado, quizás les está reservado un papel importante. Amparados tras los buques de mayor porte, lo que les permite su pequeño tamaño, saldrían de su abrigo de improvisado en un instante propicio, lanzando sus torpedos contra el enemigo, y es tal el terror que el torpedo inspira, que, seguramente, el fuego de la artillería se concentraría sobre los *destroyers* en vez de dirigirlos sobre los cruceros, ventaja incalculable de que disfrutaría, en momentos tal vez críticos, la escuadra que posea estos *destroyers*; esto, sin hablar del efecto moral que estas horribles máquinas han de producir en las tripulaciones. Nosotros no tenemos nada en el tamaño y velocidad de estos caza-torpederos de 400 toneladas que poder oponer frente á ellos, como no fuesen el *Porter* y el *Dupont*, de 28 millas, y nuestros torpederos son demasiado pequeños para acompañar á las escuadras en la mar libre."

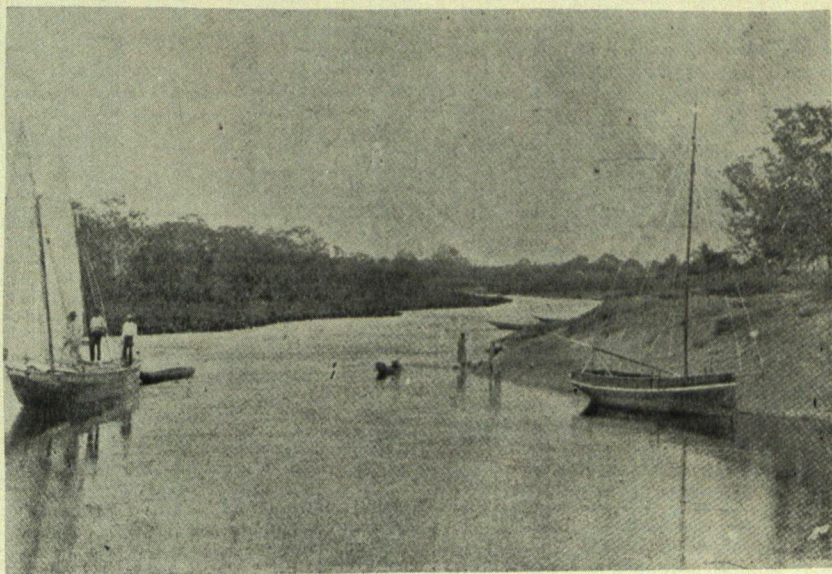
"Poseyendo España una numerosa flotilla de torpederos, imprimirá fuerte oscilación á la balanza que nuestros acorazados y monitores inclinan en favor de los Estados Unidos en una batalla campal, y la conciencia que de ello tenemos en nuestro país hace que sea motivo de tanta preocupación el viaje de la flotilla española. Esta flotilla la componen seis torpederos y seis *destroyers*, convoyados por dos cruceros. Aligerados aquéllos de sus torpedos y artillería, su situación actual es comprometidísima."

El artículo termina con el siguiente párrafo:

"Si la guerra se prolongara, nuestra escuadra se reforzaría rápidamente; el *Oregon* se encontraría ya en las costas del Atlántico, y en pocos meses tendríamos ya armados el *Kentucky* y el *Kearsarge*, á los que seguirían el *Alabama*, *Wisconsin* é *Illinois*; nuestra flota de torpederos aumentaría y no tardaríamos en alcanzar indiscutible superioridad en los mares."



IRAPA: Lugar denominado "Agua Caliente"



RÍO DE URACOA. — Fotografía de Fajardo Alcalá

LOS ESPAÑOLES SE DEFENDERÁN

LO QUE DICE UN OFICIAL GENERAL DE LA ARMADA ESPAÑOLA

"No creo que la guerra hispano-americana sea de tal naturaleza que ocasione grandes dificultades á España.

Se dice que la opinión pública de todo el continente europeo considera la situación desde un punto de vista inexacto.

Europa no ve sino diez y ocho millones de hombres de una parte contra setenta millones de la otra, y de esto deduce, sin ninguna explicación, que España no podrá hacer nada y que está vencida de antemano.

Esto es un grave error. Si existe una décima parte de la población española resuelta á tomar las armas y á batirse heroicamente, los americanos están lejos de encontrar tal decisión entre sus nacionales.

Es necesario estudiar la situación de ambos países para juzgar con acierto. Preténdese que los americanos están en mejores condiciones que mis compatriotas porque aquellos se hallan más cerca de Cuba, pero parece que se olvida que nosotros estamos en la isla, donde tenemos cien

mil hombres de tropa y setenta mil voluntarios armados y equipados, los cuales se han estado batiendo á diario durante tres años.

¿A qué esfuerzo se verá obligada la América del Norte para organizar un cuerpo de ejército capaz de atacar ciento setenta mil hombres conocedores del país y acostumbrados á todas las fatigas?

Este es, á mi modo de ver, el punto que la prensa en general y la opinión pública no se han dado la pena de estudiar.

Seguramente que en Key-West y en la Sabama hay cruceros y acorazados dispuestos al ataque; que en la Florida veinte y cinco mil hombres no aguardan sino la orden para caer sobre Cuba; pero, ¿no es también cierto que los torpederos españoles flotan en las mismas aguas?

Dejo á un lado el resultado de un encuentro serio, puesto que es difícil prever á quien dará la razón el Dios de las batallas. Los progresos hechos, por la marina de guerra durante veinte y cinco años, en todos los países del mundo, son progresos teóricos y el menor detalle puede paralizar los movimientos de los mecanismos más perfeccionados.

Pero admitiendo que los acorazados americanos



puedan llegar á la vista de La Habana, ellos habrán de encontrar serias dificultades para el desembarco de sus tropas; los acorazados no podrán penetrar en el puerto, que está defendido por potentes fortalezas; las tropas americanas se verán obligadas á bajar en las costas como los insurrectos lo han hecho y esto sólo en grupos de tres á cuatrocientos soldados. En estas condiciones el desembarco de los veinte y cinco mil hombres que están actualmente en la Florida habrá menester un mes y medio de tiempo.

Dese por sentado que por un descuido desembarquen en Cuba estos veinte y cinco mil hombres, y téngase en cuenta que España ya tiene allí doscientos mil. Será necesario que los americanos envíen por lo menos doscientos mil hombres también.

La llegada y desembarco en Cuba de doscientos mil hombres exigiría cuatro ó cinco meses como mínimo; pero el verdadero problema no es este; se trata de saber si los americanos encuentran un contingente tan importante de voluntarios para guerrear en la antilla.

El clima de Egipto no era tan pernicioso para los ingleses como lo será el de Cuba para los americanos. Las tropas inglesas costaron diez y ocho pesetas diarias por cada hombre, sin contar la amortización de la prima de reclutamiento.

Para reunir 50 mil voluntarios en los Estados Unidos tendrán que alistarse todos los aventureros; y si se quiere que se inscriban otros que no sean aventureros ni filibusteros, el costo por cabeza será muchísimo mayor.

Todo el mundo sabe cual es el salario de nuestros soldados, tan modestos como valientes; los americanos se verán obligados á pagar los suyos á veinte fuertes por día!

Además se hará urgente la necesidad de guarecer todas las costas americanas, que no están en la actualidad en estado de defensa; la mayor parte de los puertos no tienen organización militar y la defensa de esa gran costa necesitará de cinco á seiscientos mil hombres.

España podrá mantener su organización militar tal cual es hoy sin aumentar los gastos, limitándose á mantener la defensa del territorio nacional con sus fuerzas de tierra y de mar, mientras que los Estados Unidos se verán obligados á levantar un pie de ejército de un millón de soldados y esto ocasionará la paralización de la industria americana. Entre estos hombres, un veinte y cinco por ciento deberá ser expedido para un país insalubre, casi mortífero. Siempre ha sido fácil, en las conversaciones, hablar de los ejércitos de voluntarios; pero en la práctica resulta muy difícil formarlos.

Se ha probado que los ejércitos numerosos no pueden formarse con un 50 p. de reclutas; esto no es un secreto para nadie.

Los ejércitos son difíciles de formar cuando en él se alistan los aventureros y más difícil aún cuando se trata de ir á un lugar malsano, porque los voluntarios naturalmente prefieren los paseos sin más peligro que el de la guerra, y lo único que pudiera atraerlos á una expedición de esta naturaleza, sería el botín, es decir, el pillaje.

Ahora bien, en este caso, no hay que hacer ilusiones. Hoy la isla de Cuba está completamente "limpia" y los aventureros no harán presa alguna."

España

(TRADUCIDO DE UN DIARIO FRANCÉS)

Basta haber recorrido este noble país tan fértil en recuerdos ilustres, y haber tratado á sus habitantes tan sensitivos é impresionables, pero de carácter grave y de voluntad tenaz, para que se esté al tanto, aunque á distancia, de la sublime fisonomía que debe haber presentado después que se tuvo certeza de la inevitable guerra con los Estados Unidos.

Veo á Madrid: su Puerta del Sol—el *Forum* madrileño— inundada de luz y rodeada de grupos, en los cuales se discuten, con gestos pomposos y palabras solemnes, las graves cuestiones que levanta la inminencia del conflicto. Se gesticula; los rostros se irritan; se chancean; se insultan; se amenazan y lo que pasa en Madrid pasa por igual en todo España, lo mismo en las ciudades como en las aldeas.

La raza española es ardiente, como la de todos los países latinos. Las revoluciones que sufre no están solamente en los labios, sino que llegan al corazón. Cuando ha decidido ejecutar, cuando ha prometido,

sostiene su palabra y cuando declara que defenderá á Cuba hasta que viva el último español y quede el último maravedí, puede asegurarse que no lo dice en vano.

En los grupos se encuentran hombres de todos los partidos: republicanos de diez matices, á los cuales no ha afligido la triste prueba de los veinte y cinco años; ancianos oficiales carlistas, licenciados desde mucho tiempo, pero que sostenidos por la esperanza han resistido un cuarto de siglo de régimen constitucional; partidarios de la Reina Regente y de su hijo, más ó menos satisfechos de la política ministerial. Cada cual sostiene su opinión que cree la mejor; presenta una solución que tiene por la más práctica; se da visos de querer imponerla al vecino, bien convencido de que no saldrá bien en su propósito.

Si tal es hoy el espectáculo que presenta en sus ciudades y aldeas, en sus plazas y calles la antigua nación española, el cuadro sería incompleto, si no se agregase algo que lo caracteriza, y es que por múltiples y profundas que sean sus disidencias, ellos llegan satisfactoriamente á esta conclusión, en la cual la afirmación elocuente corona todos los discursos: España no puede y no quiere abandonar á Cuba.

La posesión de Cuba es sin embargo la plaga de España; cáncer roedor adherido á sus flancos. España ha consagrado á defenderla contra las insurrecciones renovadas sin cesar, la sangre más pura, las fuentes más preciosas. Su tesoro queda gravadísimo de año en año, el remolino agranda, y antes que ceder, Cuba sería para ella un rescate.

Pero la tradición nacional quiere que la conservación de esta colonia esté ligada íntimamente al honor español y debe el país inclinarse ante tan patrióticos esfuerzos, los mismos sacrificios del tiempo de la dominación francesa; los acontecimientos, sean cuales fueren la encontrarán erguida, lista para todas las luchas, para todos los heroísmos y todas las inmolationes. Nada le costará puesto que se trata del honor.

He oído contar á uno de sus hombres de estado que, en fecha relativamente reciente, el gobierno español recibió de los americanos la oferta de una suma colosal por Cuba. La oferta era tentadora; podía transformar la situación económica y financiera de España. Sin embargo no fue aceptada.

Los mismos que lo sintieron decían:

El Gobierno que consintiera en tal mercado no se sostendría cinco minutos, ante la indignación popular. Sería barrido como una hoja por el huracán. No arriego, pero tampoco vituper.; admiro sí, respetuosamente, lo que las maravillas del honor pueden hacer en un gran pueblo caballeresco, fiero é intrépido.

No se podría preveer con certeza el resultado del conflicto; únicamente nos es permitido hacer votos por nuestra valiente vecina. Lo que si puede presagiarse, con más seguridad, es que, cualquiera que sea este resultado, España no saldrá jamás aminorada del suceso si hasta el fin procede con sabiduría, moderación y aun la serenidad de que ha dado pruebas desde los comienzos de la lucha y si en este peligro España se agrupa en redor de su trono al grito: "Viva nuestra reina María Cristina."

El pueblo español tiene la movilidad de las cambiantes ondas del mar. El agravar los males de la guerra sí, como se le ha dejado ya ver, estimula las ambiciones y las empresas con un general victorioso, ó si, vencido fuera á hacer expiar su derrota á la dinastía reinante. Pero se está en el derecho de esperar que su natural generosidad y el resultado de sus intereses bien entendidos la guardarán de uno y otro de estos escollos.

ERNEST DAUDET.

Soldados americanos y soldados españoles

Dijo Federico el Grande que, antes de un siglo todos los ejércitos del mundo maniobrarán del mismo modo, tendrán las mismas tendencias y practicarán costumbres tan análogas que la guerra se hará en extremo embarrasosa.

Esta predicción se ha realizado?

No en absoluto; pues hay todavía una diferencia real entre los ejércitos franceses, ingleses y alemanes; diferencia que es mucho más acentuada entre el ejército americano y el español. En efecto sería difícil encontrar dos adversarios que difirieran tanto en cuanto á tradición, tendencias, hábitos y costumbres, observación interesante y pertinente hoy, dada la actitud belicosa de ambas naciones.

Aparentemente el ejército americano es el menos militar de todos; sorprende verdaderamente

saber que apenas lo componen veinticinco mil hombres; y sin embargo esa es la verdad, hablando sólo del ejército regular y permanente, haciendo abstracción de las milicias.

Los oficiales americanos se forman en la escuela de West-Pont; escuela militar análoga á la de Saint-Cyr y la Politécnica en Francia, en cuanto que ella forma oficiales, ya de infantería, ya de artillería ó simplemente teóricos.

En cuanto á instalación, West-Pont puede considerarse como Escuela militar modelo. Imposible concebir nada mejor organizado, más confortable y á la vez más pintoresco.

West-Pont, en efecto, hace honor al espíritu práctico de los americanos, á ese famoso espíritu práctico al cual profesan muchos una admiración quizás excesiva y que inspiraba á Charles Baudelaire una aversión quizás también exagerada.

Imaginaos sobre una colina sembrada de verdura, en las riberas floridas del Hudson y á algunos kilómetros de New York, una vasta construcción de piedra blanca que más parece una espléndida villa que un establecimiento militar y pedagógico.

Alrededor de las construcciones hay patios, jardines y un parque con todo lo necesario, para los ejercicios corporales: equitación, lawn-tennis, etc., y por consiguiente un espléndido campo de maniobras.

El interior es de una pulcritud exquisita. No hay dormitorios en común; los alumnos duermen, dos á dos, en piezas separadas, provistas de todos los utensilios y aparatos que el hombre más elegante puede apetecer.

Los oficiales están instalados en pequeños chalets de estilo suizo ó noruego escalonados en la colina hasta las riberas del Hudson.

La vida allí se desliza suavemente, la disciplina no es feroz, el alimento es sano y abundante.

**

Causa verdadera sorpresa saber que el ejército americano no tiene sino un solo regimiento de caballería, lo cual, en efecto, es poco. Pero la calidad suple la cantidad, y los americanos se pagan mucho de su único regimiento de caballería. Afirman que es el más hermoso regimiento del mundo; y aun admitiendo que pecan de exagerados hay que decir que en cuanto á hombres y á caballos es verdaderamente bello.

La artillería americana y sobre todo la de costas y fortalezas es numerosa; la infantería la componen doce regimientos.

Los soldados y los oficiales tienen muy poco aire marcial.

Los primeros, de aspecto juvenil y generalmente imberbes, hacen recordar á los gimnastas franceses de parada en las fiestas nacionales y en los entierros oficiales.

Los segundos no usan nunca el uniforme fuera de servicio y aun en traje de héroes más parecen comerciantes que oficiales.

Vayan algunas pinceladas y esbozos de los uniformes americanos:

Caballería.—Casco de forma inglesa coronado por una cola de caballo teñida de amarillo, túnica con una hilera de botones azul subido con charreteras falsas, cuello y ramones del género narciso, guanteletes, pantalones gris-perla ajustados, botas, sable, carabina y revólver en el cintó.

Artillería.—El mismo casco con cola de caballo roja, túnica azul con bordados rojos, pantalón gris con una banda roja.

Infantería.—Casco terminado en punta, túnica azul, cuello y pasamanos amarillos, pantalones grises.

El uniforme de los marinos es análogo al francés.

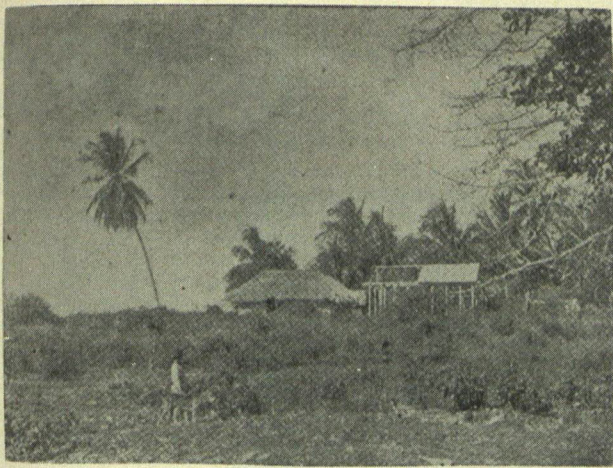
Los soldados y oficiales llevan kepis parecidos á los que usan los conductores de ómnibus en París.

**

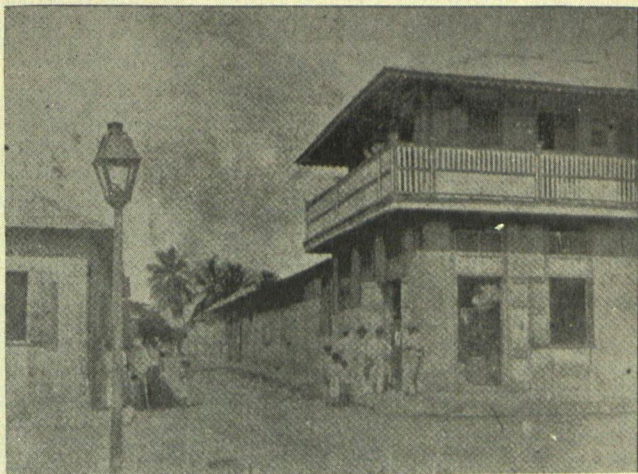
Si el ejército permanente de los Estados Unidos es muy limitado, las milicias, en cambio son muy numerosas, y pueden prestar grandes servicios en tiempo de guerra.

En caso de necesidad el Gobierno americano podría movilizar los indios, los cow-boys, ginetes incomparables, capaces de competir con los cosacos del Don y del Dnieper.

Los milicianos se adiestran dos meses por año en cuarteles especiales construidos según el modelo de las fortificaciones de Vauban;



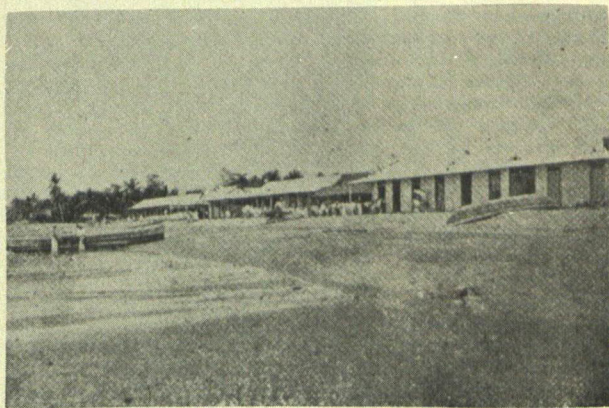
ORILLAS DEL GOLFO DE PARIA



UNA CALLE DE IRAPA



CASA DE CAMPO EN IRAPA



IRAPA. — Vista de la playa durante la marea baja

cuarteles que llenan todas las condiciones en lo exterior y en lo interior.

**

Los españoles son menos prácticos que los americanos, pero tienen un alma más soñadora, más caballeresca; esta es al menos su pretensión y su pasado la justifica.

Los españoles hacen otro tanto por un asunto nacional. Alguien ha dicho que en todo español hay un quijote y un torero y en cada italiano un cura y un tenor; lo cual es muy cierto, aunque un poco fantástico en la forma.

De todos modos el ejército español es un gran ejército, es necesario que los americanos lo comprendan así.

La escuela de artillería de Segovia pasa por ser, entre la gente competente, como una de las primeras del mundo; y en cuanto á la infantería española Bossuet le rindió homenaje solemne en la oración fúnebre del príncipe de Condé y ella no ha degenerado desde entonces acá.

El soldado español causa admiración; es generalmente pequeño y marcha con una rapidez y una seguridad maravillosas. Los españoles del Norte especialmente son incomparables caminadores. Uno de los proverbios más justificados es el que dice: "corre como un vasco." Durante la última guerra carlista un batallón de Navarra hizo cien kilómetros en una noche.

Si el soldado español es menos entusiasta que el americano en el sentido *sportivo* de la palabra, ofrece, en cambio, una resistencia y un poder de reacción quizás sin ejemplo en ninguna otra raza; cuando combate por una idea ó el espíritu nacional lo impulsa, no hay que preocuparse por la ración y el alimento. Bástale un poco de agua fresca, una cebolla y una guitarra.

Hé aquí un detalle curioso: el ejército ame-

ricano no tiene música militar, y el ejército español no sólo la tiene sino que sobre cien soldados sesenta llevan al campamento sus guitarras y á veces hasta al combate.

**

Singular mezcla de ferocidad y de hidalguía ofrece el alma del militar español.

Cuenta el conde Alfred de Coëtlogon que hizo la guerra carlista de 1837, que habiendo jurado Zumalacaregui hacer fusilar tantos prisioneros como carlistas fusilaran los enemigos, quiso sin embargo salvar algunos cautivos que habfan sido compañeros de colegio y que estos se opusieron diciéndole:

—Tu has jurado hacernos fusilar, pues debes hacerlo. No queremos que uno de nuestros camaradas de colegio se deshonre faltando á su palabra.

Y aquél, después de abrazarlos tiernamente lo mandó á fusilar.

Así como es más caballeresco, el soldado español es también más decorativo que el americano. Sus uniformes se parecen á los franceses pero son más lujosos y elegantes.

Todos conocemos sus kepís biselados, sus túnicas azules y sus calzones rojos.

Algunos cuerpos traen á la memoria los soldados elegantes y bonitos del siglo dieciocho.

Los húzares de la guardia son irresistibles con sus dormanes azules, sus alamares amarillos y sus pellices blancas.

Los *guerrilleros* de Cuba con sus sombreros redondos hacen recordar á los antiguos mosqueteros.

Los generales usan el casco alemán coronado con penacho blanco, y la túnica y el pantalón azules.

En cuanto á los dragones de Alcalá, apellidados *canarios* por el dormán amarillo, no existen ya sino en la imaginación de Biset el autor de *Carmen*.

En suma, el ejército español es un buen ejército, su marina una de las primeras del mundo y puede decirse, sin lanzarse en predic-

ciones temerarias, que entre los hijos de Washington y los descendientes del Cid Campeador la lucha será heroica, encarnizada y no muy desigual.

SIMON BOUBEE.

PAGINAS CORTAS

Fragmento de una confesión

(POR ANTONIO R. ALVAREZ)

A la mañanita, cuando la alborada tñe con suaves coloraciones de rosa la serenidad radiante de los cielos, un rayo de luz entraba en nuestra alcoba, rompiendo la tiniebla que la entenebreecía.

Todos los días, á la misma hora, deslizábase por un intersticio de la puerta cerrada, haciéndome el efecto de una mirada indiscreta y curiosa que huroneaba el interior del cuarto.

Figurábame que del otro lado de la pared, ocultos entre la maraña inextricable de las enredaderas en flor, había ojos en atisbo, ojos que se recreaban mirándonos uno en brazos del otro.

Este pensamiento, que pasaba fugitivo por mi mente, me hacía ruborizar, y al punto despertaba á Augusto.

—Augusto, Augusto, ya es hora: levántate.

En seguida saltaba del lecho y abría las maderas, por donde se entraba el alba en manojos blancos de castos resplandores.

Nos vestíamos de carrera, como si alguien nos esperase, él, un largo capote que lo envolvía cuan largo era, yo, un traje claro, sencillísimo, sin adornos de ningún linaje, y así con los párpados todavía cargados de sueño, principiábamos nuestro paseo de costumbre por la campiña, á esa hora empapada de rocío.

Gustábamos un placer especial en contemplar el paisaje desde la eminencia apacible de las lomas, y allá íbamos, trepando por el sendero estrecho y pedregoso que se abría paso por en medio de las asperezas abruptas..... Ya en la altura, bañada por los reflejos sonrosados de la aurora, nos sentábamos y, en uno como adormecimiento voluptuoso, escuchando el rumor de oro del manantial que brotaba claro y generoso, permanecíamos largo rato.

Desde allí buscábamos con la vista el nido de nuestros amores, y lo distinguíamos allá lejos, al pie de una colina, minúsculo y blanco, agazapado en la espesura, en actitud como de dar un salto..... Parecíame á la distancia un lindo y frágil juguete de porcelana abandonado allí por algún niño olvidadizo.

Por todas partes resonaba triunfalmente el canto de la naturaleza en esa hora de las fulguraciones serenas, y él estaba allí, con sus paredes muy blancas, semeando una nota limpia y pura. Luégo descendíamos por la misma vereda, uno tras otro, arrancando al pasar esas florecillas silvestres que esmaltan la verdura del bosque. Aspirábamos con delicia su olor ingenuo y montaraz, y después las arrojábamos al suelo agrio del sendero como fragmentos de alas de pintorescas mariposas.

Sobre nuestras cabezas la malla luciente de espléndidos follajes y, en ellos, músicas cristalinicas de pájaros que se despertaban cantando.

Cantaban al sol que allá, en la lejanía incendiada, agitaba su blonda cabelera; á la campiña que se inundaba de alegres claridades, al río que arrastraba la frescura de sus ondas por entre el verde cortinaje de los cañaverales rumorosos.

Nos deteníamos á escuchar aquella exquisita y brillante variación que fluía de las verdes entrañas del ramaje, sin hablar palabra, el alma arrobada y extática, llena de un recogimiento silencioso empapado de dulzura.

Alguna vez, mis ojos, iluminados por la más tierna y apasionada de las miradas, buscaban los de mi esposo. Vefame entonces y, comprendiendo al instante el estado de mi espíritu, tomábame en sus brazos á la vez que ponía en mis labios el más sonoro de los besos.

El beso.....! ¡Qué hermosa es esa flor de pétalos rojos estallando bajo las magnificencias esmeraldinas de un solio hecho de hojas! ¡Cuán delicioso embriagarse con su aroma en la soledad infinita poblada de mil rumores misteriosos!

Cualquier ruido, el producido por una piedra que se desprendía rodando estrepitosamente hasta el fondo de la quebrada ó el lamento arrancado á los árboles por alguna violenta ráfaga de brisa, interrumpía la encantadora sinfonía.

En ese minuto de silencio, ni un arpegio, ni un gorjeo, nada que no fueran vibraciones fugaces, sonoridades fugitivas rompiéndose en las ramas sacudidas por el viento.

De improviso aquella tropa menuda de plumíferos cantores se desparramaba por el aire aturrida y locuaz, iluminándolo con la gloria del color.

Esmeraldas y topacios, oro, plata y rubíes chispeaban un instante en el espacio, lanzando destellos de variados matices, delicados y puros.

Anita quedóse pensativa, y luégo con una dulce y melancólica sonrisa, me dijo:

—Nada he olvidado de esos tiempos venturosos de mi vida. Detalles íntimos, minuciosidades, todo se conserva fresco en mi memoria, con la frescura adorable de los lirios y las rosas después de la lluvia. Son flores cuyas corolas no se han marchitado todavía y espero no se marchitarán jamás.

Y con voz imperceptible, toda emocionada y trémula, agregó:

—Mis lágrimas..... con ellas las riegos todos los días..... Por eso es que al suelo no caerán deshojadas y mustias.

—Cuando llegamos al valle—continuó mi ami-

ga después de una pausa—la carretera que lo bordeaba en un gran trecho, empezaba á llenarse de carruajes y de aldeanos que caminaban lentamente con los instrumentos del trabajo al hombro.

Estos últimos nos inspiraban una gran simpatía. Conversábamos con ellos, los interrogábamos sobre sus ganados y el estado de sus siembras y, cuando nos decían:—La cosecha será buena; ó bien:—El rebaño aumenta—en el fondo de sus pupilas brillaba intensamente una llamarada fúlgida de felicidad.

Viviendo así, en comercio íntimo con la gente sencilla que labora la tierra, cerca de los retoños que estallan vivarachos y lozanos en la recia corteza de los troncos y arrullados á toda hora por el susurro de la brisa y el mugido del ganado que paca en la llanura, olvidamos los egóismos y pequeñeces de la vida social.

A fuerza de respirar en ese ambiente saturado de candor y bondad nuestros malos instintos desaparecen y nos sentimos humildes, fraternales y buenos.

Vestidos de tela burda y cubierta la cabeza con sombrero de paja de anchas alas, aquellos ingenuos labriegos se iban con andar lento y perezoso por la polvorienta vía, dejando atrás en el declive de las colinas la algazara jovial de los chicuelos y la gritería estridente de las aves de corral. Frondosamente sonora, la éra los esperaba cariñosa, y allá iban ellos, bañados el semblante por esa serenidad hermosa que hace palpar los corazones.....

Augusto que se la pasaba observando seres y cosas, notó ó creyó notar cierta vez en el rostro de uno de ellos, algo así como la sombra de un oculto pesar. Era el campesino un hombre joven, de anchas espaldas, activo y fornido, con una profunda cicatriz en la mejilla derecha.

Cuando estuvo cerca díjole con familiaridad: —Qué tienes buen amigo? Por qué sufres? Qué te pasa?

Dejó de andar y se quedó mirando á Augusto con extraña fijeza, con una obstinación que me hizo sentir miedo.

Un suspiro hondo y doloroso fue su respuesta.

Interrogado de nuevo con voz más cariñosa aún exclamó:

—Ay, señor! Isabel me traiciona con un miserable, pero.....se van á acordar de mí.

Su fisonomía tornóse salvaje, horriblemente feroz al pronunciar las últimas palabras.

—Es muy sabrosa la venganza, señor!

Y diciendo, hizo relucir siniestramente al sol el acero de su cuchillo.

.....
Ese día las caricias y los besos no vibraron en el ambiente oloroso de nuestra alcoba azul. Preocupados y un tanto mohinos por el episodio de la mañana, mariposas y abejas no volaron por los rosales del deseo.

Un caso apurado

(POR ALBERT LADVOCAT)

I

Se hablaba en el salón de la señora C*** de esos errores de los cuales pueden ser víctimas de vez en cuando las personas más honorables, haciéndolas aparecer momentáneamente autores de un robo ó de cualquier otro delito.

—Esos errores, dijo un anciano, se producen muy frecuentemente en las grandes casas de comercio. Recuerdo lo que me contó una de mis clientes, mujer de un banquero riquísimo. Había terminado sus compras y preparábase á salir, cuando un inspector la detuvo bruscamente en el umbral, diciéndole:—Señora; no partiréis sin devolvernos el pañuelo de punto de Alençon que habéis tomado. Mi cliente clama indignada y protesta su inocencia; pero el inspector apoderándose del

indispensable que ella llevaba, lo registra y encuentra en efecto el pañuelo.

—Es afrentoso lo que nos contáis, exclama en este momento una rubia que remojaba delicadamente un pedazo de torta en su taza de té: si me hubiera acontecido semejante cosa habría muerto de pena.

—Felizmente, señora, mi cliente no perdió la serenidad. Se preguntó cómo pudo ir á tener á su indispensable el pañuelo; y recordó que, momentos antes, al detenerse en el despacho de lencería, una señora acompañada de una niña como de cinco años, había ido á sentarse cerca de ella para examinar algunos encajes de un vestido de novia. Hizo buscar á estas dos personas; y después de un breve pero hábil interrogatorio se obtuvo de la niña la confesión de que había, por traversura, deslizado un pañuelo de gran valor en el indispensable que se encontraba al alcance de su mano. El empleado se excusó y la niña fue reprendida fuertemente; pero mi cliente pasó un mal cuarto de hora.

—Creo, replicó la señora C***, la dueña de la casa, que en semejantes circunstancias el temor me impediría defenderme y se me juzgaría culpable. Así.....

II

Fue interrumpida por la viuda de un coronel, mujer enérgica, que exclama:

—Zapateta!—como decía mi difunto marido.—No me dejo intimidar fácilmente: lo prueba mi último viaje á España. Figuraos que estaba en el tren que venía de Sevilla y llegamos á una pequeña y ridícula estación donde debíamos detenernos cinco minutos. Un gran atrevido que pertenecía á la policía secreta se puso á mirarme creyendo reconocerme por una espía de don Carlos á la cual se buscaba; y al fin me ordenó entregarle los papeles que llevaba. Le respondí que estaba loco y que no sabía lo que me pedía. Insiste, se enoja y declara que me va á hacer registrar. Me pongo furiosa y le digo:—¿Registrar á mí? y, ¿por quién? ¿por vuestros gendarmes? Que se aproximen solamente y les daré de bofetadas. La amenaza le hizo reflexionar, aunque no comprendía el francés. Sin embargo, para salir del apuro preguntó si no se encontraría una mujer á quien confiar la tarea en cuestión.

Durante este tiempo el tren continuaba parado: suponéd la impaciencia de los viajeros. El jefe de estación propone á su propia mujer á quien hay que ir á buscar á un lugar vecino que se encontraba á doce kilómetros. Al fin llega la mujer; se le hace jurar sobre el Cristo que cumplirá fiel y exactamente su misión. La mujer jura; lo cual no le impide, cuando nos encontramos solas en su cuarto, ofrecerme, mediante una pequeña gratificación, el silencio y la discreción de que juzgó me encontraba necesitada.

Le respondí que no llevaba absolutamente nada que pudiese comprometerme; pero que le daría la gratificación si me evitaba el fastidio de desvestirme.

Al fin de media hora salimos de la pieza. La mujer declaró, tomando por testigo á Nuestra Señora del Pilar y á todos los santos del paraíso, que no me había encontrado ningunos papeles. Y el policía tuvo que contentarse con esta respuesta.

Entre tanto el tren continuaba inmóvil: el jefe de estación me dijo que iba á dar la señal de partida. Todavía no; le dije. Dejádme buscar mi sombrero y mis guantes.

Esto nos detuvo un cuarto de hora aún, porque yo de expreso no me apresuraba.

Al fin subí á mi vagón juzgando que los otros viajeros estarían impacientes y coléricos; pero no. Los hombres se habían puesto á fumar cigarrillos á orillas del talud; y las mujeres bailaban al són de guitarras y castañetas.

Llegamos á la frontera con seis horas de retardo, lo cual causará asombro en otras partes, y es lo más natural en España.

III

El relato fue acogido con risas y la viuda del coronel recibió calurosas felicitaciones por la firme actitud que había guardado en semejantes circunstancias. Cuando se calmó el ruido, el marqués de B**, un diplomático de mucho talento y de grande experiencia, que hasta entonces había guardado culta reserva, dijo:

—Ciertamente lo más sabio es no emocionarse cuando se está bajo el peso de una sospecha infundada, y buscar el medio práctico de comprobar la inocencia. Verdad es que hay circunstancias tan delicadas y se presentan á veces complicaciones tan imprevisibles que el hombre más dueño de sí está expuesto á perder su sangre fría. Encontraríais la prueba si os contase una anécdota demasiado curiosa cuyo epílogo no llegué á conocer sino mucho más tarde.

—La anécdota !..... queremos la anécdota, dijeron varias voces.

—Sea; voy á complacerlos

Y el marqués de B** contó lo siguiente:

IV

—En 18..... un rico inglés cuyo nombre me permitiréis callar, basándoos saber que ha ocupado altos puestos en el Gobierno de su país—un rico inglés á quien llamaré lord X**, vino á pasar algunos días en París y se hizo conducir á la Biblioteca Nacional para visitar el Gabinete de medallas, donde se encontró solamente con cuatro ó cinco personas provistas de cartas de recomendación.

El guardián que acompañaba al grupo, sabiendo que tenía visitantes escogidos se contentó con abrir las vidrieras; y se sentó á leer un periódico dejando á cada uno la comodidad de mirar y aun de tomar en la mano las piezas que le interesaban.

La sesión duró cerca de media hora; y cuando todos se preparaban á salir, el mismo guardián, más por costumbre que por un sentimiento de desconfianza, se puso á cerrar las vidrieras.

De repente se le vio palidecer; dirigirse rápidamente á la puerta y atrancarla, diciendo con voz temblorosa por la emoción:

—Señores: advierto que una pieza de oro, la que lleva el número 237 bis, ha desaparecido del compartimiento en que estaba: es una pieza de mucho valor por su rareza. Juzgo que uno de vosotros la ha tomado..... por distracción; y que me la devolverá con la seguri-

dad de que el incidente no tendrá otro resultado.

Todos permanecieron en silencio, interrogándose con la mirada, esperando que el culpable se denunciara.

Peró nadie decía una palabra.

Después de cinco minutos que parecieron siglos, el guardián habló de nuevo.

ciones: cada uno creía ver en esta negativa una prueba de culpabilidad.

Vaya! dijo alguien:—Es inútil insistir por más tiempo: este señor que no ha querido dejarse registrar es evidentemente el ladrón.

Pero á despecho de todo aquel sobre el cual caían las sospechas y las suposiciones persistía en su resistencia.

El guardián le dijo entonces que iba á conducirlo al cuartel de policía donde el comisario le registraría.

En la comisaría el inglés presentó su tarjeta agregando que consideraba el examen atentatorio á su dignidad y que no se sometería á él sin conocimiento de su embajador.

El comisario leyendo el nombre casi ilustre grabado en la tarjeta, no osó tomar por sí solo una resolución; instaló al gran personaje en su gabinete, poniéndole guardias de vista; y se presentó en la Embajada de Inglaterra donde fue recibido por el embajador, al cual expuso la situación. El embajador muy perplejo á su vez, suplicó al comisario que lo acompañara; y los dos se dirigieron en carruaje al Ministerio del Interior. El Ministro estaba ausente y fue á mí á quien tocó recibir estos señores, por lo cual me encontré mezclado en el asunto.

Tuvimos una larga conferencia; y, en fin de cuentas, el Embajador me hizo comprender que deseaba á todo precio disimular este incidente; que lord X** podía ó nó haber sustraído la medalla, pero que el asunto daría lugar á dificultades diplomáticas.

Me rendí á estas razones y acompañé el comisario á su oficina para poner en libertad al prisionero.

Este partió inmediatamente. Su rostro permanecía impasible; pero en la manera con que me estrechó la mano creí percibir que estaba en realidad emocionado. Cuando pasó la puerta respiró largamente como un hombre libre al fin de una preocupación que lo angustiaba.

Confieso que vanamente pretendí formular una opinión sobre este asunto. Lord X** era demasiado conocido, muy rico, y tenía la reputación de un hombre probo hasta el escrúpulo. ¿Cómo admitir que pudiese haber cometido un robo tan audaz? Con todo las apariencias estaban contra él. ¿Por qué rehusó tan tenazmente dejarse registrar? Las otras personas se habían sometido á la simple medida que demandaba la situación. ¿Qué interés tenía él en singularizarse? No po-



MONUMENTO DE LA FAMILIA DOCUMET EN EL CEMENTERIO DEL SUR. — (De la casa de J. Roversi é hijo)

—Puesto que el autor del hecho no ha querido atender á mi invitación, ruego á cada uno de vosotros se deje registrar; prueba penosa pero necesaria para satisfacción de todos.

La inspección comenzó al punto y sólo quedaba lord X** por registrar.

En el momento en que el guardián se aproximaba el inglés declaró que no dejaría en absoluto tocar sus bolsillos.

Inmediatamente comenzaron las murmura-

día resultarle nada enojoso, á menos que.....

Y justamente este á menos que me parecía de una gravedad tal que mi espíritu rehusaba concluir.....

V

Al llegar á este punto de su historia el marqués de B** se detuvo y después de corto silencio, prosiguió :

—No pensaba más en esta aventura cuando, seis meses más tarde, leyendo distraídamente un periódico, mi atención se fijó de repente en un articulo que decía así :

DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE

“Dos obreros encargados de trabajos de refacción en el gabinete llamado de las medallas, en la Biblioteca Nacional, han encontrado por casualidad y puesto á disposición del señor Administrador, una pieza de oro desaparecida desde largo tiempo y que se suponía robada.

“Esta pieza que llevaba antiguamente el número 237 bis, tiene un gran valor artístico, pues se atribuye á Ageladas maestro del insigne Fidias.

“Se deploraba la pérdida de la medalla con tanta más razón cuanto que no existía ninguna reproducción ni aun fac-símile. No se comprende cómo una pieza que es bastante larga y de algún peso, pudo correr sobre el piso y ocultarse en una ranura donde era materialmente imposible encontrarla. “Ahora se explica por qué fueron infructuosas todas las indagaciones hechas en el momento de su desaparición.”

—Leí muchas veces este artículo—continuó el marqués de B**. El respondía á una de las muchas preguntas que me hacía. Puesto que la moneda acababa de ser encontrada, era claro que no la habían sustraído. Lord X** estaba, pues, exento de esta suposición ; pero yo no comprendía por qué este alto personaje había tenido cuando el acontecimiento una actitud tan extraña y,—digamos la palabra—tan propia para hacer recaer en él las sospechas.

Creí no encontrar jamás la solución del enigma, cuando una mañana recibí una carta de Liverpool de letra desconocida.

Lo primero que busqué fue la firma: era de lord X** que me dirigía algunas líneas :

“Querido señor :

“He esperado largo tiempo antes de daros las gracias por la cortesía que usasteis conmigo en una penosa circunstancia que sin duda recordaréis. Me prestasteis espontáneamente entonces, cuando me encontraba en una situación de las más delicadas, el curso de vuestra alta protección. Os debo una extremada gratitud. Pero como quizás no habéis adivinado los motivos que tuve para evitar por todos los medios la simple prueba que exigían de mí, os debo una explicación y héla aquí:

“Me ocupo con pasión de numismática y he conseguido reunir, como no ignoraréis, una importante colección de monedas griegas y romanas. Días antes de mi partida de Liverpool un anticuario me vendió muy cara una pieza atribuida á Ageladas, diciéndome que solamente el gabinete de medallas de Francia poseía un modelo exacto, que no era sino una reproducción de aquella obra única, lo cual era fácil averiguar con ayuda de una lente bajo la cual serían visibles ciertos signos que me indicó. Queriendo hacer yo mismo esta verificación matemática, llevé la pieza en cuestión cuando mi viaje á París, y la tenía en el bolsillo el día en que fui á la Biblioteca Nacional.

“No sé qué fatalidad pudo hacer que la otra pieza, la que llevaba el número 237 bis, y que yo había tomado un instante entre mis dedos para compararla con la mía, colándose inmediatamente en su estante, se deslizase sobre el pavimento y desapareciera en una juntura del piso ; pero comprende-

“réis cuál fue mi perplejidad cuando se me pidió que me dejase registrar.

“Tenía en el bolsillo mi pieza, la que me pertenecía con toda propiedad, pero que se parecía tanto á la otra que á despecho de todas mis negaciones habría quedado convicto de robo.

“Hé aquí una situación excepcional. No me dejé registrar y recurrí, como sabéis, á la intervención de mi Embajador, prefiriendo pasar por un hombre testarudo y de mal carácter.....antes que por ladrón!

“Dignaos, señor, etc.....

Lord X**”

Esta explicación cuya sinceridad no podía ser puesta en duda, me dio la solución del problema, vanamente buscado hasta entonces ; pero no pude menos de pensar que la aventura habría terminado de otro modo si en lugar de un gran personaje hubiera sido un sujeto de menos notoriedad. ; Seguramente que los anales jurídicos se habrían aumentado con un nuevo error judicial !

Carta á una señorita

(POR JOSÉ R. LOPEZ)

Señorita: Ha fiado usted mucho en mi estómago, y esa es la entraña más ingrata y olvidadiza. ¿Cómo ha podido pretender usted causar una impresión durable galanteando á ese devorador incesante que cada cuatro horas pierde la memoria de los favores, y clama por otros nuevos, para relegarlos á su vez á olvido ignominioso? Siempre que yo veía sus primores reposteriles, sus hojaldres, sus almibares, sus cristalizados policromos, arco iris de despena, les dirigía una mirada golosa, pero melancólica. Víctimas estériles del monstruo, despertaban un momento sus entorpecidos nervios, lo desperezaban, le hacían pensar vagamente en la mano fina y sedosa que batió sonoramente en la copa de cristal, con argentina cucharilla aquellas claras hasta esponjarlas y blanquearlas como copos de nieve . . . y hasta ahí llegaba su borroso espiritualismo. Engullía, se saciaba, y tras un prosaico bostezo esfumábase la imagen de esa mano delgada y aristocrática, de esa preciosa mano de usted que me comería á besos y que huele á ámbar y á rosas, á pesar de las emanaciones del caldero.

Perdóname la franqueza, señorita. Cuando estos estómagos se han comprendido, la confianza nace espontánea y expansiva. No hay intimidad como la de la mesa. Es la comunión, el paraíso de la carne. En siendo la gula quien presenta á dos personas, no tardan en poder decirse las verdades. Oigame, pues, que aunque nuestro espíritu ha tenido que permanecer indiferente á nuestro cariño, puede que mis palabras le sirvan á usted para trances venideros; para gobierno, en el porvenir, de su conducta. Por deleznable que haya sido nuestro afecto, crea que no desespero de verla algún día interesando de manera más sugestiva á cualquier mancebo espiritual, amoroso é inteligente.

Pero eso sí, ponga los ojos y el entendimiento más en alto. Apunte usted al cerebro, al alma, que esa es la puerta principal del corazón. Por ahí es que se entra dominador, triunfante, irresistible; mientras que el estómago es apenas como la escalera de la servidumbre, por donde se avanza con humillación y con vergüenza, para ser mal recibido, sin poder pasar nunca hasta la sala.

Renuncie al *Manual del repostero* y aficiónese á lecturas, si no más dulces, más brillantes. Los Lúculos se acabaron con la antigua Roma, y ahora cualquier polluelo prefiere á una golosina un rato de conversación amena é interesante. No es preciso que estudie ciencia. Para eso hay que comenzar temprano, y además correría el riesgo de volverse una Marisabidilla, cosa á que los hombres le tenemos miedo. Basta con que comience usted por las

novelas y se dé un barnicito, tomando prestada alguna chispa, aunque sea momentos antes de llegar el pretendiente. Créame: ese es mejor anzuelo que los dulces. Nadie va á ejercer de examinador, y con unas cuantas superficialidades se va lejos, teniendo, como usted, una carita adorable, unos ojos lánguidos cuya blanca córnea no se enrojece ni con los picantes vapores de la cocina. Cada vez que usted me miraba así, con ese aire de cordera mansa, si no hubiera sido porque el estómago mediaba en el asunto . . .

Fíese usted del alma. Anide en ella. Eso sí que es opulenta y dadivosa como un noble millonario. Cuanto ponga en el corazón germinará frondosamente y le será devuelto centuplicado. Pero, por Dios, renuncie á ese tonel de las Danaides que se llama estómago. Llenarlo? Empresa es tan desvariada como la del loco aquel que con un jarro pretendía vaciar el Océano.

Prepárese para lo venidero. Si usted me oye, su próximo pretendiente no podrá conservar, junto á la franqueza, la serenidad mía. Turbado su espíritu, agitado por las dulces emociones de un amor ideal, cada una de las frases vivientes, cinceladas, artísticas con que le habrá conmovido usted en las cortas y adorables entrevistas, siempre cortas, ¡ay! para el amante conquistado por el alma, evocará en su memoria la candorosa imagen de usted, pura y dulce como Psiquis, con sus labios de grana húmeda y palpitante, su perfil griego, sus ojos . . . No digo nada de sus ojos, que por ellos le conocerían. Esos ojos lánguidos, hermosos, azules, al través de los cuales se trasparente el infinito.

Renuncie al estómago. Es indomesticable y desagradecido, porque no tiene memoria y jamás ha comprendido el amor. El día que usted hable al alma y sea su plática un chisporroteo brillante, deslumbrador, estrellado, no tendrá que chamuscarse haciendo confituras y será la reina de la moda, la diosa de los salones, el espíritu embellecedor y embellecido en torno al cual girará, como mariposas, el tropel de enloquecidos pretendientes.

Elimine al monstruo. No piense atarlo con cadenas confitadas. Es torpe, es insensible, es ingrato. Quien lo galantea, como dice la Escritura, “ha arado en el mar.”

Besa sus diminutos pies, verdaderas joyas que llevaría yo en palmitas de manos, preferibles mil veces á todas las golosinas de la tierra.

Su humilde servidor y amigo,

Marzo de 1897.



Ferrocarril ruso

El primer tren de San Petersburgo á Tomsk fue lanzado el 1º de abril. Hasta ahora es el único tren conocido que marcha, sin interrupción, durante seis días y seis noches. Los vagones están contruidos de manera que sea casi imperceptible el movimiento á los viajeros que pueden, como en los trenes “harmonías” de Alemania, pasearse de un extremo á otro. La iluminación es eléctrica ; la calefacción y la ventilación están admirablemente organizadas. Tiene un restaurant, una biblioteca, varios pianos, en fin todo lo que un viajero puede desear ; hay hasta aparatos de gimnástica !

Curiosa coincidencia

En momentos en que los Estados Unidos disparan sus cañones contra España, la ciudad de Florencia organiza fiestas en honor de Américo Vesputio que pretendía haber descubierto la América en 1.497, es decir, un año antes que Cristóbal Colón.

La historia ha rectificado esta aserción ; pero ello no impide que sea Américo Vesputio quien haya dado su nombre al continente descubierto por Colón. Este ha debido conformarse con legar el suyo á una pequeña parte de América : Colombia.

Continúa, pues, guardándose el recuerdo de uno de los fraudes más gigantescos que registra la historia.

Las batallas navales

El capitán de Estado Mayor austriaco, Otto Berndt, en su libro *Las cifras y la guerra* estudia las relaciones entre el número de los combatientes y el resultado de las batallas.

Desde Molwitz y Rosbach hasta hoy, de 73 batallas terrestres importantes, 33 han sido ganadas por el ejército menos numeroso. Lo mismo, y con más generalidad, ocurre en las navales. En Trafalgar, Nelson con 27 navíos derrotó á 33; y en Navarino, los aliados con 27 buques vencieron á los 82 de la escuadra turco-egipcia; en Lissa, Tegethoff, tuvo 27 contra 24 de los italianos, pero los austriacos eran muy inferiores á estos últimos. Como que se trataba de buques de madera en lucha contra acorazados.

El capitán Berndt concluye diciendo que la disciplina da la ventaja sobre el número, y el periódico francés *La Patrie*, asegura que desde ese punto de vista, los marinos españoles son superiores á los norteamericanos, reclutados, como todos saben, entre gente baldía de diversos países.

Libros importados y exportados

Dado el buen éxito que gozan en el extranjero los escritores franceses, podía suponerse que era mayor la exportación que la importación de libros en Francia, y sucede todo lo contrario.

Según datos estadísticos publicados recientemente en Berlín, resulta que en el año próximo pasado se importaron en Francia libros alemanes por valor de 2 millones de marcos y se exportaron para Alemania unos 700.000 marcos en libros franceses.

Ocupa Francia el séptimo lugar entre los países que envían sus libros á Alemania: antes que ella figuran Austria-Hungría, con 28 millones de marcos, Suiza con 7 millones y medio; Estados Unidos con 7 millones; Rusia, con 5 millones é Inglaterra con 3 millones.

En suma, la exportación de libros alemanes en 1897 excedió á las importaciones en 20 millones de marcos.

Dibujos por cable

El *New York Herald*, de París, recibe de New York, por cable, los dibujos acerca de la guerra de España y los Estados Unidos que propiamente pueden llamarse dibujos telegráficos.

He aquí como se opera esta ingeniosa combinación: El *New York Herald*, de París, tiene en sus oficinas papeles cuadrículados formados de líneas paralelas muy juntas, cortadas por otras líneas perpendiculares que vienen á formar numerosas intersecciones.

A la extremidad de cada una de estas líneas está inscrita una palabra de tres letras. En New York se dibuja sobre un papel de aquella especie lo que se desea transmitir á París. Luégo se transmiten por cable las palabras de las líneas en que termina tal ó cual rasgo del dibujo; y en París el receptor lo traslada al papel cuadrículado.

Fechas célebres

El 10 de junio se celebrarán en París dos hechos interesantes: el centenario del Conservatorio de Artes y Oficios y el quincuagenario de la Sociedad de Ingenieros civiles. Las dos fiestas coincidirán. El programa de las fiestas del Conservatorio no está todavía resuelto, pero contendrá una serie de conferencias instructivas, y sobre todo los profesores del Conservatorio serán invitados á exponer en una conferencia los progresos y los desarrollos de sus artes respectivos. La Sociedad de Ingenieros civiles organiza igualmente varias conferencias y visitas relativas á la Exposición de 1.900 y á la Exposición de los automóviles, que se efectuarán en esa época. Prepara la publicación de un relato general de los progresos del Genio civil desde 1848; este trabajo promete ser importante y se contará entre las obras de la Sociedad.

Ferrocarril de China

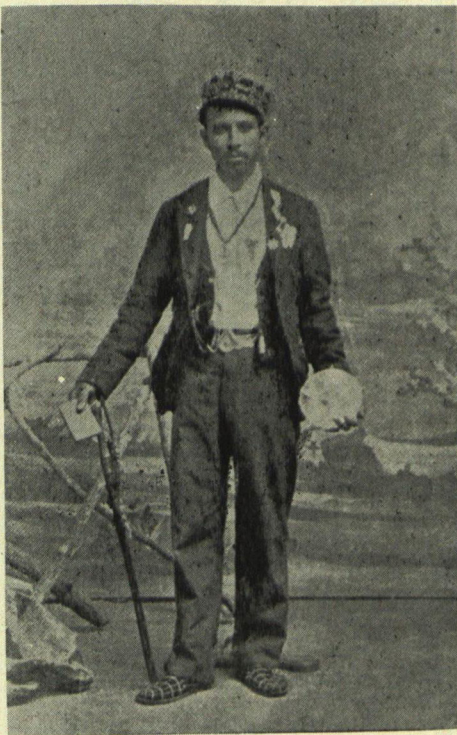
Los ferrocarriles se desarrollan mucho en China. Actualmente están en explotación la línea Tientsin á Chan-Hai-Kouan, que tiene una longitud de 270 kilómetros y será unida al Transsibérien, la línea de Tientsin á Pekín de 120 kilómetros y la línea de 28 kilómetros. Un sindicato franco-belga se ocupa en la construcción de 1.500 kilómetros de vía en la línea de Han-Kouo á Pekín. Otra línea se está instalando de Woosung, Changhai á Nankin y en el norte de China, Rusia va á establecer varias líneas para enlazar con el Transsibérien. Al sur del imperio de China, Francia é Inglaterra han obtenido varias concesiones.

Tumbas descubiertas en Egipto

En Egipto ha descubierto M. Loret, director general del servicio de antigüedades, las tumbas de los reyes Thoutin III y Amenofis II. El *Times* y el *Journal de Genève* publican informes interesantes que les envía su corresponsal del Cairo.

El descubrimiento de la tumba de Amenofis II es particularmente digno de atención, pues aunque hayan sido robados los objetos preciosos que se creyeron encontrar en ella, se hallaron intactas las momias de Amenofis y otros siete reyes.

Se llega á la tumba por una galería de pendiente rápida que acaba en un foso como de veinti-



TIPOS POPULARES: "El tercer profeta"

seis pies de profundidad, y una vez pasado este obstáculo se encuentra la entrada del sepulcro real. En el primer cuarto se ve el cuerpo de un hombre atado á un bote todo cubierto de ricas pinturas; tiene los pies y las manos ligados con cuerdas, un pedazo de tela metido en la boca á guisa de mordaza, y marcas como de heridas en la cabeza y en el pecho. En la pieza siguiente estaban tendidos los cuerpos de un hombre, de una mujer y de un niño. Ninguno de estos cuerpos había sido embalsamado; pero vista la sequedad de la atmósfera, se hallaban todos en perfecto estado, con sus facciones maravillosamente conservadas. Y aunque evidentemente se trata de personas que sucumbieron por muerte violenta, parece que todos están en apacible sueño. Sus cabellos son abundosos, y sus facciones recuerdan por modo notable las de los fellahs actuales. Es posible que el descubrimiento, en una tumba real, de los cuerpos de víctimas inmolidas, dé alguna luz en la cuestión tan discutida de los sacrificios humanos que divide á los egiptólogos.

La tumba del rey es una pieza de proporciones espléndidas, admirablemente bien conservada. El techo, sostenido por fuertes columnas cuadrangulares, está pintado de azul oscuro con estrellas de oro y las paredes totalmente cubiertas de pinturas, cuyos colores se conservan tan vivos como si acabasen de ser aplicados. El sarcófago del rey, colocado sobre un bloque macizo de alabastro está puesto en uno de los extremos del cuarto en una excavación hecha pocos pies más abajo del nivel general de la pieza; es de piedra arenisca á la cual dieron artificialmente un color rosado bajo; contiene la momia intacta con coronas de flores en torno de los pies y del cuello.

El aspecto de todo este conjunto causa mucha impresión. Es la primera vez que se encuentra el cuerpo de un rey egipcio en la tumba preparada expresamente para él, pues todas las mo-

mias reales que antes se habían descubierto habían sido sacadas de su tumba y puestas bajo custodia en Deir-el-Bahari.

El Ministro de Obras pública ha dicho á M. Loret que sólo saque los objetos menudos y deje las momias y los cuerpos donde están actualmente. La entrada de la tumba se volverá á tapiar hasta el invierno próximo, y se colocarán después unas rejas de hierro para que los visitantes puedan, sin perjudicar los restos, contemplar ese espectáculo único en su género: los despojos mortales de un rey que gobernó hace más de 3.400 años.

Lluvia en los mares

En el Congreso de la Asociación astronómica de la Gran Bretaña, reunido recientemente en Edimburgo, M. W.-G. Black ha comunicado el resultado de numerosas observaciones pluviométricas hechas en el mar, con la ayuda de pluviómetros instalados á la orilla de los buques.

Estas observaciones demuestran que la lluvia cae en mayor cantidad en los mares del hemisferio norte que en los del hemisferio sur, á causa de que la mayor parte de la zona de lluvia ecuatorial se encuentra al norte del Ecuador.

Para los océanos del Norte, la altura anual de la lluvia caída es de 1.218 milímetros, con 144 días lluviosos; y para todos los del Sur, es de 933 milímetros, con 88 días lluviosos.

Si se consideran los diferentes océanos, cada uno por separado, se encuentran las siguientes cifras: océano Atlántico norte, 828 milímetros de agua por año, y 71 días de lluvia; océano Atlántico sur, 525 milímetros y 88 días; océano Índico norte 870 milímetros en 72 días; océano Índico sur, 972 milímetros en 118 días; mares del océano Pacífico oriental, 2.379 milímetros en 133 días; Pacífico americano ó occidental, 1.051 milímetros en 172 días.

Parece que no existe sino una débil relación entre la zona de lluvia en el océano y las regiones pluviosas de los continentes vecinos.

El país del oro

El Alaska, territorio que tiene una extensión de 965.000 kilómetros cuadrados, es decir, doce veces mayor que el Estado de Nueva York, y cuyo nombre indio, que quiere decir *gran país*, ha venido á constituir la obsesión de media América desde el mes de julio de 1896, en que fueron encontrados los riquísimos yacimientos auríferos de la cuenca del Klondike, fue vendido por Rusia á los Estados Unidos en poco más de siete millones de duros.

La historia del hallazgo del oro parece un cuento de hadas.

En la fecha que hemos citado ya, tres mineros, tres buscadores de oro, Henderson, Swanson y Munson, encontraban en la cuenca de aquel río una pequeñísima partícula del codiciado metal; su valor apenas pasaba de tres francos.

Al siguiente día, unidos á otro minero, Cormak tan hambriento y tan miserable como ellos, empezaban sus penosas investigaciones.

Al cabo de diez días, y á 15 pies de profundidad encontraban pedazos por valor de quinientos francos. Antes de una semana lavaron y separaron 6.000 más.

Cuando Cormak bajó á los centros mineros de aquel helado país, y contó su hallazgo, nadie le hizo caso.

El aguantó las burlas y escribió estas líneas á un antiguo amigo:

"Mi viejo Casey: No escuches lo que de mí te digan, pero deja todo lo que tengas entre manos y ven á buscarme sin perder momento. *Great God!* No se han visto en el mundo riquezas parecidas. Apenas puedo dar crédito á mis ojos. Tú me conoces. Ven en seguida. Tu antiguo amigo, *Cormack.*"

Casey acudió en seguida al llamamiento; con él llevó á Berry, un pobre obrero, y á la esposa de éste, la primera mujer que haya escalado los témpanos de hielo del Chilkoot.

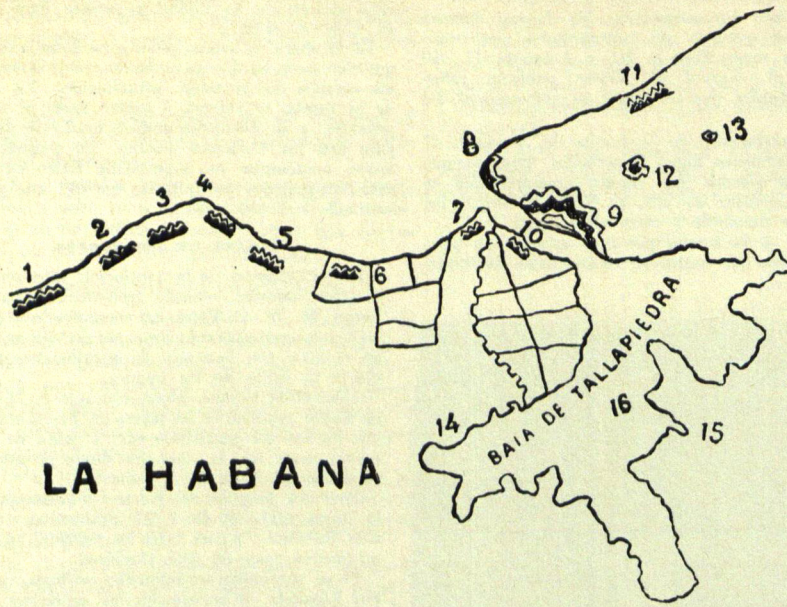
Madm. Berry es hoy la mujer de un millonario; ya no vivirá sobre el hielo bajo la tienda miserable; tendrá un palacio en San Francisco y la mejor sociedad se afanará por asistir á sus soberbias fiestas.

¡Milagros del oro!

Cormack y Casey son dos potentados.

Stanley, otro infeliz preñero de Nueva York, cuya familia estaba pereciendo hace dos años, acaba de regresar del país del oro con más de 600.000 bolívares en pepitas.

Hoy más de 10.000 mineros han invadido la afortunada región, cuyo aspecto ha cambiado por completo.



El puerto de la Habana y su defensa

(De El Figaro, de París)

El puerto de la Habana es uno de los más bellos del mundo, y á la vez una plaza fuerte de primer orden. Las sinuosidades del puerto y las colinas que lo rodean han contribuido poderosamente á ponerlo al abrigo de cualquier ataque.

El paso de los buques para la entrada tiene de 400 á 500 metros de ancho; pero la parte navegable para los grandes barcos, en una extensión de 1.000 metros de largo, sólo tiene 200 ó 300 metros de ancho. Véase, pues, con cuanta facilidad se puede defender la entrada con torpederos.

La enumeración que sigue da una idea de la importancia de las obras de defensa que los españoles tienen construidas en la Habana.

El viejo fuerte del Morro, que disparó contra la flota americana, está apoyado por nuevos fuertes armados de cañones de gran calibre que darán mucho que hacer á los americanos:

1. Batería de 4 cañones de 25 centímetros; 2 cañones de 15 centímetros.
2. Batería de 2 cañones de 20 centímetros, y 2 cañones de 30 centímetros (batería rasa).
3. Batería de 4 morteros modernos.

4. Batería de 4 cañones de 23 centímetros, y 3 de 30 centímetros.
5. Batería de Santa Clara: 2 cañones Krupp de 30 centímetros, 3 Armstrong de 25 centímetros, 2 cañones de tiro rápido y uno de fabricación secreta.
6. Batería de la Reina: (cañones antiguos).
7. 2 grandes cañones del fabricante Parrot.
8. Fuerte del Morro: 3 cañones Armstrong de 20 centímetros, 3 cañones que defienden la ciudad y 6 cañones entre 15 y 20 centímetros.
9. Fortaleza de Cabañas.
10. Nueva batería: 2 cañones.
11. Batería Cohima: 2 cañones Krupp de 30 centímetros, 4 entre 15 y 20 centímetros, y 2 cañones Nordenfeld.
12. Batería de San Diego: 2 cañones Krupp de 25 centímetros y 4 cañones Armstrong de 15 y 20 centímetros.
13. Batería de morteros.
14. Arsenal.
15. Almacén de municiones.
16. Bahía de Tallapiedra.

La marina real de Inglaterra

Es sabido que la marina inglesa es la más poderosa del mundo; pero no todos conocen hasta qué grado llega ese poder.

Nuestros lectores habrán de ver con interés los siguientes detalles de los buques de combate, acorazados, cruceros, cañoneras, torpederos, contratorpederos, guarda costas, etc., que posee Inglaterra. Helos aquí:

ACORAZADOS DE 1ª CLASE

	Cañones	Toneladas
César	16	14.900
Hannibal	16	14.900
Illustrious	16	14.900
Magnificent	16	14.900
Majestic	16	14.900
Mars	16	14.900
Júpiter	16	14.900
Prince George	16	14.900
Victorius	16	14.900
Empress of India	14	14.150
Hood	14	14.150
Ramillies	14	14.150
Repulse	14	14.150
Resolution	14	14.150
Revenge	14	14.150
Royal Oak	14	14.150
Royal Sovereign	14	14.150
Canopus	16	12.950
Renown	14	12.350
Nite	10	11.940
Trafalgar	10	11.940

CRUCEROS ACORAZADOS DE 1ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Camperdown	10	10.000
Centurion	14	10.500
Howe	10	10.300
Rodney	10	10.300
Sans Pareil	15	10.470
Benbow	12	10.600
Barfleur	14	10.500
Anson	10	10.600
Black Prince	28	9.210
Collingwood	10	9.500
Agincourt	17	10.600
Minotaur	21	10.690
Northumberland	35	10.780
Warrior	32	9.210
Warspite	14	8.400
Achilles	16	9.820
Impérieuse	14	8.400
Nelson	16	7.630
Northampton	12	7.630
Aurora	12	5.600
Australia	12	5.600
Galatea	12	5.600
Immortalité	12	5.600
Narcissus	12	5.600
Orlando	12	5.600
Undaunted	12	5.600
Shannon	9	5.390

ACORAZADOS DE 2ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Inflexible	12	11.880
Dreadnought	4	10.820
Alexandra	18	9.490
Colossus	9	9.420
Devastation	4	9.330
Edinburgh	9	9.420
Neptune	6	9.310
Superb	22	9.170
Thunderer	4	9.330
Teméraire	14	8.540
Agamemnon	6	8.660
Ajax	6	8.660

ACORAZADOS DE 3ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Sultán	16	9.290
Hércules	20	8.660
Monarch	7	8.930
Bellerophon	20	7.550
Audacious	18	6.010
Conqueror	6	6.200
Hero	6	6.200
Invincible	16	6.010
Iron Duke	14	6.010
Swiftsure	18	6.910
Triumph	14	6.640

ACORAZADOS GUARDA COSTAS

	Cañones	Toneladas
Belleisle	4	4.870
Glutton	2	4.910
Hotspur	4	4.010
Orion	4	4.870
Rupert	4	5.440
Cyclops	4	3.560
Gorgon	4	3.560
Hecate	4	3.560
Hydra	4	3.560
Magdala	4	3.340
Prince Albert	4	3.880
Abyssinia	4	2.900
Scorpion	4	2.750
Wiwern	4	2.750

DIVERSOS ACORAZADOS

	Cañones	Toneladas
Penelope—(para depósito)	8	4.470
Terror—batería flotante		1.844

CRUCEROS DE 1ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Terrible	14	14.200
Powerful	14	14.200
Europa	16	11.000
Andrómada	16	11.000
Blake	12	9.000
Blenheim	12	9.000
Royal Arthur	13	7.700
Teseus	12	7.350
Crescent	13	7.700
Edgar	12	7.350
Endymion	12	7.350
Gibraltar	12	7.700
Hawke	12	7.350
Grafton	12	7.350
St. George	12	7.700

CRUCEROS DE 2ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Inconstant	16	5.780
Isis	11	5.600
Juno	11	5.600
Arrogant	10	5.750
Dido	11	5.600
Doris	11	5.600
Eclipse	11	5.600
Furious	10	5.750
Gladiator	10	5.750
Minerva	11	5.600
Falbot	11	5.600
Raleigh	24	5.300

Venus	11	5.600
Diadem	11	5.600
Thames	12	4.056
Severn	12	4.050
Phœthoa	10	4.300
Amphion	10	4.300
Arethusa	10	4.300
Astrea	10	4.360
Boadicea	14	4.140
Bonaventure	10	4.360
Cambrian	10	4.360
Charybdis	10	4.360
Flora	10	4.360
Forte	10	4.360
Forth	12	4.050
Fox	10	4.360
Hermione	10	4.360
Leander	10	4.300
Mersey	12	4.050
Iris	13	3.730
Mercury	13	3.730
Pique	8	3.600
Rainbow	8	3.600
Retribution	8	3.600
Sirius	8	3.660
Spartan	8	3.600
Aeolus	8	3.600
Brilliant	8	3.600
Indefatigable	8	3.600
Intrepid	8	3.600
Iphigenia	8	3.600
Naïad	8	3.400
Sappho	8	3.400
Scylla	8	3.400
Sybill	8	3.400
Terpsichore	8	3.400
Thetis	8	3.400
Tribune	8	3.400
Andromache	8	3.400
Apollo	8	3.400
Latona	8	3.400
Melampus	8	3.400
Vologe	12	3.080
Active	12	3.080

CRUCEROS DE 3ª CLASE

	Cañones	Toneladas
Magicienne	6	2.950
Marathon	6	2.950
Medea	6	2.800
Melpomene	6	2.950
Medusa	6	2.800
Mildura	8	2.575
Pallas	8	2.575
Pearl	8	2.575
Philomel	8	2.575
Phæbe	8	2.575
Rengarooma	8	2.575
Tauranga	8	2.575
Wallaroo	8	2.575
Kalomba	8	2.575
Calliope	16	2.770
Calyppo	16	2.770
Charysfort	9	2.380
Champion	12	2.380
Cleopatra	12	2.380
Comus	10	2.380
Conquest	9	2.380
Constance	14	2.380
Cordelta	10	2.380
Curacao	12	2.380
Pelorus	8	2.135
Proserpine	8	2.135
Barham	6	1.830
Bellona	6	1.830
Archer	6	1.770
Brisk	6	1.770
Cossack	6	1.770
Nohauwk	6	1.770
Perpoise	6	1.770
Raccoon	6	1.770
Tartar	6	1.770
Barracouta	6	1.580
Barrosa	6	1.580
Blanche	6	1.580
Blonde	6	1.580
Fearless	4	1.580
Scout	4	1.580
Pylades	14	1.420
Rapid	12	1.420
Satellite	8	1.420
Royalist	12	1.420

CAÑONERAS TORPEDEROS

Antelope, Assaye, Boomerang, Circe, Defiance, Dryad, Gleaner, Gossamer, Grasshopper, Halcyon, Harrier, Hazard, Hebe, Hussar, Jaseur, Karrakatta, Leda, Niger, Onyx, Plassy, Rattlesnak, Renard, Salamander, Sandfly, Seagull, Sharpshooter, Scheldrake, Skipjack, Spanker, Speedwell, Speedy, Vesuvius.

CAÑONERAS

Arrow, Badger, Blazer, Bloodhound, Bonnetta, Bouncer, Bulldog, Bustard, Cockatrice, Cockchafer, Comet, Cuckoo, Curlew, Dee, Don, Esk, Fidget, Fidebrand, Goldfinch, Hyena, Insolent, Jason, Kite, Landrail, Lapwing, Liunet, Lizard, Mastiff, Medina, Medway, Partridge, Peacoack, Pheasant, Pickle, Pike, Pincher, Plover, Plucky, Rambler, Rattler, Raven, Redbreast, Redpole, Kedwing, Ringdove, Sabrina, Scourge, Skylark, Slaney, Snake, Snap, Sparrow, Spey, Spider, Starling, Stauch, Stork, Swift, Tay, Tees, Trush, Tickler, Trent, Tweed, Weazel, Widgeon.

CONTRATORPEDEROS

Brazen, Bruizer, Chamons, Contest, Crane, Daring, Dasher, Decoy, Desperate, Dragon, Earnest, Fame, Ferret, Foam, Griffon, Handy, Hardy, Hart, Hasty, Haughty, Havock, Hornet, Hunter, Janus, Lightning, Lynx, Mallard, Opossum, Porcupine, Quail, Ranger, Recruit, Rocket, Salmon, Shark, Skate, Snapper, Sparrowhawk, Spitfire, Star, Starfish, Sturgeon, Sunfish, Surly, Swordfish, Teazer, Thrasher, Violet, Whiting, Wizard, Zeplyr.

GUARDA COSTAS DE 2ª CATEGORIA

Amelia, Argus, Gadfly, Griper, Hecate.

DIVERSAS EMBARCACIONES MENORES

Ardent, Ant, Banshee, Basilisk, Beagle, Boscawen, Boxer, Britannia, Briton, Caledonia, Cambridge, Clyde, Columbine, Carriett, Cruiser, Daedalus, Daphne, Dart, Dolphin, Duke of Wellington, Durham, Eagle, Egeria, Elfin, Enchantress, Excellent, Fire Queen, Ganges, Hawk, Hearty, Herald, Heron, Hibernia, Humber, Icarus, Imogene, Impregnable, Indus, Jackal, Jackdaw, Liberty, Liffey, Lion, Implacable, Magnet, Malabar, Martin, Melita, Alacritty, Moorhen, Mosquito, Nautilus, Nymph, Osborne, Pelican, Pembroke, Penguin, President, Racer, Research, St. Vincent, Sealower, Seahorse, Sealark, Scamero, Sphinx, Surprise, Swallow, Tamar, Torch, Traveller, Triton, Tyn, Unicorn, Argent, Vernon, Victor Emanuel, Victoria and Albert, Victory, Vivid, Vulcan, Wanderer, Waterwitch, Wildfire, Wild Swan, Wye, Zebra, Algiers, Asia.

EN CONSTRUCCION :

	Cañones	Toneladas
Albion	Acorazado de 1ª	16 12.950
Glory	id. id.	16 12.950
Goliath	id. id.	16 12.950
Implacable	id. id.	
Irresistible	id. id.	
Ocean	id. id.	16 12.950
Vengeance	id. id.	16 12.950

y 63 buques más: cañoneras, torpederos, contratorpederos y otros.

RESUMEN

Acorazados de 1ª clase	31
Cruceros acorazados de 1ª clase	17
Acorazados de 2ª clase	12
Acorazados de 3ª clase	11
Acorazados guarda costas	14
Acorazados menores	2
Cruceros de 1ª clase	15
Cruceros de 2ª clase	56
Cruceros de 3ª clase	45
Cañoneras torpederos	32
Cañoneras	66
Contratorpederos	51
Guarda costas de 2ª clase	5
Embarcaciones menores	89
Total	446

En construcción :

Acorazados de 1ª clase	7
Cañoneras, torpederos, contratorpederos y otros	63
Total	516

Presupuesto de la marina de guerra de 1897 á 1898 £ 22 780 473.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERRARIOS

LA FISONOMIA

XI

Los Valentones y Pendencieros. Estos se conocen al vulo en el plantaje. Difieren mucho del verdadero valiente.

El hombre valeroso es de continente reposado y tranquilo, y por lo regular habla poco de hazañas y valentías. El valentón y pendenciero es inquieto y chacharrero, y ostenta un aspect. provocativo.

El verdadero valiente no busca los lances, los afronta con serenidad y denuedo. El valentón y pendenciero, por el contrario, los provoca con bravatas y fanfarronerías.

El valiente, cuando llega la ocasión, canta claro como el gallo; el valentón y pendenciero cacarea como la gallina.

Aforismos. "Es más valor esperar con serenidad el peligro, que acometer."

"El verdadero valor se caracteriza por la sangre fría en presencia del peligro."

XII

Los Vanidosos y Presuntuosos. Se dan á conocer por lo pedantesco de su porte: por su necia y ridícula petulancia.

"De todos los hombres, el más ridículo es el necio orgulloso."

"La vanidad es la gran pasión que predomina sobre todo. Estimula las más heroicas acciones, é impelle á cometer los mayores crímenes. Salvadme de esta pasión y puedo desafiár á las demás. Son meros muchachos pilluelos; pero aquella es un coloso." (SHERIDAN).

Texto. "La mayor vanidad que hallo entre los hijos de los hombres, es que no contentos con ser vanos en vida, aun procuran que haya memoria de sus vanidades después de la muerte." (FRAY ANTONIO DE GUEVARA.)

XIII

Los Murmuradores. A las primeras se descubren.

"Por lo común, el que más habla y murmura de los otros, es menos bueno que ellos." (BARALT. Dicc. de Galic. Hablar.)

"El que más habla, es el que más tiene por qué callar." (ACAD. Dicc. Hablar.)

"Los filósofos analizadores dicen que todo aquel que se la pasa hablando mal de sus semejantes, lo hace porque encuentra espantoso su propio sér moral, y quiere atenuar los gritos de su conciencia, solicitando ó inventando defectos en los seres superiores á él." (El Tiempo. Periódico de Caracas.)

"Si nous n'avions point de défauts, nous ne prendrions pas tant de plaisir à en remarquer dans les autres." (LA ROCHEFOUCAULD).

XIV

Los Suspicares y Maliciosos. Afectan estos seres en sus visajes una expresión muy marcada, que delata la innobleza que los anima.

Así como la perspicacia es de espíritus elevados, "la suspicacia sólo es propia de almas mezquinas."

Corolario de lo que antecede es, que los perspicaces difícilmente pueden descender hasta la suspicacia; y viceversa, los suspicares difícilmente pueden ascender ó elevarse hasta la perspicacia.

"De los necios vi muy pocos

Que no fuesen maliciosos :

E vi asaz de los locos,

Ser falsos é cobdiciosos.

Como estos vicios males

Requieren gran sotileza,

Maravilla es que los tales

Ayan parte de nobleza.

(FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, Proverbios.)

XV

Los Envidiosos. La envidia, ó tristeza del bien ajeno, no puede ocultarse.

"Los envidiosos se venden á sí mismos con los consejos que dan."

Cicerón en sus Oficios dice: "No hay cosa que tanto degrade al hombre como la envidia."

Júzguese, pues, si tal vicio dejará de marcarse, con caracteres indelebles, en la fisonomía de los desgraciados de quienes se apodera.

"La envidia no puede ocultarse. Ella acusa y juzga sin pruebas; exagera los defectos ajenos, y aplica calificativos enormes para las más leves faltas. La envidia es ciega, vehemente, insensata y brutal." (VAUVENARGUES.)

“¿Tiene la envidia algunas muestras exteriores? —No siempre: mas á algunos les apaga el color del rostro; les hace andar cabizbajos, mustios, sombríos, sin hallar cosa que les dé contento, como si sólo hubiesen nacido para vivir en perpetua angustia.” (JOAQUÍN LORENZO VILLANUEVA.)

“Todos los vicios halagan y atraen con el cebo de algún contentamiento; excepto la envidia, que sobre no darle, engendra íntimo pesar y asquerosa podre y desabrimiento.” (JOAQUÍN LORENZO VILLANUEVA.)

“La envidia es más irreconciliable que el odio.”
“El orgullo, la vanidad, sonrén; la lujuria, la gula, el robo, pueden sonrén; la envidia no puede. Pálida y enferma, traga su propia bilis; y está con ceño arrugado, siniestro, como la pintó el poeta latino, aplastada bajo la montaña del bien ajeno. Y si logra refr el envidioso, es con risa histérica y espantable.” (RUBÉN DARÍO.)

“Triste es observar que los más grandes hombres han tenido que ser víctimas desde el principio del mundo, de los espantosos estragos de la envidia; de esa pasión horrible que todo lo ensucia y contamina, y que con tetricos colores nos ha descrito el inmortal Ovidio:

“Pálido rostro, cuerpo descarnado,
Atravesada la vista, negro diente,
Hiel en el corazón, lengua bañada
En veneno mortal, risa ninguna;
Sino cuando se goza y se complace
Al ver ajenos males y dolores.”

(Discurso de don Gustavo Guzmán, en honor de don Andrés Bello.)

TIPOS PROFESIONALES

XVI

Asimismo en la fisonomía se revela la profesión ó oficio del individuo.

Una es la del militar, otra muy distinta la del sacerdote, aunque se presente en vestido seglar.

Una es la del médico, otra la del abogado, otra la del ingeniero.

El comerciante tiene la suya muy especial, que difiere de la del industrial y la del artesano.

En el gremio de artesanos se distinguen también entre sí la del albañil, carpintero, sastrero, zapatero, etc.

Uno es el tipo y la fisonomía del hombre inteligente; otros muy diversos son las del guapo.

“Una es la estofa de los héroes, y otra la de los hombres honrados.” (ALFONSO TOUSSENELL.)

Señales. “Generalmente llevan la frente erguida los audaces, los bribones y los fatuos; el mérito es siempre humilde.”

“Cuando la fortuna eleva á un hombre de repente, si el afortunado es necio, se yergue; si es discreto, se inclina.”

“La sencillez ingenua es rasgo distintivo de toda naturaleza noble.”

“Es virtud plena esa placidez que se nota en la fisonomía de todo hombre de bien.” [EDGARD QUINNET].

XVII

El *Boticario* (farmacéutico ó farmacéuta, como hoy por elegancia se dice). Es un carácter interesante, que merece especial mención por sus distintivos no comunes.

Es el boticario hombre circunspecto y parsimonioso, como quien lleva la balanza en la mano, pesándolo todo con escrupulosa exactitud; y atento á no cometer un error, cuyas consecuencias, podrían ser fatales. Tiene que ser infalible.

El boticario es hombre honrado por excelencia, y tiene conciencia del ministerio cuasi-sagrado que ejerce; condiciones éstas, como las antes expresadas, que se patentizan en su modestia y semi-sacerdotal fisonomía.

Sale poco de su laboratorio, que considera, y con razón, un santuario; y cuando por algún evento se le ve por la calle, es á paso diligente, como de quien está interesado en el pronto regreso.

Lo que difícilmente puede perdonárseles es la pretensión, generalizada en ellos, de sustituir al médico metiéndose á recetar; pero en esto mismo hay que confesar que lo hacen, por lo regular, desinteresadamente, y movidos de un sentimiento humanitario.

XVIII

Una observación. Individuos que tienen el aspecto, v. gr., de frailes, sin serlo ni nunca haberlo sido. Pues señor, resulta que participan de las pro-

piedades de tales; y por lo regular no de las buenas que en sí tenga esta profesión ó estado, sino de las malas que la malicia del vulgo les atribuye.

Y así en otros varios casos, sin que obste para ello que el sujeto venga de lejanos países.

Interesante y curioso sería trazar los rasgos característicos distintivos de todos y cada uno de los diversos tipos que hemos señalado, tal como lo hemos hecho en algunos; pero el aliento no nos alcanza para tanto.

Por otra parte, sabemos que el lector inteligente gusta mucho de que algo se deje á su penetración y perspicacia, y no se le diga todo cuanto pueda ocurrir y haya que decirse respecto al tema de que se trata; y mayormente cuando son de la naturaleza del presente.

CONCLUSION

XIX

Y por fisonomía, finalmente, se entiende, no sólo la cara que es su parte principal; sino también el cuerpo en general con todos sus movimientos y actitudes, los brazos, el aire de la persona, etc.

El timbre de la voz, por el cual se revelan muchas de las cualidades del individuo; y aun su edad y sexo, y la raza á que pertenece.

Si es calvo ó si no lo es; y en caso de serlo si usa peluca ó si cubre su calvicie con parte con el propio pelo, ó si la ostenta al aire.

Los cabellos y el modo de peinarlos, y si se tñen ó no se tñen. Todo eso entra á formar la fisonomía; y todo eso da indicios de lo que es la persona.

El vestido que se usa, el sombrero, el calzado, los dijos y prendas.

“Ultimamente, en el vestido leemos la avaricia ó liberalidad, la liviandad ó gravedad, lo honesto ó lo profano, la locura ó cordura de quien lo lleva.” (EL PADRE DELGADO.)

Más aún dice el adagio: “El vestido del criado dice quien es su señor.”

XX

A los hombres dotados de sentimientos elevados, les dice bien el sombrero de copa alta; y en virtud de esa relación íntima que existe entre el carácter y el gusto, no les agrada usar de otro.

A los que son siempre muchachos, les conviene cierta clase de sombreros que hay ligeros y apabullados ó de copa baja; y ellos precisamente gustan mucho de presentarse engalanados con tales. Y á este paso el lector curioso, que á bien lo tenga, podrá extender las observaciones á otros diversos tipos y formas; tales como el sombrero de los artistas: músicos, pintores. El sombrero de los marinos, del militar, del sacerdote.

Un capítulo especial se necesitaría para seguir enumerando las diferentes clases y formas de sombreros, y el carácter que cada una de ellas imprime á la fisonomía; y luego hacer las observaciones referentes á la concordancia ó correlación que esto guarda, con la profesión, el gusto y demás cualidades y circunstancias del individuo.

Dice el adagio: “Cabeza loca no quiere toca.”

XXI

“La mano forma parte de la fisonomía.....El iracundo cierra los puños en los momentos de cólera, y el enfermo en los trances de dolor; el hombre feliz la deja entreabierta; el de acción enérgica, obediendo á la tendencia normal de su pensamiento, la mantiene en distinto gesto que el manso espíritu. Y así sucesivamente.

“El hábito de tener la mano en determinada postura, acaba por producir y ahondar en ella surcos determinados; así se comprende que el estudio de la palma de la mano pueda servir para adivinar, ó mejor dicho, para determinar el carácter del individuo.” (WANDERER.)

En la mano, especialmente en su parte exterior, se conoce la edad de la persona, y como dijo Cervantes: “la fuerza del brazo que tal mano tiene.”

Pero hasta en la escritura ó forma de letra, se refleja el natural de la persona; y dícese que por ella puede descifrarse su carácter, sus aptitudes y demás cualidades. A este estudio se da, por sus adeptos, el nombre de *grafología*.

En la fisonomía se reflejan las afecciones ó impresiones transitorias del ánimo; tales como la alegría, el dolor; el agrado, la repugnancia; y el asco, el susto, la sorpresa, la admiración, la duda, el desdén, el estupor, etc.

Hay más todavía. En la fisonomía no sólo se patentiza el presente, sino que puede á veces rastreadse también el pasado.

¿Véis un anciano grave y venerable por sus canas? Pues en los trazos de su fisonomía leeréis si en su tiempo fue un libertino, ó si fue un mozo sensato.

XXII

El vulgo, ó sea la generalidad de las gentes, posee el dón de penetrar en las fisonomías y porte de las personas, mucho más y con mayor acierto de lo que ordinariamente se cree; á pesar de todos los disfraces y engañosas apariencias con que á veces se presentan, y de las múltiples complicaciones que en esta materia naturalmente se sobrevienen. De lo cual resulta que al mundo no se le engaña tan fácilmente, como lo piensa con frecuencia cada prójimo que adolece de alguna mácula, en cualquier sentido que sea.

B. RIVODO.

MISCELANEA



La mujer oso

La exhibición de lisiados y de monstruos, con el único objeto de satisfacer la curiosidad pública, no está justificada en manera alguna desde el punto de la estética. La compasión y el pensamiento de que esos infelices se exhiben sólo para ganar dinero y mejorar su situación es lo único que hasta cierto punto puede hacer apartar de nuestra mente la idea de la estética; y más aún si con semejante exposición se trata de dar á la ciencia materia interesante de estudio. Los antropólogos se empeñan especialmente en tales exposiciones de seres anormales; y el profesor Birchow, de Berlín, se entrega á disquisiciones científicas cada vez que aparece entre los humanos algún «monstruo digno de verse», como la llamada mujer oso, que por tanto tiempo se exhibió en el Castan's Panoptikum de Berlín. La sociedad antropológica de esa ciudad, que tuvo ocasión de ver repetidas veces en sus sesiones á la mujer oso, pudo examinar detenidamente la estructura original de los huesos de este monstruo. Recientemente se ha reconocido, con el empleo de los rayos Röntgen, que la configuración huesosa era completamente irregular y presentaba lo que llaman focomelia. Faltan por completo á la mujer oso la parte inferior de las piernas y de los brazos, de manera que tiene las manos en los codos y los pies en las rodillas. Sus miembros se asemejan á los del perro de aguas, y por eso tal vez dan á este estado del individuo el nombre de «Configuración de perro de aguas» (Focomelia). Los hombres de ciencia han visto ya algunos casos como éste, pero siempre los han considerado como incapaces de vivir, siendo la mujer oso la primera prueba en contrario de sus asertos. Las conferencias y los estudios promovidos por la sociedad antropológica con motivo de la mujer oso han disipado la sospecha sugerida por la policía de Dresde de que su estructura anormal pudiera ser consecuencia de raquitismo. La policía quiso prohibir la exhibición porque no se trataba de imperfección sino de una enfermedad que se exponía al público; pero la ciencia ha venido á librar á la mujer oso de la errónea sospecha y los empresarios continúan exhibiéndola.

La fotografía y los torpedos

El torpedo que se usa en la guerra moderna es una máquina complicada y costosa, que lanzada desde abordo de un buque ó bote, se propela por sí misma bajo el agua con una velocidad de treinta millas por hora, y que cuando finalmente da con el blanco, revienta automáticamente una carga de algodón pólvora, con suficiente fuerza para agujerear el casco del buque mejor blindado.

Es natural, por lo tanto, que un destructor de tan tremenda importancia, se comprenda y conozca bien á fondo, pero hasta hace poco, su marcha al través del aire y del agua era desconocida hasta de los peritos, excepto de una manera vaga é incierta, sugerida por la

NUESTROS GRABADOS

España y los Estados Unidos

Un inmenso escenario, á cuyo linde se asoman cuantos fueron pueblos é imperios en la historia; el tablero elegido por los dioses errantes y los héroes airados para librar á la pujanza y la constancia el dominio de la tierra; el gran catálogo á donde va á buscarse la historia de los siglos y el destino de las razas: Césares, filósofos, dramáticos, épicos, que hicieron honra, gloria y orgullo del nombre latino; así habla á la humanidad el nombre de España, en las tablas sacras en donde se esculpieron las palabras que se vio obligada á pronunciar la civilización de dos continentes cuando quiso pasar del África y del Asia á Europa y Occidente. "Ni la captó el cartaginés, sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano, sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos." Indomables y nunca atomizados sus hijos, vinieron al sepulcro del sol tras sus huellas, á saber y decir al mundo en dónde estaba la cuna del porvenir, esta América rebelde. Eran los mismos hijos de la madre que tenía el corazón henchido de los recuerdos de tantos climas y parajes por donde vinieron á las orillas del Betis y á las montañas de Asturias y á los escarpados del Cántabro los progenitores de esta última riza de oradores y guerreros y poetas; sobre sus hombros la presión de los seculares arreos; y en la mente melancólicas siluetas de castillos señoriales y torres moriscas y góticas catedrales; y en los oídos rumor muriente de festines y torneos.

Sobre las almenas de sus tradiciones de siglos, arrogante y fiero y audaz, el pueblo español reta y combate hoy con otro también grandioso y granite.

Los Estados Unidos nacen bajo la más inglesa de las reinas británicas, la última Tudor; á las orillas de sus ríos competidores del océano, el Mississippi y el Ohio y el Hudson, van aquellos terribles puritanos de la raza de Cromwell, que merecen que Locke sea su legislador; la más leve repulsa que á este eterno y único derecho de la excelencia humana y la representación popular dio en el Parlamento inglés ese otro ultrajante derecho de la conquista, fue bastante á que este pueblo austero de marinos y agricultores cambiase los renos y la hoz por las teas y el fusil; y desde Filadelfia hasta Boston, y de aquí á Trenton y Saratoga y York-Town, una serie de victorias irrecutables fundó la confederación admirable bajo cuya bandera de redención vienen á solicitar amparo todos los perseguidos, sustento los que padecen hambre y sed, hogar inmenso y generoso y admirable todos los desvalidos que peregrinan por la tierra. "Mirad el tipo eterno de sus fundadores. Alto, nervudo, fornido, rubio como un Hércules de Rubens, ha arrancado su personalidad avasalladora á una iglesia intolerante y á una aristocracia formidable, para lanzarse al mar en débil esquife, y después de haber navegado titánicamente, allí donde parece que la tempestad está eternamente en los cielos y la tormenta eternamente en las aguas y el huracán eternamente en los aires, entre nieblas espesas como noches sin fin y entre bancos de hielo como flotantes montañas, ha desembarcado, cual un aborto de las féridas olas, no en aquella naturaleza tropical donde sólo se necesita respirar para vivir, sino en clima agrio, en playas inhospitales, y ha cogido su Biblia de cuáquer bajo el brazo, su hacha de explorador en la mano, y se ha ido en compañía de su libertad y su conciencia á hollar con su planta los desiertos nunca hollados, á tender en la virgen corriente del profundo río el árbol derribado por su esfuerzo, á abrir violentamente en batalla enorme con las parásitas y con los brutos la selva primitiva, á fundar allí una sociedad, donde no sea necesario enagenar ninguna de las libertades indispensables á nuestro sér, porque toda ella está cimentada en la naturaleza y toda ella ha nacido del trabajo."

En esta edición reproducimos los retratos de los directores de ese gran duelo internacional que ahora rifen dos pueblos sintéticos de dos razas formidables: los soberanos de España, la Reina Regente y Alfonso XIII, el señor Sagasta, jefe del Gobierno y Mr. Mac Kinley, Presidente de los Estados Unidos. Así como los buques que forman la armada americana, reservándonos para el número próximo la reproducción de los principales de la escuadra española, que es la más numerosa.

A la puerta del vigésimo siglo, ambos gladiadores pueden decir al mundo,—parodiándolas, —las palabras de Vespasiano: *Los emperadores deben morir de pie.*

Doña María Cristina y Alfonso XIII

Pocas líneas son suficientes para pintar el carácter de la Reina Regente.

Una de las sorpresas más fuertes recibidas por el Ministerio Español—dice una revista inglesa—sucedió cuando, á la muerte de Alfonso XII, la Reina Cristina rehusó aceptar la renta anual de 300.000 pesetas que de derecho le correspondía. Tal acto era sin ejemplo en la tierra de las poéticas serenatas y de las corridas de toros. Cristina dijo á sus Ministros que ella creía que España no estaba en situación de pagar á la vez al Rey y á la Regente. Por tanto, "Bubi," oficialmente Alfonso XIII, que acaba de cumplir doce años de edad, recibe del tesoro real 1.400.000 pesetas al año; 100.000 y 50.000 sus hermanas la Princesa de Asturias y la Infanta María; y nada, absolutamente, la Reina Cristina.

¿Hereditará el joven Rey la generosidad y el desprendimiento de su madre?

En no lejana ocasión el pueblo español temió que el disgusto de la Reina por las corridas de toros pasara á su hijo. La primera vez que éste presenció el espectáculo nacional de la Península, lloró asustado; pero el querer del pueblo venció al fin, y el Rey ha aprendido á tener gusto por la fiesta del circo.

Se cree que la Corte Española es la más ceremoniosa del mundo. Sin embargo, Cristina educa á su hijo con mucha sencillez y poca gravedad; y así se le pudo ver en el último verano vestido con un flux blanco, á la marinera, jugando descalzo en la playa.

En uno de esos días, fue cuando el célebre novelista francés Pierre Loti, á través de una barquilla el Bidaxoa para contemplar á la Reina. Loti,—dice la prensa europea—tan famoso escritor como gran marino, acaba de ofrecer sus servicios al Gobierno español, con motivo de la guerra provocada por los Estados Unidos, y se hecho le da oportunidad á la siguiente página del autor de *Madame Chrysanthème*. Dice Loti:

Vivo en Francia, pero de las ventanas y azoteas de mi casita medio bañada por el Bidaxoa, especie de balcón volado hacia España, se ve y se oye todo lo que sucede en la otra orilla no francesa.

Hoy, por ejemplo, un día como otro cualquiera, en pleno esplendor de verano, siento de pronto como que hay agitación inesperada en las campanas de allende: repiques y repiques, como para las fiestas más solemnes, en las iglesias de Fuenterrabía y de Irún y en los monasterios vecinos....ahora es el pabellón nacional de lista amarilla sobre fondo rojo elevándose rápidamente en el castillo de Juana la Loca, con sus vivos colores que se destacan sobre el verde oscuro de las montañas, y además, las barcas francesas parten apresuradas en dirección de Fuenterrabía, cargadas de gente como para asistir á un espectáculo.....

—¿Qué novedad hay?.....pregunto desde mi ventana á uno de los barqueros.

—¡La reina! ¡La reina de España! La vamos á ver pasar!

Yo sabía, en efecto, que todos los veranos venía de San Sebastián la reina regente en peregrinación de pocas horas á la vieja Fuenterrabía.

—¿Y por qué no he de ir yo también á ver pasar la reina, confundido entre la multitud de pescadores y aldeanos?

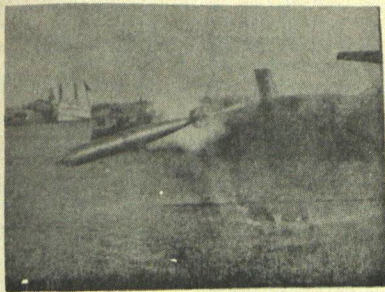
Bajo en seguida á ocupar puesto en una de las festivas barcas, casi llena de mozos y muchachas, que, felices y expansivos, expresaban sus sentimientos en una de las lenguas más antiguas y misteriosas del mundo, con las *erres* fuertes y sonoras, propias de las palabras vascas.

Diez minutos en este Bidaxoa, sobre sus aguas lentas y dormidas, en la hora de la marea alta, bañados por la deslumbradora luz del mediodía, y llegamos á la orilla española, al muelle desierto de Fuenterrabía.

Dicen las muchachas que ya tal vez es tarde; que la reina va á salir de la iglesia y se marchará en seguida, y que por lo tanto es preciso correr.....

Reuniendo fuerzas empezamos á trepar ágilmente por aquellas calles, dejando atrás sus casas tristes y arruinadas, vestigios de la edad media, hasta encontrarnos en la antigua calle de los Caballeros, al lado de la iglesia, cuyas paredes, como las de una fortaleza, ostentan magníficos blasones.

Tarde es, en verdad, pues apenas tenemos tiempo para descubrirnos, abrir los ojos deslumbrados por el sol y ver á la reina que pasa, ligero, muy ligero, en carretela descubierta, tirada por mulas á todo correr. No bien se ha visto, apenas se ha reconocido, cuando ya desaparece en fuga precipitada, llevando junto á ella al rey niño, quien por medio segundo vuelve los ojos atrás para fijar una vez más en la iglesia su mirada profunda. Y ella, vestida con



condición y posiciones del mecanismo al ser recogido después de su trayecto.

Este problema ha sido resuelto por un oficial de la marina, Teniente Fletcher, con la ayuda de fotografías, y su método es tan sencillo y directo que ahora todo el mundo se sorprende de que á nadie se le hubiera ocurrido la misma idea. Es la antigua historia de Colón y el huevo.

Con las fotografías de Fletcher se ha obtenido una historia gráfica del torpedo, partiendo desde el momento que el impulso de los gases comienzan á despedirlo del tubo de descarga, hasta el instante final cuando flota inocuo sobre el agua, al fin de su trayecto. La fotografía muestra un torpedo en el aire,—entre viento y agua como dicen los marinos—en aptitud de dar la primer zabolida. El extremo del tubo de descarga se ve á la derecha, y el bote torpedero se ve en mitad del primer término del grabado. Aun cuando estos pormenores no tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa, es sin embargo interesante notar la claridad de los detalles en las paletas del hélice, que están girando á razón de 400 revoluciones por minuto.

¿Ahora bien, qué nos dice esta fotografía de las "fállicas" del torpedo?

El torpedo propio es la escala de medida, y es 11 pies, 8 pulgadas de largo. Al examinar la fotografía vemos que la nariz del torpedo ha hecho un trayecto de proximamente 22 pies, y que en esa distancia el torpedo ha caído verticalmente á cerca de 4 pies.

Sabemos que un cuerpo cae por gravedad 16 pies en un segundo. Por lo tanto el torpedo ha caminado 22 pies en medio segundo, que es á razón de 44 pies por segundo, ó 30 millas por hora.

También la inclinación del eje del torpedo en contraste con el horizonte, se obtiene en seguida de la fotografía, y como se descubrió inspeccionando una serie de fotografías del torpedo en su trayecto que este ángulo no era constante, sino que instantáneamente aumentaba, ésto es que el torpedo giraba verticalmente alrededor de su propio eje transversal, la velocidad de esta revolución se dedujo fácilmente, y desde luego también el ángulo en que el torpedo entraba en el agua, ó sea el "ángulo de zabolida." Como este ángulo de zabolida es la influencia dominante sobre el comportamiento de un torpedo en su trayecto subsecuente por el agua, esta solución resultó ser de grandísima importancia.

Finalmente, por fotografías tomadas al momento de la zabolida se descubrió un hecho muy curioso. Tan pronto como la cabeza del torpedo toca el agua, su movimiento de revolución cambia en sentido contrario, y en lugar de seguir la cabeza en su curso hacia abajo, se para, y tira hacia arriba, y vuelve la cola para abajo.

De este modo con la ayuda de fotografías se averiguó que el torpedo tiene tres movimientos positivos de translación—lateral, vertical, y circular. Con simples reglas matemáticas, y la aplicación de las leyes de gravedad, se analizaron estos movimientos y se fijó su influencia sobre el ángulo de zabolida, poniendo de esta manera al oficial en aptitud de colocar el tubo de descarga en la posición más conveniente para conseguir el ángulo de zabolida que más favorezca el caso. En todas las aplicaciones importantes de la fotografía en asuntos navales, no sé de ningún otro caso en que preste tan buenos servicios como en el uso de los torpedos.

ALBERTO GLEAVES

Teniente de la marina americana



tanta sencillez, reina al uso moderno, que exige de los soberanos la mayor semejanza con sus súbditos, es sin embargo tan reina por su aspecto, que sería imposible la confusión en este caso particular.

Involuntariamente me río al pensar en el desengaño de mis compañeros de barca, que habían venido de nuestra Francia donde ya no hay reyes, sin duda con la esperanza de admirar un lindo vestido recamado de oro. En verdad que esa nivelación que todo lo arranca, usos, costumbres, tradiciones, pompa y esplendor, tiene que notarse aun más aquí, en esta decoración tan intacta del pasado español, entre los muros sombríos de las casas señoriales, y bajo el repique de honor de las campanas de otros días.....

Ya desaparece el coche real al extremo de la antigua callejuela,—y allí están todavía en fila campesinos y pescadores cerca de la iglesia, con el gorro en la mano, sin querer cubrirse, sin atreverse á levantar la voz ni á hacer un movimiento, como sucede después de alguna emoción religiosa. Carlistas todos por tradición antiquísima; empero sientese que, aun para esos mismos, la soberana y madre que acaba de pasar, grave y sencilla con su modesto vestido, impone simpático respeto por el solo encanto de su presencia.

El Presidente de los Estados Unidos

Toda la atención de los gabinetes está concentrada en estos días en el Presidente de los Estados Unidos.

M. Mac-Kinley, de origen escocés, como lo indica su nombre, nació en 1844 en el Estado de Ohio, de modo que tiene cincuenta y tres años. Físicamente es un robusto gentleman, de elevada estatura; de mirada fija y penetrante, signo de resolución; de frente ancha, barba cuadrada, y nariz algo voluminosa. El conjunto de su fisonomía denota energía. Mac Kinley se parece bastante á Napoleón I.

Acababa de terminar sus estudios cuando estalló la guerra de secesión; contaba entonces diez y siete años, se alistó en una compañía de voluntarios y siguió toda la campaña. A los cuatro años alcanzó el grado de mayor de infantería; mas no teniendo grandes simpatías por la carrera militar, prefirió la vida civil.

Se graduó de abogado y entró en la magistratura, figurando algún tiempo como procurador, hasta que seducido por la política, logró que los electores de Ohio le nombrasen diputado. Fue muy notable y admirada hasta en Ultramar la campaña que llevó á cabo contra el alcoholismo, haciendo propaganda activa en favor de las sociedades de temperancia. Partidario del proteccionismo americano M. Mac-Kinley es, como sabemos, el autor del famoso *bill* que lleva su nombre y que le valió su elección á la Presidencia de los Estados Unidos.

M. Mac-Kinley casó hace veinticinco años con miss Ida Saxton, hija de un banquero de Cantón. Tiene un hermano que es reputado como uno de los mejores abogados de New York.

Sagasta

Gabriel R. España, donoso escritor madrileño y juriconsulto de nota, en sus *Fotografías íntimas* pinta á Sagasta de esta manera:

Si no tuviese ya muy justamente adquirida fama de gran político, y ésta no se hallase sancionada por sus amigos, que le acatan y reverencian como indiscutible jefe del partido liberal, ¿qué sería Sagasta? Nadie lo sabe, ni quizás él mismo.

Cualquier atento observador, sin sentar plaza de *hierofante* misterioso, puede descubrir en casi todos nuestros ilustres hombres una doble personalidad, una varia y singular conjunción de aptitudes.

Se les conoce tal cual son actualmente, y tal cual hubieran sido de no seguir los hechos determinado proceso. De no ser Castelar la primera figura oratoria del país, hubiera sido siempre uno de sus más grandes literatos; de no ostentar Echeegaray timbres de gloria en la dramática moderna, siempre admirarían las futuras generaciones al matemático peritísimo; si no consideráramos á Cánovas estadista genial, siempre nos quedaríamos con el sociólogo, el historiador, el filósofo; en una palabra: con el sabio.

Sagasta no ofrece tales aspectos. Dentro de él no cabe más que el hombre de Estado.

Hasta el punto de que si en política es una verdadera eminencia, en distinta esfera no hubiera alcanzado seguramente tan grandes y merecidos prestigios.

Semejante juicio pecará de osado, pero es exacto. Todas las facultades intelectuales de Sagasta, que son extraordinarias, han ido á converger en una sola dirección y á concentrarse en un solo punto. De aquí sus incomparables condiciones de gobernante.

Tiene el dón de la suprema habilidad. De otra suerte, no hubiera podido mantener firme la disci-

plina de su partido, de estructura bien compleja. Pero en donde se revela con toda amplitud la agudeza de ingenio que le caracteriza, es en la polémica, cuando en el Parlamento discute con muy fuertes adversarios los asuntos más graves y dificultosos. Las contorsiones que obliga hacer á sus frases, la elasticidad de sus argumentos sutiles y oportunos, recuerdan á Arlequín y Pierrot, que dan al sombrero blanco tantas vueltas, que hacen de él un trompo, un barco, una media luna, un pez, un látigo, un puñal, un niño y una cabeza de hombre.

Es de ver cómo en algunos de sus discursos disfraza ingeniosa y delicadamente la ironía ó la burla (*carientismo*) al relatar un picante y oportuno chascarrillo.

Pero ésta y otras cualidades que le distinguen, y que le han valido una de las más originales reputaciones, forman parte de su vida pública, ya bastante divulgada por la prensa.

Nosotros sólo pretendemos estudiar ligeramente su vida íntima, poco conocida, por más que no pertenezca al número de las que se hallan sustraídas á la pública curiosidad.

* * *

Es de regular estatura. Su idiosincrasia hepática y el color bilioso, son las notas distintivas de su organización fisiológica que primero saltan á la vista.

La cara enjuta, dos ojos saltones, de mirada penetrante, y la frente espaciosa y despejada, son signos exteriores de su inteligencia clarísima y de una sagacidad poco común.

—A la media hora de conversación, nos decía un diputado liberal, dan ganas de tratar á Sagasta de tú y decirle: «Oye, chico, vamos al Congreso juntos.»

Su carácter afable y bondadoso no tiene límites. No hay otro político ni más sencillo, ni menos autoritario. Habla ordinariamente muy poco y con mucha llaneza.

La casa de Sagasta no tiene de casa particular más que el aspecto. Por lo demás, aquello es todo menos hogar tranquilo é independiente, casino, club, salón de conferencias. Cualquiera llama á la puerta, entra, le saluda, toma asiento á su mesa, se sirve café y después habla de la cuestión política del día.

Por eso Moya, recordando una frase célebre del marqués de Salamanca, dice que Sagasta más de una vez ha podido exclamar, mientras se ponía la corbata ó se abrochaba de prisa los botones del chaleco: «Antes habían entrado aquí muchos que no conocía yo; ahora ya vienen algunos que ni siquiera me conocen á mí.»

Se levanta temprano. En esto coincide con casi todos nuestros hombres de mérito. «Al que madruga, Dios le ayuda», dicen por ahí las gentes, y tienen razón. El triunfo *justus reservé* para los haraganes que duermen hasta *post meridiem*.

Después de un ligero desayuno, recibe á los amigos y correligionarios y á las comisiones y entidades que le visitan. No se preocupa para nada del traje que tiene puesto. A esa hora se le encuentra envuelto en larga bata de no muy buen uso. Su dejadez y abandono en la indumentaria son proverbiales. Cuéntase que en San Sebastián se tomó en cierta ocasión el siguiente acuerdo para una reunión de periodistas: «Abrir una suscripción para regalarle un sombrero hongo al presidente del Consejo de Ministros»

Se sienta á la mesa á la una, y come lo que le dan, sin reparar si aquello satisface sólo un deseo ó es realmente nutritivo.

No sacarle de su habitual pitanza, porque es perder el tiempo. Dice, como Balzac, que un pedazo de pan moreno y un cántaro de agua calman el apetito de todos los hombres. Por eso, poco le importa que la civilización haya inventado la gastronomía.

Por la tarde descansa un rato, recibe algunas personas, despacha su correspondencia y da el consabido paseo por la Moncloa acompañado de alguno de sus deudos.

Llega la noche, y cena muy poco. Tiene que hacerlo en público, porque ya á esta hora los amigos asaltan el comedor, formándose animada tertulia que suele durar hasta las once ó las doce.

Nunca frecuentó el teatro, y menos ahora, en que irreparables desgracias de familia le han alejado de todo sitio de recreo y esparcimiento. Tampoco ha mostrado jamás afición á los salones ni á las reuniones del *gran mundo*.

Como se ve, su vida íntima es modestísima.

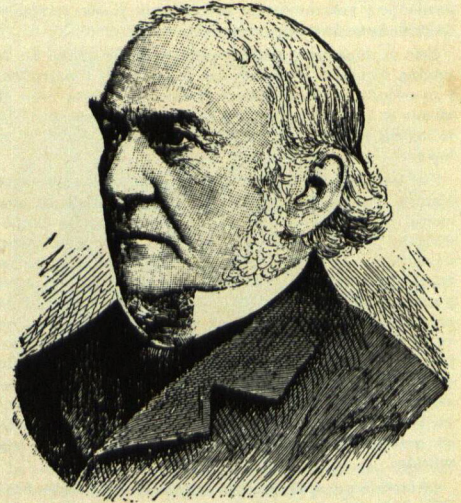
No tiene banquero, ni le hace falta. Vive de lo que gana, y todo la que gana lo necesita para vivir.

Su elevada posición política, lejos de haber servido para enriquecerle, es la causa de su pobreza. Cuando se ocupan ciertos puestos de honor, se gasta sólo en propinas lo que á muchas familias basta para todas sus necesidades.

Todo el mundo conoce su *debilidad* de refregarse la barba con la mano.

Muchas veces lo ha pintado la caricatura en esa actitud, mientras con cara socarrona escucha lo que le dicen ó contempla impassible al que le combate.

Cualquier médico atribuiría tan particular costumbre á una *dermalgia* más ó menos intensa, pero no hay tal cosa; cierto escritor amigo nos ha revelado el secreto: Sagasta no se rasca ni aun porque le despierte la reflexión este ejercicio, sino porque le pica la piel sencillamente.



M. William E. Gladstone

Rendido bajo el peso de los años falleció en la mañana del 20 del mes próximo pasado el notable estadista inglés Gladstone. Empresa difícil la de resumir en pocas líneas la vida del eminente personaje que por tanto tiempo ha ocupado la atención del mundo, ora á la cabeza del ministerio liberal inglés, ya figurando en las filas de la oposición, pero siempre entregado por completo al servicio de su país, al que consagró todas sus energías desde temprana edad.

Nació en 1809 en la ciudad de Liverpool, hizo estudios brillantísimos y apenas graduado en 1832, entró en la carrera parlamentaria, donde llamó la atención de sus colegas con sus discursos llenos de vigor y entusiasmo.

En 1835, figurando en la oposición, atacó duramente la política de Lord Melbourne, é intervino en una cuestión religiosa que por entonces dominaba todos los espíritus. Manifestó sus ideas en un libro titulado: «El Estado en sus relaciones con la Iglesia», en el cual sostenía el principio, fuertemente combatido por Macaulay en la *Revista de Edimburgo*, de que, así como el hombre tiene sus deberes para con Dios, independientemente de sus deberes para con la sociedad, del mismo modo el Estado, que debe asimilarse al individuo, ha de tener una religión y seguir la prácticas de ésta, rehusando su ayuda á toda otra que no sea la del Estado, y bien que sin valerse de persecuciones ni penas legales, excluyendo á sus miembros de todo empleo civil y de las distinciones nacionales.

Nombrado en 1847 representante en la Cámara de los Comunes por la Universidad de Oxford, honor que se disputan aun los más ilustres estadistas, ocupó su puesto en la dirección del partido liberal conservador, mas no satisizo del todo á sus comitentes por cuanto dio su voto á varios proyectos que estaban en completo desacuerdo con las ideas de aquella Universidad; presentó en 1852 una sabia y luminosa refutación del sistema financierista de los tories, y al aceptar la cartera de las colonias, puesto que ocupó por segunda vez en 1859 en el nuevo ministerio liberal, dispuso las más útiles combinaciones para llegar al equilibrio del presupuesto, sin aumentar los derechos, combinaciones que fueron celebradas generalmente en Inglaterra y en toda Europa. Se hizo notable como liberal avanzado, y él mismo pensaba ya en renunciar á la representación de la Universidad de Oxford, que siempre había sido confiada á diputados tories, cuando con sorpresa general se vio rechazada su candidatura por dicha Universidad, siempre fiel á las tradiciones conservadoras. Pasó entonces á representar al South Lancashire en el Parlamento.

Muchas alternativas tuvo que sufrir en su larga carrera pública como miembro del ministerio liberal, que no lograba sostenerse por largo tiempo en el poder; y en diversas ocasiones tuvo que dimitir para ceder el puesto al ministerio tory, encabezado por Lord Derby y Disraeli.

Llegó el año de 1870 y M. Gladstone, jefe entonces del gabinete liberal, hizo los mayores esfuerzos para que el sentimiento público inglés no se interesara en los conflictos europeos, y prevaleciera una política de completa neutralidad, que no dio los mejores resultados para el país. Los momentos eran conflictivos también para Inglaterra: los cuidados que reclamaba la reorganización interior del Reino Unido absorbían por completo a M. Gladstone; la agitación irlandesa cada día más fuerte, la opinión pública que quería obligarle a presentar el bill que reorganizaba el ejército, y la coalición de odios aristocráticos, determinaron graves crisis en el ministerio, dando lugar a M. Gladstone para manifestar en numerosos meetings sus propósitos de abstención absoluta en la política exterior y su programa de reforma social en el interior.

La influencia política y la estabilidad del gobierno presidido por M. Gladstone se vieron en esa época seriamente comprometidas, tanto por los asuntos interiores, según ya dijimos, como por las interminables negociaciones del Foreign Office con el gabinete de Washington, á más de la guerra contra los Achantis, incidentes que explotaba á su gusto el partido conservador y que obligaron al jefe del gobierno á presentar su dimisión. Al separarse del poder, en un discurso que pronunció en Birmingham, hizo la apología del gabinete liberal con las siguientes bellísimas palabras, que deberían poder repetirse con satisfacción todos los gobernantes en igualdad de circunstancias:

"El ministerio liberal se aparta de los asuntos públicos con honor; deja un excedente en los ingresos sobre los egresos que no ha tenido ejemplo hasta hoy; el país está satisfecho; el comercio prospera; los salarios llegan á una altura que nunca habían alcanzado; el pauperismo disminuye rápidamente; la nación está en paz con todo el mundo; el ejército y la marina se sostienen bajo bases más sólidas y potentes que antes. En semejantes condiciones es preferible la derrota á la victoria."

Entregóse inmediatamente á los trabajos que antes habían sido más de su agrado: los asuntos religiosos y estudio de la literatura antigua; y cuando le volvieron á llamar para que se pusiera nuevamente á la cabeza del partido liberal, contestó en una carta pública dirigida á Lord Granville que "á la edad de sesenta y cinco años, después de cuarenta y dos de vida pública, se consideraba con derecho para retirarse."

Empero el hombre que había tomado tanta parte en la política de su patria, que había dedicado toda su existencia á servirla en las situaciones más difíciles, no podía abstraerse del todo con sólo reclamar sus derechos; su propio corazón le llevaba á la lucha; se necesitaba su palabra de fuego que ejerciera acción decisiva en el gobierno inglés ante el conflicto sangriento de Grecia con Turquía. La guerra con el Afghánistán que pudo haber acarreado la pérdida del imperio de las Indias, la de los Zulús en Africa y los disturbios de Irlanda fueron otras tantas causas que obligaron al jefe del partido liberal á salir de su retiro, dándole armas contra el nuevo ministerio.

Tenaz fue la lucha durante todo el período electoral, pero al fin coronada con el triunfo; obtuvieron la mayoría los liberales y Lord Beaconsfield, que era entonces el ministro, tuvo que ceder el puesto á su adversario.

Uno de los asuntos más graves que se llevaron á cabo en esta nueva etapa de su gobierno fue la ocupación del Egipto, so pretexto de contener las ambiciones de Arábi, y sin que ninguna de las potencias europeas opusiera resistencia. La escuadra inglesa bombardeó á Alejandría, se dirigió al Cairo y se apoderó del país, quedando éste y el Khedive bajo el protectorado inglés, acto de usurpación que no sirvió ni para pacificar los pueblos vecinos, ni para impedir las revueltas de las tribus árabes del Sudán, ni los progresos del Mahdí, ni los desastres del general Gordón en Khartoum.

Mucho tuvo aún que luchar el gabinete Gladstone en los asuntos con Rusia y con Turquía; pero lo que trajo al fin su caída definitiva fue la política interior. Rechazado por la Cámara un proyecto suyo, presentó su dimisión y fue reemplazado por el marqués de Salisbury.

La reina le ofreció el título de par que él no aceptó, para dar á entender que no obstante su edad avanzada no renunciaba á la política militante.

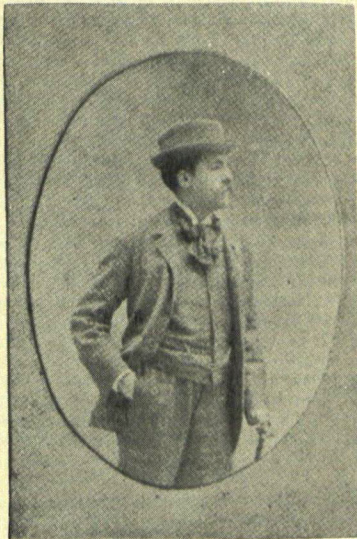
Con más ardor que nunca se lanzó otra vez á la oposición el infatigable anciano; volvió á trabajar por la autonomía de Irlanda; y desplegó en viajes, meetings, elecciones y entrevistas políticas una actividad sin precedente, sosteniendo siempre la causa del liberalismo inglés y la independencia de Irlanda.

El octogésimo aniversario del "Great old man" (El gran anciano) como le llaman los ingleses, fue celebrado como fiesta nacional, en la cual tomaron parte el Parlamento, la Corte y las personalidades políticas de todos los países.

En 1890 festejó también con gran solemnidad sus bodas de oro.

Como orador se hizo notable por su talento de exposición, por la autoridad de su palabra y la pureza de dicción; sus compatriotas dicen de él que trataba los asuntos como "la décima musa."

Existencia honorable, vida verdaderamente activa de este ilustre anciano, que con constancia y tenacidad inquebrantable hizo cuanto pudo por el engrandecimiento de su país y por el triunfo de los principios liberales, sin amedrentarse nunca ante los obstáculos que se presentaban para la realización de su ideal político.



Reinaldo Hahn

Se complace EL COJO ILUSTRADO en presentar el retrato del señor Reinaldo Hahn, joven venezolano que á los 23 años de edad obtiene un bello laurel, por su aplaudida ópera *L'Île du Rêve*, escogida por Mr. Carré para inaugurar la nueva dirección de la Ópera Cómica de París. Cumple así el maestro, sucesor del malogrado Mr. Carvalho, su promesa de prestar mano amiga á la juventud estudiosa.

Aún están fresco los laureles que conquistaron Acosta Ortiz y Dominici en la Facultad de Medicina de París; y Michelena y Rojas en el Salón de los Campos Eliseos; y ya otro joven de talento, tan estudioso como aquellos obtiene triunfo espléndido y une su nombre al de los veteranos del arte francés que han dado días de gloria á la segunda escena lírica de Francia.

Pero ¡ah dolor! el nuevo adalid del arte no será nuestro! le perderemos como á Gaspar Marcano á quien la ciudad del Sena ofrece campo más amplio á su saber que el que ofrecer pudiera la ciudad del Guaire, que le ve desde lejos con el eterno cariño de Madre.

Hahn, se ha negado á tomar carta de nacionalidad francesa y por esto no pudo optar al Premio de Roma. Marcano se negó también cuando se lo propusieron para el concurso de Cirujano de los Hospitales de París. Almas nobles á quienes la grandeza de triunfo mayor no ciega al punto de repudiar la tierra hermosa que les vio nacer.

El libreto del idilio *L'Île du Rêve* tomado del *Mariage de Loti*, le fue presentado á Hahn por los autores los señores André Alexandre y Georges Hartmann. Al decir de los críticos, la música de *L'Île du Rêve* tiene la belleza y la melancolía de los primeros trabajos del maestro Massenet y la voluptuosidad americana que encarna el argumento.

Hahn fue durante nueve años discípulo de Massenet en el Conservatorio de París, y mereció el honor de formar entre los tres discípulos favoritos del distinguido autor de *Manon*.

L'Île du Rêve triunfó sobre 11 particiones presentadas al concurso, firmadas por Th. Dubois, Paladilhle, Salvayre, Widor, Puget, Carpentier y otros, ya de nombre en el mundo del arte.

EL COJO ILUSTRADO engalanará próximamente su sección musical, como un obsequio á los amantes del arte venezolano, con la cantinela del primer acto

Restons encore les pauvres mi-clos que ha sido una de las partes más aplaudidas por los críticos.

En seguida publicamos un extracto de lo que el señor Pierre Loti publicó en la Revue de París acerca de *L'Île du Rêve*:

La representación comienza... En el rumor agonizante de la muchedumbre la orquesta preludia. Algo dulce y á la vez extraño se desprende de los arcos de los violines. Se diría una música venida de lejos, cubierta de brumas, de pasado y de lejanías...

Se levanta el telón, el banal telón rojo, y de pronto, el encanto que para mí parecía ascender, se desvanece y cae. Sin embargo la decoración es bella; lo mejor que pudo hacerse con los miserables medios del teatro, un poco de tela, un poco de pintura y lámparas á guisa de sol ó de luna. Ahora sonrío contemplando los tahitianos que á primera vista me comunican la impresión de una mascarada: conengo en que, más ó menos, es eso, pero le falta algo esencial.

No obstante, hé aquí, con su palidez oscura y el cerco azulado de sus ojos á la joven que representa á Rarahu; arrastra su túnica ligera y lleva en el cabello una flor de hibiscus rojo, colocada por cima la oreja, á la moda de allá abajo... En seguida la tomo en serio: qué artista tan profunda debe ser esa joven, que no llega á los veinte años, para haber alcanzado ese no sé qué de exótico, ese velo de misterio y de languidez!... Y la orquesta continúa su encantación lejana que, poco á poco, y más y más, transforma las telas pintadas en visiones de ensueño...

Entrada de la princesa Orena y de las damas de la Corte, acompañadas de oficiales de marina, de uniforme. Entonces me lleno de tormento y de impaciencia. Con mis ideas militares—ridículas y anticuadas, si se quiere—encuentro que eso es chochante y me sublevo.

Además, había olvidado por un instante, en el arrullamiento de la música, que desde esta mañana, no formaba ya parte de ella, de esa marina que tanto he amado; á la aparición de esos uniformes me acuerdo de repente: me es infinitamente doloroso ver esas chaquetas blancas con galones de oro que me recuerdan el servicio de las colonias, ó bien, el recuerdo de tierra en el viejo cuartel apacible de mi puerto durante los días colorosos de los estíos de Francia; todo un pasado de juventud y de sol se evoca en mí al aspecto de esos trajes blancos, todo un pasado para mí desaparecido, irrevocablemente desvanecido como en la muerte... Me retiro, me oculto más en un escondrijo sombrío—detrás de la soberana que me ha acordado el honor de admitirme en su palco, y quien adivina y comprende mi sábita angustia.

Ahora, en la escena, la luz disminuye y la decoración parece que gana en profundidad. Por la magia de la música, un misterio de *allá abajo* continúa espurciéndose por entre esas telas pintadas que pretenden imitar la selva polinesiana. El cortejo de la princesa Orena se ha ido. Las muchachas de Tahiti, que en la penumbra causan impresión, rodean á un aspirante de marina á quien han detenido ellas, y que *vagamente siendo torriarse en otro yo*—un yo de ahora veinte ó más años,

Viene la "escena del bautismo," y su música es tan lánguidamente encantadora que llego á escuchar en ella, casi sin experimentar tormento alguno, la voz de la joven de las flores de hibiscus pronunciar mi nombre por primera vez. Entonces cierro los ojos para ver nuevamente en mi interior—oh! y con qué melancolía inexpresable!—la escena verdadera de ese bautismo, allá abajo, más allá de los mares, demasiado lejos en el fondo del espacio y muy distante ya en el fondo del tiempo. Como bajo capas de ceniza es que vuelvo á encontrar todo eso, los rostros y las formas, los olores, el enervamiento asombroso de mi primera juventud, á la media noche, entre los naranjos, en el cintilamiento de las estrellas australes.

Cuando abro de nuevo los ojos necesito un momento para dejar obrar el encanto de la música y para admitir otra vez todo lo ficticio que se ofrece á mi vista. Lo que veo es un movimiento de conjunto en las coristas que representan las muchachas de Tahiti; se marchan; en el ilusorio crepúsculo de las lámparas sus colas y sus coronas de flores se alejan y desaparecen; en la partida no se distinguen más los rostros á los cuales no pudieron comunicar la expresión maorí, y hé aquí que comienzan á poseer la silueta apropiada para engañarme un poco. Bajo el poder encantador de la música persiste un sentimiento de Polinesia, se acentúa casi y, de tiempo en tiempo, me estremece tristemente.

Quedan solos los dos, en la selva, sobre la cual cae la noche, enlazados, enloquecidos, el aspirante que acaba de ser bautizado Loti—y la joven de las flores de hibiscus, la de la oscura palidez, y los ojos rasgados. Y sus dos voces jóvenes se mezclan en un dió de amor, que no me sublevo más, tan deliciosas es así su armonía.

La coronación de la Virgen

Es una de las obras que concurrió á darle celebridad á Guido Reni.

Hijo de un músico notable, prefirió el arte de la pintura al de los sonidos. Los Carracci fueron sus principales maestros; y, dotado de las más felices cualidades, ejerció su genio en diferentes asuntos, tan pronto imitando las formas del Cesi, como el coloreado del Caravaggio. Por último, supo distinguirse por la elegancia de sus composiciones, la gracia del toque, la delicadeza del colorido y la corrección del dibujo. La elevación de su alma, la dulzura de su carácter, lograron desarmar á la envidia durante algún tiempo; pero sus triunfos en Roma bajo la protección del cardenal Porghese y del papa Pablo V, provocaron contra él el odio del Albani, del Josefino, y sobre todo del Caravaggio. Preciso fue que el papa saliese á su defensa y velase por los días de su pintor favorito. Varias veces vióse obligado á refugiarse en Bolonia, después en Nápoles, en donde encontró varios enemigos; hasta creía estar envenenado. De vuelta á Roma sintió una ardiente pasión por Beatriz Cenci, cuyo retrato pintó pocos días antes de que escallase las gradas del patíbulo. Después dejéese llevar de la ciega afición del juego, perdió sumas considerables, todos le abandonaron y murió envuelto en la miseria en 1.642.

La flota americana

Bombardea á Cuba, bombardea á Filipinas, navega en el mar de las Antillas; y en uno de estos días que corren habrá de entrar en combate con la marina española, si la diplomacia europea no logra encauzar por rumbos menos trágicos el litigio hispano-americano.

¿De cuál de las dos armadas será la victoria, en caso de una batalla?

Sería aventurado inclinar la balanza en uno ú otro lado, puesto que ambas son poderosas, formidables, y el espíritu bélico se acentúa en cada una de ellas.

Cualquiera que triunfe, resolverá un problema, pero planteará otros nuevos, no menos peligrosos que el actual.

Capilla de Lourdes

En la antigua colina del Calvario, oficialmente *Paseo Independencia*, por haberse escogido para conservar en mármoles y bronce las figuras sobresalientes de nuestra Magna Guerra, se destaca, en posición artística, la Ermita donde anualmente el sentimiento católico consagra sus homenajes á la Virgen de Lourdes.

El grabado que reproduce la Capilla, demuestra su adecuada posición y su sencilla arquitectura.

Retrato de Gervatius

Van Dyck, poco apreciado por sus compatriotas, á pesar de sus grandes cualidades, se fué á Inglaterra en 1.632, llamado por Carlos I, quien lo colmó de honores y riquezas. Abandonó el género histórico, á pesar de haber obtenido en él grande éxito, por el retrato, en el que casi igualó al Ticiano. Tiene más gracia y finura que Rubens, y se nota en sus obras la influencia de los maestros italianos. Se reconocen como obras suyas más de 70 cuadros históricos; y sus retratos notables son numerosos. Se citan particularmente los de Carlos I, del mismo van Dyck y también el de Gervatius, del cual damos una reproducción en el presente número.

Irapa

Las nuevas vistas de la pintoresca región oriental, que aparecen en el presente número, reproducen el espectáculo de las bajas mareas, la comarca de *Agua Caliente*, eminentemente agrícola, las poéticas orillas del Golfo de Paria, una casa de campo y una calle de la población.

Santo Domingo

Cada vez que en esta sección tenemos que ocuparnos de la hospitalaria antilla, nos es grato recordar el sentimiento de simpatía que de antiguo une á dominicanos y venezolanos.

La invasión haitiana en 1801—dice una página de historia—obligó á los dominicanos, renombrados por sus antecedentes de familia y posición social, ó por haber servido destinos, á salir de la isla y á buscar en Cuba, Puerto Rico y Venezuela, asilo en su desgracia; y pocos años antes, ó en esa misma época, vinieron á Venezuela, sujeta todavía á la monarquía española, entre otros que recordamos, Francisco Rendón Sarmiento y su familia, Manuel López de Ume-res, Narciso y José María Ramírez, los Zárraga, los

Gascué, los descendientes de Barba, los doctores Francisco Javier Yanes, José Domingo Duarte y Duarte, Delgado, Patiño; y después de la pérdida de la proyectada independencia, el licenciado Núñez de Cáceres y sus hijos, Arroyo Pichardo, José María Rojas, Antonio Mauri, los Díez, Patiño, Madrigal y otros más, los que, como los primeros, se casaron en el país, y formaron sus respectivas familias, abrazando todos la causa de la Independencia y dando descendientes que honran la memoria y el nombre de sus antepasados: distinguidos únos por su ilustración y el poder de la palabra, su rectitud en la magistratura, y todos por su amor á la práctica de las virtudes públicas y privadas, por el honor caballeresco que les caracterizaba y por lo intrasigentes contra la vileza, la deslealtad y la mentira, y por su inflexibilidad en la desgracia y en la miseria. De todos estos que hemos nombrado, queremos detenernos en Rendón Sarmiento. Fue firme patriota, pues aun muy joven, cooperó á la gloriosa Revolución del 19 de abril, habiéndole tocado la honra de asistir á la sesión del Ayuntamiento y de escribir el acta de aquel memorable día, como Amanuense del escribano de Cabildo don Casiano Bezares: acompañó luego á Bolívar en todas sus campañas y después del triunfo de la Magna Causa, sirvió á la República en puestos de honor y de confianza.

Las nuevas vistas de Santo Domingo que publicamos en el presente número, reflejan edificios públicos, los buques de la marina de guerra, y algunas quintas veraniegas.

Río de Uracon

El grabado reproduce un bello paisaje de este río, que baña una región donde nuestra naturaleza se manifiesta pomposa y llena de atractivos.

Santa Catalina

En esta nueva población del Delta del Orinoco, ha edificado la Compañía Americana que explota las riquezas de aquella región, un buen hotel. El grabado de la página 409 reproduce este edificio.

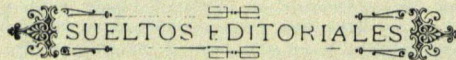
Cementerio del Sur

A la familia Documet pertenece el monumento tumulario que presentamos en la presente edición.

Tipos populares

Tiene carta de nacionalidad en esta galería *El tercer profeta*, individuo que azota nuestras calles cantando gaceros al compás de una guitarrilla. No se parece al *Ginevillo* de Campoamor, ni vaticina lo futuro.

La celebridad de *El tercer profeta* estriba en que no profetiza nada. La paradoja no es nueva, puesto que muchos llegan á tener nombre de sabios, por no serlos.



El Padre Pérez.—La muerte del virtuoso sacerdote Francisco Pérez ha sido un golpe doloroso para el clero venezolano y para la honorable sociedad de Valencia. Aquel modesto Ministro del Altar, fue siempre atento á sus deberes para con la Iglesia y para con la humanidad en desgracia. Sus méritos relevantes, sus preclaras virtudes, formáronle aureola de veneración y cariño. Dejó de existir en los días en que el afecto de sus feligreses se proponía ascenderlo al Obispado de Carabobo. El Gobierno del Estado, la Iglesia y la Sociedad, han tributado merecidos honores á su memoria.

EL COJO ILUSTRADO se asocia al duelo que ha producido el fallecimiento del amado levita.

“El Monitor Liberal.”—Hemos recibido la visita de este nuevo colega caraqueño, que se publica diariamente. Correspondemos cortesmente al saludo que dirige á la prensa nacional, en la parte que nos comprende, y nos es grato enviarle el canje de EL COJO ILUSTRADO.

Doctor A. M. Soteldo.—En la tarde de la vida, y lejos de la patria, falleció nuestro distinguido amigo el señor doctor Antonio María Soteldo, de quien no hace mucho publicó EL COJO ILUSTRADO su retrato, acompañado de algunos apuntes biográficos.

El doctor Soteldo residía en los Estados

Unidos hacía algún tiempo; y desde allí servía á la República con su pluma y con su inteligencia.

Teresa Paul.—Cuando daba á la nifex su despedida, y los albores de la adolescencia iluminaban su frente, reveladora de amables pensamientos, la muerte burló sus tiernos ensueños, borró los horizontes sonrosados de su esperanza y disipó el polvo de oro de sus primeras ilusiones. Su muerte ha sido muy sentida en nuestra culta sociedad, porque en el seno de ésta contaba con muchos afectos y muchas simpatías.

Damos el más sentido pésame á su estimable familia.

Termómetro Médico.—Los señores Feo Hermanos, acreditados farmacéuticos de la plaza de Valencia, han tenido la bondad de obsequiarnos con un termómetro médico, que es un regalo muy propio de la casa para sus buenos relacionados.—En el reverso del termómetro aparece anunciado el vermífugo del señor Dr. M. F. Feo, medicamento que por sus buenas propiedades se ha popularizado en el país.

Damos las más cumplidas gracias á los señores Feo por su galante obsequio.

José Rafael Lizarraga.—Acompañados por numeroso cortejo, fueron conducidos al Cementerio del Sur los despojos mortales del señor José Rafael Lizarraga, venerable anciano que formó una familia digna del concepto social de que disfruta, por la elevación de sus sentimientos y las virtudes que practica.

Llevamos al hogar inconsolable del finado, la expresión de nuestra más sentida condolencia.

María C. Otáñez.—Víctima de cruel enfermedad falleció el 24 del mes en curso esta distinguida señorita, que á sus gracias físicas hermanaba las más bellas prendas de carácter.

Ha sido una dolorosa pérdida para la familia y para la sociedad caraqueña.

Damos el pésame á sus deudos.

María González.—Correspondemos con nuestro más cordial saludo de bienvenida á la galantería de la señorita María González, quien en atenta tarjeta nos dedica cinco retratos que la representan en otras tantas obras de su repertorio artístico.

La nueva primera tiple del Teatro Caracas, viene precedida de lisonjeros informes.

“Leyendas Patrióticas,” por F. Tosta García—Caracas.—Imprenta al vapor de *El Siglo X.V.*—1898.—Esta es una nueva obra, segunda parte de las *Leyendas de la Conquistista*, de que es autor el señor General Tosta García. Como lo indica el título, es una colección de episodios que rememoran nuestra vida política desde la Colonia hasta el establecimiento de la República; y esos asuntos los narra el autor con sencillez y amenidad, cualidades que requiere el estilo cuando el escritor trata de que los hechos aparezcan al alcance de todas las inteligencias para que vivan vida perdurable en la memoria del pueblo.

En el próximo número publicaremos un juicio crítico de esta obra, debido á la pluma de Rufino Blanco Fombona, amigo y colaborador nuestro.

Muestra del estilo familiar, lleno de matices locales, tan del agrado del escritor venezolano, es el episodio que reproducimos á continuación:

HUECAS, BIZCOCHUELOS Y ALMIDONES!

I

“Así gritaba por las calles de Caracas á fines del año de 1819 un travieso chiquillo, con una cesta en la cabeza, cubierta con fino paño de blanco percal y llena de apetitosos gollerías, que salían de la casa de la señora Manuela Delgado de Renjifo, cuya fama y

maestría en el arte de hacer dulces y finas pastelerías era proverbial en aquella época, y corría parejas con la de muy remarcable patriota, cualidad que así mismo adornaba á aquella estimable señora.

El simpático granuja, que ejercía la profesión de vendedor urbano, era nada menos que su propio hijo Quintín, y como la Delgado de Renjifo, aunque no era rica, tenía sirvientes en su casa, la gente que en todo tiempo ha sido envidiada, fisgona, y muy dada á hacer desfavorables comentarios, hincaba en ella el agudo cobujillo de la crítica y le hacía picadillos el cuero, por la dureza de tener aquel pobre muchacho, sudando la gota gorda del uno al otro extremo de la ciudad, cuando tan rudo trabajo bien podía hacerlo cualquiera otra persona de la casa.

—Charlen majaderos—exclamaba doña Manuela muy tranquila, cuando le referían las murmuraciones callejeras—charlen, que yo sé lo que estoy haciendo y cómo he de manejar el timón de mi barco.....

Y dirigiéndose al chico, le decía muy de mañana:

—Anda Quintín, vamos á la faena, que ya es tarde.

El aludido corría muy presuroso, y ambos entraban á la despensa, cerrando la puerta con llave.

¿Por qué tanto misterio para una operación tan sencilla?

¿Qué significaba aquella sospechosa encierro, cuando la elaboración de dulces y el acomodo de azafates y canastos, siempre se habían hecho al aire libre y en presencia de todos, propios y extraños de la casa?

Allí había sin duda gato en mochila; y ya vamos á saberlo.

Luégo que la de Renjifo dio vuelta á la llave, dijo á su compañero:

—Aquel es el saco que trajeron anoche, vamos á abrirlo.

Efectivamente, en uno de los rincones de la pieza hallábase un saco, sino un enorme costal, con un letrero negro en el abultado vientre, que decía, "almidón extra."

La dueña de la casa, con una ligereza que indicaba que aquello lo hacía frecuentemente, desocó la boca del saco, Quintín cogió una mochila vacía que paró y sostuvo abierta en el suelo y ella empezó á trasegar el almidón con una totuma grande.

Al cabo de largo rato, respirando fuertemente, llena de satisfacción, dijo:

—Aquí están, por fin!

—Y parece que vienen bastantes—agregó el compañero, lleno de curiosidad y alegría.

—Vamos á saberlo, ayúdame á voltear el saco.

Así lo hizo el chucuelo, y cayeron por tierra multitud de periódicos cuidadosamente doblados.

Aquello era un contrabando patriota, aquella era la forma como entraba á Caracas por vía de Trinidad, EL CORREO DEL ORINOCO, semanario republicano que redactaban en Angostura, Francisco Antonio Zea y José Luis Ramos, y que circulando clandestinamente, difundía por todo el país los ecos de la libertad llevando consuelos y esperanzas á los afligidos venezolanos.

Doña Manuela, llena de placer y entusiasmo, cogió un ejemplar de aquel número del periódico independiente y leyó un instante.

—Oh! magnífico, soberbio!—dijo casi llorando de emoción, aquí está una carta de Morillo, en donde propone el infame una traición al general Pedro Zaraza, ofreciéndole indulto y dinero; luégo sigue la contestación brillante de Zaraza, poniendo al muy perro en su lugar. Así es que hablan los valientes, así se escribe, así es que deben proceder los hombres; libertad ó muerte, ó todo ó nada.

—Y cuándo se reparten estos papeles?—preguntó anhelante Quintín.

—Ahora mismo, sin pérdida de tiempo—respondió la madre acomodando los paquetes, trae la cesta y los dulces, que este número debe circular cuanto antes. Es de la mayor importancia para fortalecer algunos ánimos débiles que flaquean.

El chico trajo lo pedido y comenzó el peregrino acomodo de la venta callejera.

Primero, trescientos ejemplares del CORREO bien dobladitos en el fondo, después una servilleta extendida encima, luégo un gran papel de estraza, en seguida los dulces artísticamente

acomodados; y por último, un paño blanco bordado y muy limpio, cubriéndolo todo.

El bravo Quintín, cogió su precioso contrabando, acomodóselo en la cabeza, y radiante de satisfacción, salió para la calle, gritando á todo pulmón:

—Hoy están de flor. Que se acaban, que se acaban, están fresquitos!

—Huecas, bizcochuelos y almidones!

Porsupuesto, que las puertas y ventanas de los parroquianos iniciados en el secreto, se abrían en el acto para llamar al vendedor que entraba listamente, haciendo el reparto de su mercancía, sin que á las autoridades ni á los espías realistas les pasara el menor indicio por la nariz.

En sus excursiones después de recorrer á Caracas por sus cuatro vientos, llegaba el precio insurgente hasta Sabana Grande, se entraba por la derecha atravesando una montaña que existía en el lugar donde se juntan el río Guaire y el río Valle; y al oír su conocido grito, salían de los escondites multitud de patriotas que en cabañas y ranchos vivían ocultos aguardando los felices tiempos. Aquellos *aleaforados*, recibían el periódico como los antiguos hebreos el *maná* delicioso que alimentaba sus esperanzas.

Qué horas tan placenteras pasaba Quintín por aquellos lugares, agasajado por todos! Comía, jugaba, se bañaba, cogía frutas, chupaba cañas, comía batido y bebía guarapo en el trapiche; y cuando regresaba por la tarde, contento, rozagante y *timón*, con la cesta repleta de naranjas, limones y guayabas, ignoraba inocente, el inmenso peligro que había corrido, pues al haber sido descubierto en el audaz reparto, le habrían administrado, por lo menos, una cruzeta fenomenal, acostado en un cañón, ya que su menor edad no permitía ahorcarlo ó fusilarlo.

Baste decir que en aquellos días se había publicado un bando declarando *insurgentes, facciosos y rebeldes*, á las personas en cuyas manos se encontrase un ejemplar de aquella *hoja incendiaria*.

Luisa Carlota Duarte Level.—Bella flor del hogar, cayó marchita cuando apenas abría su corola al beso de los afectos. Su espíritu recobró las alas del ángel, y tornó á la patria celestial irradiando á su paso claridad de crepúsculo.

A su padre, hermanos, y demás deudos, presentamos nuestra más sentida condolencia.

"Farmacopea Venezolana."—La importante obra que con este título acaba de publicar en la Tipografía Americana de esta ciudad el señor Dr. Francisco Antonio Rísquez, viene precedida de dos documentos oficiales que constituyen su mejor elogio. El Consejo de Médicos dice que la mencionada obra viene á llenar una verdadera necesidad, porque está de acuerdo con la práctica de la Medicina y la Farmacia de este país; y el Ministerio de Instrucción Pública, en Resolución de 4 de junio último, la declara *Código Farmacéutico Nacional*.—Aquella opinión y esta declaración nos relevan de emitir un juicio cuyas conclusiones serían idénticas á las apuntadas.

Farmacopea Venezolana, es un nuevo triunfo de la labor científica del país, á la cual ha contribuido el Dr. Rísquez con otras obras de indiscutible mérito. EL COJO ILUSTRADO le envía sus más cumplidos parabienes y agradece el ejemplar con que lo ha obsequiado.

Gustavo Benitz.—La muerte, con intervalos trágicos, ha venido segando preciosas vidas en el hogar de nuestro relacionado y amigo de Villa de Cura, señor Alejandro Benitz. Gustavo, que era promesa de tranquilidad y satisfacciones, ha sido la última víctima.

Fortalezca Dios el espíritu del afligido padre.

Folleto recibido.—*La Electricidad*.—Publicación destinada á difundir y enseñar las diversas aplicaciones generales de la ciencia eléctrica. Director: señor Luis Gonzaga González.

Don Rafael Martínez.—Ya en prensa las últimas páginas de EL COJO ILUSTRADO, nos llega la triste nueva del fallecimiento de este venerable anciano, distinguido jurista y consulto y padre de numerosa familia que goza de alto concepto en nuestra culta sociedad.

Por su carácter, por su honradez, y por la austeridad de sus costumbres, mereció el respeto y la consideración de cuantos le trataron.

Nos asociamos al duelo de su apreciable familia.

S. Germán, P. R., 1, de agosto 1891.

Señores Scott & Bowne, Nueva York.

Muy señores míos: Convencido de la eficacia de los hipofosfitos de cal y sosa y del aceite de hígado de bacalao en el tratamiento de varias enfermedades acompañadas de decaimiento orgánico, tales como tisis, raquitismo, escrófulas, etc., he administrado á mis enfermos la Emulsión de Scott, que ustedes preparan, consiguiendo de su uso el resultado favorable que era de esperarse, y cuando menos un mejoramiento notable.

De ustedes, atento S. S. Q. B. S. M.,

DOCTOR E. GREGORI.

De la Facultad de Roma, Italia.

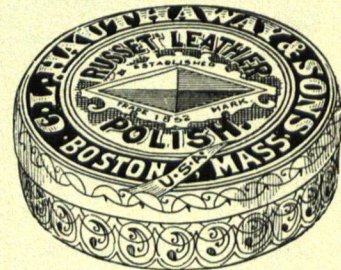
TODOS los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la **Crema Simón** da á la tez la frescura y belleza naturales. Desde hace treinta y cinco años, se vende en el mundo entero á pesar de las muchas falsificaciones. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón** completan los efectos higiénicos de la **CREMA SIMÓN**.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

EXCESO DE CABELLO

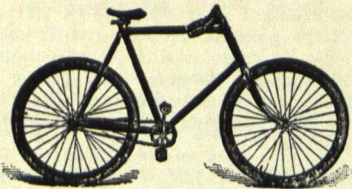
Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un completo tratamiento por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str, New-York.



PATENTE DE HAUTHAWAY PARA PULIR CUEROS

Sencillamente usado es una patente para volver los zapatos de cuero nuevo. Muy útil para dar lustre á las cajas de piel.



98 EMIRA

Una Bicicleta de alto grado en absoluto, construida toda con materiales de la mejor calidad, fabricada sobre principios científicos y la mejor hoy bajo todas consideraciones. Elegantemente niquelada y esmaltada.

GARANTIZAMOS QUE NO SE ROMPE, LO QUE ES SIEMPRE DEBIDO Á DEFICIENCIA DE MATERIAL Ó CONSTRUCCIÓN.

Modelos para señoras y caballeros.

PRECIOS

- \$ 30 una si ordenan 6 á la vez.
- \$ 35 " " " 3 " "
- \$ 40 " " " 1 " "

Los precios son en oro americano, y pagamos flete hasta el puerto más cercano que se destinen. Envíen el dinero con la orden.

L. P. ROSE & Co. - 132 & 138 Liberty Str., New-York, U. S. A.

Referencias: Spanish American Newspaper Co., N.-Y. Agentes de este periódico.

PÍLDORAS



del Dr. AYER

Curan la Dispepsia,

Estreñimiento,
Jaqueca y Desarreglos

— DEL —
ESTÓMAGO,
HÍGADO y VIENTRE

- Son puramente vegetales,
- Son azucaradas,
- Son purgantes.

Nadie debe estar sin un pomito de Píldoras Catárticas del Dr. Ayer, para poder tomar una pequeña dosis, á los primeros síntomas de indigestión, y evitar así un sinnúmero de enfermedades.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E. U. A.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1893.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.

Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los más viejos de América.



El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedir por tarjeta postal la "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

ANEMIA

HIERRO QUEVENNE

DEBILIDAD

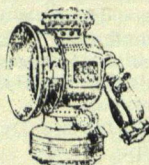
Único aprobado por la Academia de Medicina de París, contra CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS, etc.

Es el Verdadero. - 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS

EL 1898 20th Century OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASO

De Niquel Platend, Pequeñas, Bonitas y Duraderas. Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



20th CENTURY
CICL. METROS.
10.000 Kilómetros.

20th CENTURY MFG. COMPANY,
17 Warren St., N. Y., U. S. A.





LEÓN LAMEDA. † 30 de Mayo de 1898

LEON LAMEDA



El fallecimiento de este amigo muy honorable y colaborador asiduo durante algún tiempo, es causa de justa pena para *El Cojo Ilustrado*, que supo apreciar las excelencias de su ingenio, la solidez de su erudición y la bondad de su carácter.

Era un compañero irremplazable.

Amar es el cumplimiento del más alto deber, dice Hugo; y Lameda se complacía en esparcir simiente de afectos en todos los corazones. Como de envidias no supo, desconoció por completo lo que hemos dado en llamar rivalidad literaria. Amaba á sus contemporáneos y amaba á la juventud. Su vejez fue un puente luminoso. Desde allí veía bello el ocaso: desde allí veía bello el naciente. El laurel en las sienas de los viejos justadores lo hacía vivir intensamente la vida del pasado: el laurel en las sienas de los jóvenes lo colmaba de satisfacciones y fortalecía su confianza en el porvenir. Sus contemporáneos le deben justicia y aplausos: los jóvenes, justicia, estímulo y cariño.

Qué memoria tan bella la de este modesto pensador, la de este honrado ciudadano!

..

En el número 94 de *El Cojo Ilustrado*, correspondiente al 15 de noviembre de 1895, publicamos en la primera página el retrato de Lameda, y tocó al señor Dr. Andrés J. Vigas, periodista de significación, poner de relieve los méritos y aptitudes del docto colaborador.

De ese esbozo extractamos los siguientes párrafos:

“Lameda nació con la República, y la labor de su inteligencia y de sus afanes ciudadanos va ligada á nuestras vicisitudes históricas al par de cuantos contemporáneos suyos han culminado en la literatura y en la política durante la recia gestación que ha sufrido la existencia civil de Venezuela; gozando del raro privilegio de que ni tuvo ni tiene enemigos, ni las pasiones le movieron ni le mueven, ni mojó su pluma en la tinta de las intransigencias, ni lastimó su honradez con el dardo del interés avaro, ni se le miró nunca sino como hoy le miramos, pulcro el espíritu y pulcras las manos.

“Sabemos que siguió estudios universitarios hasta las clases de Derecho, y que, apasionado por la Jurisprudencia, ha cultivado todos sus ramos acopiando los singulares conocimientos de que están sembradas las múltiples producciones de su ingenio. Sobresalen principalmente sus estudios jurídicos, como redactor del periódico más importante dedicado á aquella ciencia, que ha existido en Caracas, *El Foro*, que fundó el notable juriconsulto Licenciado Luis Sanojo.

“Como escritor político brilló en tiempos de las rudas luchas civiles, en el diario *La Época*, que fundó para recomendar la candidatura del Dr. Pedro José Rojas al puesto de sustituto del presidente de la República.

“Su labor periodística es de las más fecundas, así en Venezuela como en el exterior, tanto que fuera tarea impropia formar siquiera la lista de las publicaciones de este género en las cuales ha colaborado.

“Sus servicios patrióticos le llevaron dos veces

al Ministerio de lo Interior y Justicia y á las curules del Congreso; y, para agravio de su genial modestia, condecoraron su pecho con la medalla del Busto del Libertador en la segunda clase de la orden: cuando ésta no era holgado buzón de favoritismo veleidoso, sino honor accesible no más que á los merecimientos espectables.

“En cuanto á distinciones extranjeras, son notables las que ha recibido de corporaciones científicas, como que es miembro honorario de la Sociedad de Geografía de Londres y del Instituto Politécnico de París. La República Argentina le confió su Consulado en Caracas, cargo que desempeñó con cabalidad durante veinte años consecutivos. Cabe aquí decir que cada vez que ha viajado ha sido para incurrir en pecado de aristocracia: cuando á los Estados Unidos del Norte, para intimar con la gente acaudalada que forma allá absorbente patriciado, parto monstruoso é inesperado de la libertad y de la protección del trabajo; cuando á Santo Domingo, para que le amen quienes esgrimen espada burda contra la frente de los oprimidos; cuando á Puerto Rico, para recibir halagos palaciegos de los Capitanes Generales.

“Pero de tal pecado le redime su corazón, en cuyo fondo vibra sonora cuerda que no tiene ondulaciones sino de benevolencia, y donde se abriga un culto de amor al prójimo tan intenso que le inclina á juzgar buenos á todos los hombres.

“No atribuyo su pobreza de bienes á la abnegación de sentimientos nada más, sino á su constante comercio con todas las musas, alternativamente; bien que sospecho haya recibido de Euterpe algunos desaires, según es su acento de bronco y desapacible, y que Urania le haya ilusionado demasiado ofreciéndole el encanto de las armonías celestiales como modelo asequible del buen concierto en las cosas de este pícaro mundo.

“La última obra notable escrita por el señor Lameda es la titulada “De la influencia de la literatura en la legislación de las naciones y en las instituciones políticas.”.....

..

A la avanzada edad de setenta y dos años falleció el señor Lameda. El invierno de la vida no pudo con su corazón, siempre abierto á los más nobles sentimientos: ni con su cerebro, donde las ideas batían sus alas radiosas en despliegue armónico.

Aguda dolencia amargó sus últimas horas.—Un ataque de parálisis cortó en sus labios la palabra. Agonía dolorosísima, porque Lameda, cuando no escribía, gustaba de la plática. Era un doctilocoio admirable, porque no abusaba del silencio de su interlocutor, y exponía sus ideas con claridad serena y elegancia artística.

Después de haber conducido sus despojos mortales al Cementerio del Sur y dejado sobre su tumba las flores del recuerdo, nos resta rogar por el eterno descanso de su alma. Lleguen al cielo nuestras paces.

El retrato del señor Lameda en las páginas del presente número, es un homenaje á la memoria del colaborador y del amigo, al propio tiempo que un sincero testimonio del aprecio que sentimos por su honorable familia, á quien nos asociamos en su duelo.